

FBI

CONTRA

Crimen, S.A.

Alf Manó



Alf. Manz

F. B. I
CONTRA
CRIMEN, S. A.

NUMERO **200** EXTRAORDINARIO



SAN BERNARDO, 68

M A D R I D

Precio: **8** ptas.

Dibujo de la cubierta:
GOLDMEN (Montera, 12).—MADRID



Impresión de la cubierta:
LITOGRAFIA ROSES.—BARCELONA



Grabados interiores:
FOTOGABADOS ZUMAYA.—MADRID

Impresión del texto:
ROLLAN (San Bernardo, 68).—MADRID

DERECHOS RESERVADOS
Copyright by Editorial Rollán. Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN

Si los brazos de la Ley están corroides, ¿cómo va a hacerse Justicia?

No habrá perdón para los funcionarios que enajenaron su honor, traicionando la noble misión que la Patria les encomendó.

Extirparemos de raíz la recomendación, el soborno, el cohecho, la corrupción, en suma, sin reparar en nombres, títulos o cargos.

JOHN EDGAR HOOVER.

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente número 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).

212. Error fatal (39).
213. Hacia el abismo (7).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
216. ¡Fugitivo! (40).
217. Rehabilitación (33).
218. El extraño agente (5).
219. No escaparás de mí (8).
220. La garra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
223. Torrente de pasiones (5).
224. Lazos rotos (33).
225. Muerte en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
227. Hielo caliente (27).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (4).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (4).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policiaco (4).
250. La caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Ruben (40).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-----------------------|------------------------|
| (1) Alf Manz. | (17) Alv Cortroa. | (32) Joe Greig. |
| (2) Fred Baxter. | (18) Jack Grey. | (33) Bill O'Creigh. |
| (3) Frank McFair. | (19) Edgar Ford. | (34) Don Lassister. |
| (4) Eddie Thorny. | (20) Andre O'Sun. | (35) John Est. |
| (5) O. C. Tavin. | (21) Fel Marty. | (36) Edward Goodman. |
| (6) Alar Benet. | (22) Dana Yonell. | (37) A. de Tarturis. |
| (7) A. G. Murphy. | (23) Al Gallard. | (38) Gary Belsan. |
| (8) Lewis Haroc. | (24) Chester King. | (39) Paul Coster. |
| (9) J. L. Martin. | (25) Josep Tell. | (40) Herman Teligon. |
| (10) Jack Brooklyn. | (26) Med Ryman. | (41) Anthony Cuniller. |
| (11) Thomas Settev. | (27) Lou Dark. | (42) Anthony Benson. |
| (12) John Nebot. | (28) Jan Hutton. | |
| (13) Thomas Wanton. | (29) Richard Jackson. | |
| (14) F. N. Graw. | (30) Jim Murray. | |
| (15) Robert Deaf. | (31) Sand Burl. | |
| (16) Alan Carson. | | |

I

EL PASADO ACUSA



A punta de cigarrillo cayó a la acera. Su lumbre semejaba en la oscuridad un ojo sanguinolento. Ernest Morris la pisó rabioso. No le quedaban más cigarrillos; había fumado diez durante aquella espera angustiosa.

Por enésima vez contempló la casa que, a diferencia de las colindantes, era solamente de dos pisos y sin resplandor en sus ventanas. Palpó la rugosa culata, de la pistola guardada en el bolsillo izquierdo de la gabardina, como si deseara familiarizarse con el arma. De un instante a otro, la sacaría y apuntaría despacio,

muy despacio, procurando que el pulso no le temblase. Estaba seguro de no fallar el tiro si empleaba la zurda.

Eran escasos los transeúntes por Bayview, e iban a buen paso, huyendo de la neblina fría que avanzaba desde el cercano East. Ernest Morris, por el contrario, sentía calor y tenía la boca reseca.

Se aproximó a la esquina de la avenida Watt, y estuvo a punto de chocar con la imponente corpulencia, de un policía. Éste se apartó, cortés, y Morris anduvo unas yardas hasta convencerse de que no había llamado la atención del cop. Alejado de la línea de faroles, se quedó mirando la masa sombría del parque Pelham, mientras meditaba. Pensó que, quizá, y para mala suerte suya, el acecho fuese en vano, si el morador de la casita se había acostado a hora excesivamente temprana. Necesitaba comprobarlo. Se alejaría de la esquina y volvería enseguida, en cuanto calculase que el cop se había evaporado.

Sonaban sin cesar las sirenas en el puerto, se oía murmullo de vida en el centro de la ciudad; Nueva York no descansaba siquiera de noche.

Morris divisó el letrero luminoso de un bar, y hacia allí se encaminó apresurado. Antes de entrar tornó la precaución de bajarse más el ala del sombrero. Estaba el local bastante concurrido, y nadie pareció fijarse en él. Fue directamente a la cabina telefónica. Tras aprenderse unas letras y unas cifras apuntadas en su agenda, hizo girar los discos. Por el auricular le llegó el característico repiqueteo, apagado e intermitente, que continuó monótono en llamada inútil.

Ernest Morris dedujo que «su hombre» aun se hallaba ausente, y vivía solo; eran ciertos los informes recogidos en Washington. Que viviera solo, le tranquilizaba en parte; no habría que temer complicaciones inmediatas. Colgó el aparato. Las manecillas de su reloj de pulsera marcaban las once menos cuarto; se le estaba haciendo demasiado tarde.

Refrenó su ansia de tomar alguna bebida fresca, por miedo a que el barman le viese la cara, y se contentó con adquirir un paquete de cigarrillos en una expendedora automática. Al salir a la calle, la diferencia de temperatura le alivió aquella especie de fiebre que lo abrasaba.

Regresó a su «puesto de espera», tras convencerse de que el

policía había proseguido la ronda. Volvió a fumar y a aguardar, con la espalda apoyada en el cierre de un establecimiento, una papelería, cuyo escaparate tenía las luces apagadas. Tocó de nuevo la culata de la pistola, y su contacto le resultó confortador.

No perdía de vista la puerta de entrada a la casa de dos pisos, que continuaba sin siquiera un hilo luminoso en ninguna de sus ventanas, como si estuviera dormida o muerta. En cuanto él ejecutase la tarea, no tardaría mucho en animarse aquel lugar solitario y pobremente alumbrado, con la asistencia de los vecinos, la Policía y los periodistas. Y, entonces, curiosa paradoja, la casa dejaría de parecer muerta para albergar a un muerto.

Él nunca había matado, pero en esta ocasión no vacilaría en apretar el gatillo. No iba a matar a un ser humano, sino a un monstruo que, además, se disfrazaba con la repugnante máscara de la hipocresía. Por algo justificado le llamaban, su propios compañeros, «el Loco». Sobre la mezquindad de sus sentimientos ninguna duda cabía: era un solterón huraño y egoísta, incapaz de amar y de sentir la necesidad de unos hijos por los que vivir. Cuantos le trataron hablaban de su carácter seco y tiránico hasta la brutalidad.

Ernest Morris se puso de pronto en tensión al ver que un automóvil, con los faros de carretera encendidos, entraba en la calle. El vehículo pasó a gran velocidad por delante de la casita y dobló la esquina con Griswold. Había sido una falsa alarma. No obstante, él debía estar atento a los coches, pues sabía que «su hombre» poseía uno y solía encerrarlo allí mismo, por otra gran puerta que se veía en la planta baja.

Luego de cometida la «ejecución», regresaría a Washington y, tal como lo planeó, nadie se enteraría de su corta ausencia ni sospecharían de él. Sería el crimen perfecto. Aunque los técnicos en Balística tratasen de identificar el arma homicida por el examen del proyectil, primer paso para su localización, se perderían en un laberinto verdaderamente inextricable. La pistola, la descubrió en un registro y se la había guardado sin que los otros se percatasen; iría a parar al lecho del río.

Del portal contiguo salieron una mujer y un hombre, agarrados del brazo y charlando alegres. Enmudecieron al notar la presencia del individuo inmóvil, del que sólo distinguían la gabardina y el

sombrero. Instintivamente, la pareja apresuró el paso.

La «estatua viviente» encendió un cigarrillo, pero lo arrojó al suelo nada más ver que por la Watt torcía un automóvil con las luces antiniebla amarilleando.

Se apretó, Morris, contra el esconce y contra el cierre para hurtarse al campo luminoso. Espiaba el avance del vehículo que, sin aminorar de marcha, al llegar frente a la casa de dos pisos giró silencioso y fue a morder el bordillo de la acera con las ruedas delanteras. Atravesado en la calle, enfocaba la parte inferior de la puerta grande. Era un Studebaker «Champion». El único ocupante se apeó.

¡La ocasión esperada!

Morris sacó del bolsillo la pistola y extendió el brazo izquierdo lentamente, centrando el punto de mira en el blanco deseado. Como no disponía de silenciador, su propósito era reducir el ataque a un solo disparo, de resultado mortal, y huir antes de que la gente acudiera atraída por la detonación. Estaba seguro de su buena puntería, aunque la víctima se encontrara en la acera opuesta.

El individuo del automóvil había abierto con llave el portalón. Se hallaba en aquellos instantes empujando las hojas. Durante unos segundos desapareció, penetrando en el interior, para reaparecer después de dar una luz.

Un sudor frío corría por la piel de Ernest Morris. Únicamente le faltaba doblar el índice de su mano izquierda y la «ejecución» quedaría realizada. Empezó a templanle el pulso. El punto de mira del arma oscilaba. Un freno invisible parecía inmovilizar el dedo que tocaba el gatillo.

¡Iba a matar, a matar a sangre fría, sin avisar a la víctima, sin lucha, a modo de un vulgar asesino, cobardemente!...

Ernest Morris no pudo disparar. Como si los atrajera un imán de gran potencia, descendieron la pistola y la mano que la empuñaba.

Mientras tanto, el hombre había vuelto a subir al automóvil para meterlo en la cochera. Sus movimientos eran precisos, rápidos, sin duda por la costumbre de repetir diariamente la misma operación. El vehículo entró justo, casi rozando las jambas. Después se oyó el último acelerón del motor y el golpe seco de la portezuela. Luego, la silueta del individuo se recortó sobre el fondo claro de la cochera alumbrada y, por último, las hojas del portalón tornaron a juntarse.

La calle recobró su anterior calma.

Y en la calle quedaba Ernest Morris, desconcertado, abatido, sin saber qué hacer. Sus planes de tantos días habíanse derrumbado estrepitosamente en una fracción de segundo. Todo lo tenía meditado, hasta el más pequeño detalle, pero olvidó estudiarse a sí mismo. En el último instante, cuando todo sucedía tal como él pensaba, una fuerza interior lo había atenazado, impidiéndole cometer el asesinato a mansalva.

Vacilaba la llama del fósforo al encender un cigarrillo. El tabaco pareció atemperarle. Su cerebro volvió a razonar y el corazón reanudó sus clamores de venganza.

Se encendió una luz en la planta baja de la casita. Una figura humana se aproximó a la ventana, y las maderas fueron cerradas.

Un hado maligno infiltró en el pensamiento de Morris la idea de llevar a cabo el «golpe». No renunciaría a su misión. Lo de antes se había debido a que se acobardó por carecer de agallas suficientes para matar a un hombre a traición. Le bastaría con que el otro se revelara, ofendiera, negara o, simplemente, se resistiera, para él disparar.

Pensó, entonces, que lo acabado de suceder no resultaba contraproducente, sino que, por el contrario, le convenía mucho. Si acaso no le hubiese acertado a la primera, se habría originado un tiroteo en plena calle, y la huida hubiese sido casi imposible. Así, de esta otra manera, entrando en la casa, las paredes amortiguarían el estampido. Y hasta el día siguiente nadie descubriría el cadáver.

Sin pensarlo más, se decidió a cruzar la calle. Al andar, la pistola le golpeaba la cadera izquierda, pues llevaba desabrochada la gabardina. Buscó mentalmente la manera de introducirse en la casa y creyó haberla hallado.

Un tropezón, al subir la otra acera, le hizo perder casi el equilibrio; su paso no era muy firme.

Pulsó el timbre de la puerta de entrada y, a continuación, inconscientemente, llamó con los nudillos. Aplicó el oído a la madera, tratando de captar algún ruido. Escuchó pisadas cada vez más fuertes. Tenía como un nudo en la garganta y sentía tentaciones de alejarse corriendo. La excitación nerviosa comenzaba de nuevo.

La puerta se abrió y el conductor del Studebaker apareció. Vestía

ahora una bata de invierno, de paño con solapas de raso. Morris se encontró disminuido frente al otro, cuya humanidad ocupaba el hueco del marco. Por estar a contraluz no se distinguían bien sus rasgos. La cabellera cortada a cepillo le confería cierto aire germánico. Era grande, y de recios dedos, la mano que sujetaba la hoja de la puerta; la otra mano, la derecha, la mantenía dentro del bolsillo de la bata.

—¿Es usted el inspector del

P. B. I.,

Alexander Kilker? —preguntó Morris, balbuciente a su pesar.

—Sí. Y usted, ¿quién es y qué desea a estas horas? —interrogó, a su vez, el corpulento individuo, en tono áspero.

—Yo..., yo venía a...—Ernest no sabía cómo expresarse. Tenía el pretexto y no hallaba palabras para expresarlo. Sin embargo, su torpe actitud favorecía su mentira—. Verá usted, se trata de un asunto muy grave y necesito consejo. En el bar de allá abajo me han dicho que usted vivía aquí y..., aunque no son horas de..., ¡bueno!, el caso es que me encuentro en un apuro y venía a consultarlo con usted. Es un asunto largo de contar.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué no acude a la Policía? Allí le atenderán; hay guardia permanente —objetó el llamado Alexander Kilker, secamente, que permanecía quieto en el umbral.

—Pues... es que atañe al

F. B. I.,

y mañana podría ser ya tarde. Esta noche hay que dejarlo zanjado. Aunque no esté de servicio, su deber es atenderme.

—Vaya mañana por Center y pregunte dónde está mi despacho. Mi deber, yo sé bien cuál es mi deber —afirmó categórico, y de mal talante, el Inspector del

F. B. I.

—Repito que mañana sería tarde. ¡Es asunto de vida o muerte! —arguyó impaciente Morris, que temía verse obligado a disparar allí mismo, a boca jarro.

—¡Pase usted! —le dijo el otro, más con acento de mandato que de invitación, echándose a un lado.

Penetró Morris y se detuvo vacilante en medio del pasillo. El espejo de un perchero y paragüero, de construcción antigua reflejó su imagen: joven, de tez morena y de rasgos firmes. Dos parches

rojizos en los pómulos manchaban la intensa palidez de su piel.

—¡Siga adelante!

Cuando Morris entraba en la habitación inmediata, oyó a su espalda el ruido de la cerradura de la puerta de la calle. Dedujo que el otro estaba echando la llave. Volvió la cabeza.

Alexander Kilker se acercaba, a grandes zancadas. La lámpara del pasillo permitía ver las duras facciones del inspector del F. B. I.,

su rostro expresaba energía y fiereza. Latía hostilidad en su voz, al decir:

—¡Pase, pase, y siéntese!

Morris adivinó que su treta no había engañado al otro. El hecho de cerrar con llave revelaba que el áspero tono no se debía a la lógica molestia por una visita tan a deshora. Pero la realidad era que, al fin, a su alcance tenía al inspector, aislados, sin testigos de la «ejecución» que se efectuaría dentro de unos minutos, en cuanto le hubiese irritado lo suficiente para excitarse a sí mismo. En el acaloramiento de la disputa, no atendería a la conciencia y ninguna fuerza invisible le impediría disparar.

La estancia en que había entrado era una sala espaciosa, amueblada a estilo Victoriano. Se alzaba una librería a lo largo de una de las paredes. Servían de ornato y deleite objetos artísticos y copias de pinturas valiosas. La alfombra y la chimenea, donde empezaban a arder unos leños, templaban la temperatura agradablemente. Había «confort», gusto y riqueza.

—¿Entiende algo de pintura o es que no había visto usted una en su vida?

La impertinente pregunta hirió el ánimo de Morris, aunque le satisfizo, pues le serviría de acicate cuanto hubiese de ostentación y soberbia en el inspector: la primera lo confirmaba en sus creencias, y la segunda justificaba los informes recibidos respecto a «su hombre».

—Entiendo más de otras cosas —afirmó, lacónico, el joven.

Kilker emitió una especie de gruñido, que sonaba a burla, y tomó asiento en uno de los dos sillones que se hallaban ante el fuego.

—Siéntese ahí, y cuénteme su historia. Le prevengo que no me agrada escuchar mentiras, jovencito. Y conste que ya le he cazado

una.

—¿A mí? —preguntó Morris, fingiendo sorpresa, a la vez que ocupaba el sillón libre.

Chispearon irónicos los ojillos grises del inspector del

F. B. I.

—Sí, una mentira —y cambió de gesto, adoptando expresión de ira—. Conque en el bar de abajo le dijeron que yo vivía aquí, ¿eh? ¡Qué estupidez!... Nadie de este barrio sabe que soy del

F. B. I.

Pero usted me lo aclarará, ¿no es cierto? Le ha sido fácil entrar, pero le va a ser muy difícil salir. Se ve que usted me desconoce. ¡Hable y no mienta, antes de obligarme a emplear uno de mis métodos persuasivos!

Aquel lenguaje, aquella manera de amedrentar, convenció aún más a Morris de que Kilker no debía vivir. El joven no se desconcertó porque su mentira hubiera sido descubierta. Sentíase seguro, dueño de la mejor baza.

—Fue un pretexto. Se equivoca en lo demás: nadie me ha enviado y sus amenazas me resultan ridículas.

—Ridículas, ¿eh? Eso se comprobará al final de la sesión. Por lo pronto, ¿quién es usted? —inquirió el del

F. B. I.,

recostándose en el sillón y extendiendo las piernas hacia la chimenea.

—Lo sabrá cuando llegue al final de la historia, una historia curiosa, que le interesará mucho, sin duda alguna. Estoy aquí para contársela con todo detalle, inspector; sé positivamente que no se aburrirá.

—¡Es posible!... Empiece, y vaya al grano. Mañana he de levantarme temprano.

Los dos hombres adoptaron posturas indolentes, mas no se dejaban de observar, recelosos. Kilker había encendido un cigarrillo con un ascua, y las largas tenazas colgaban de su mano diestra, a modo de péndulo. No se había molestado en ofrecer tabaco a Morris, y éste, aun deseando fumar, no quería soltar la culata de la pistola. En el fondo, ambos estaban tensos, preparados a actuar con rapidez al menor movimiento sospechoso del contrario.

—No pierda tiempo en contarme ese interesante cuento, joven

—insistió el inspector, mordaz.

—Se convencerá, enseguida, que no es cuento —dijo, ceñudo, Ernest Morris, quien, tras una pequeña pausa, comenzó a relatar—: Hace catorce años, apareció el cadáver de un hombre en las afueras de Chicago. Lo habían matado de dos balazos. La Policía no le encontró ni un papel encima. Únicamente se descubrió que la ropa era de confección holandesa. Por fin, después de laboriosas investigaciones, se supo que se trataba de un ladrón internacional, buscado por la Policía de varias naciones europeas, donde había dado con éxito importantes «golpes». Entró en los Estados Unidos ilegalmente, con el propósito de disfrutar del botín, y cometió el error de ponerse al habla con un tal Paxton, boss de un gang, para obtener una documentación falsa. Esto fue lo descubierto por la Policía, que se lanzó tras la pista de Paxton y su banda. Había que recuperar el botín y castigar a los asesinos. Pero Paxton y los suyos desaparecieron misteriosamente. La Policía de Chicago se dió por vencida, y como las europeas continuaban reclamando eficacia, el F. B. I.,

hubo de intervenir. Para este caso fueron designados dos agentes especiales: un veterano y un novato, recién salido de la Academia.

Ernest Morris interrumpió su narración. Kilker permanecía como abstraído en la contemplación de las llamas; las tenazas colgaban inmóviles de su mano.

—¡Continúe! —indicó el inspector, con voz ronca.

Una mueca contrajo los labios del joven, antes de proseguir.

—Los dos agentes especiales llegaron a descubrir la guarida de Paxton y sus hombres: una granja abandonada en los campos de Rockford. La asaltaron a tiros, hubo una pelea feroz y fueron varios los muertos. Entre éstos, Paxton y el agente veterano. Únicamente escaparon con vida: el lugarteniente de la banda, apellidado Capozzi, y un tal Aubrey, de profesión «taxista», y el agente novato. Capozzi tenía una pierna acribillada a balazos. Aubrey estaba malherido. El novato, sin el menor rasguño. Fue realmente triunfal el regreso del agente con los dos prisioneros. La Prensa lo titulaba de héroe, y el Estado Mayor del

F. B. I.,

anotó este tanto en su haber. El héroe contó que su compañero había muerto de un disparo de Paxton, al penetrar en la granja. Y

en efecto, la bala pertenecía al arma del cabecilla; los técnicos lo comprobaron. Pero el botín quitado al holandés no apareció por ninguna parte. Se registró la granja, se cavaron, sus alrededores y se buscó sin resultado positivo en los domicilios y escondrijos de los miembros de la banda exterminada. Interrogado Capozzi, declaró que el botín había sido gastado hacía tiempo. Aubrey no podía declarar, pues se encontraba moribundo. Se consideró verídica la versión del agente novato, y el

F. B. I.,

dió por terminado el caso.

Estableció, Ernest Morris, una pausa en el relato, aguardando alguna reacción brusca de su oyente. Kilker, que permanecía en idéntica postura, se limitó a repetir gravemente:

—¡Continúe!

El joven, decepcionado por la impasibilidad del inspector, prosiguió narrando, ahora con vehemencia:

—Lo que parecía terminado no había hecho más que empezar, en realidad. Capozzi fue condenado a muerte y encajó rabiosamente la sentencia. Hizo una denuncia: acusó al novato de asesinato del otro agente. Al principio, no se le concedió crédito, pero daba detalles que convencieron. Según él, cuando los dos hombres del

F. B. I.,

acabaron con la banda, muerto ya Paxton, se afanaron en la búsqueda del botín, y lo encontraron escondido en el pozo, dentro de una bolsa impermeable. El novato propuso a su compañero apropiarse del dinero y de las joyas e informar, luego, a sus superiores, de la inexistencia del botín. El agente veterano se negó en redondo, ofendido y asqueado, y disputaron. Pero, poco después, ya de regreso a la casa, mientras registraban los cadáveres, el novato se apoderó de la pistola que todavía empuñaba el difunto Paxton y disparó a traición sobre su compañero del

F. B. I.

Capozzi juró que el botín existía, y justificó su anterior silencio declarando que el agente novato le había prometido disminuir cargos para salvarlo de la silla eléctrica, si callaba lo sucedido realmente. Aubrey, el «taxista», seguía sin poder declarar por continuar casi moribundo. Procuró mantenerse en secreto tan gravísima denuncia, que atañía a la honorabilidad del

F. B. I.,

pero el agente fue procesado, aunque negaba la acusación y no se le encontró el botín. Capozzi murió electrocutado, y hasta el último instante insistió en su denuncia. Muy mal lo habría pasado el agente novato a no ser porque la suerte le ayudó. Aubrey escapó milagrosamente de la muerte y, en cuanto recobró los sentidos, fue interrogado. Dijo que todo era una pura mentira, obra de un Capozzi rencoroso que había pretendido vengarse así del hombre que los había destruido. Declaró que él no pertenecía a la banda, sino que Paxton, el boss, lo había requerido para solicitar sus servicios, pues pensaba trasladarse en taxi a otro escondrijo. Fue entonces cuando los del

F. B. I.,

atacaron la granja. Él vió al agente novato avanzando el primero, revólver en mano, tirando centra los gangsters, acorralados en dos habitaciones. Presenció cómo Paxton, apostado tras un armario, mató al otro agente. Luego, el novato acabó con Paxton por último, pues los demás ya eran cadáveres o estaban malheridos. El «taxista» dijo ignorar lo del botín escondido. Esta declaración de Aubrey anuló la denuncia de Capozzi; y el agente novato se libró de los cargos, reingresando en el

F. B. I.,

y reconquistando sus laureles. Aubrey, el «taxista», escapó con diez años de cárcel, nada, más, por tener buenos antecedentes y estimarse que no había disparado contra los servidores de la Ley; su único pecado consistía en prestarse, por unos dólares, al traslado de la banda.

Nuevamente calló Ernest Morris, que no había apartado la vista del corpulento individuo que se sentaba en el otro sillón. Kilker seguía inmóvil, con la mirada fija en las serpenteantes lenguas de fuego.

—¿Prosigo, inspector? —preguntó Morris, irónico—. Ahora viene lo más interesante de mi historia. O ¿prefiere que me calle?

—¡Continúe! —repitió Kilker, con voz que parecía salir de ultratumba.

—Usted manda, inspector —replicó, sombrío, el joven, acariciando la culata de su pistola—. Pues bien, yo sé positivamente, y tengo testimonio, que cuánto Capozzi revelo era

absolutamente cierto. El agente novato mató al veterano para quedarse con el botín. La posterior declaración de Aubrey había sido falsa de pies a cabeza. Aubrey mintió para escapar sólo con unos años de presidio cuando merecía la pena de muerte, pues pertenecía realmente a la banda. A cambio de su falso testimonio, el agente novato le prometió debilitar la acusación. Y si el novato no los mató a él y a Capozzi, en la misma granja, fue porque los creyó inconscientes a causa de las heridas, e incapaces de darse cuenta del crimen que se cometió en su presencia. Ya han pasado muchos años desde entonces, y el agente novato hoy es inspector del

F. B. I.,

sus jefes lo consideran honrado a carta cabal, y vive espléndidamente, disfrutando del botín manchado de sangre.

Al escuchar los últimos párrafos. Kilker giró la cabeza y clavó su mirada acerada en el joven. Las tenazas se desprendieron de la mano izquierda y golpearon sordamente la alfombra. El Inspector del

F. B. I.,

se puso en pie con lentitud. Los músculos faciales le abultaban, tirantes, bajo la piel. Había empalidecido. Con el largo batín, su figura se hacía gigantesca.

Ernest Morris también se puso en pie, intuyendo el peligro inmediato. Quedaron los dos hombres frente a frente, observándose, acechándose, más bien. El único ruido en la estancia era el crepitar de los leños en la chimenea. Morris no pudo aguantar aquel silencio prolongado, y quiso apresurar los acontecimientos, provocando cuanto antes el estallido de cólera. Preguntó, sibilante:

—¿Sabe usted quién es aquel agente novato que asesinó a su compañero? ¡Usted, inspector Kilker!

La acusación quedó como vibrante en el aire, con la contundencia de un índice amenazador.

—Ya sé quién le envía. ¿Cuánto pide por su silencio? —preguntó Alexander Kilker, con acento gutural.

—No me envía nadie. ¡Pido su vida! Voy a matarlo, Kilker. ¡He venido a matarlo! —aseguró el joven, excitado, a la vez que sacaba la mano izquierda con la pistola empuñada.

Ni un gesto de sorpresa o miedo tuvo inspector, al verse encañonado por el arma. Respiró hondo, únicamente, y dijo, en

tono sereno:

—Moriremos los dos. También yo le estoy apuntando.

Morris descubrió un ligero movimiento en el bolsillo derecho del batín y cayó, entonces, en la cuenta de que el inspector no había mostrado ni una sola vez su mano derecha. Estaban empatados. Aunque se adelantase, Kilker tendría tiempo de disparar. Su plan había fallado, pero, aun cuando le costase la vida, cumpliría la «ejecución». Le estremecieron las siguientes palabras del inspector, dichas en son de mofa:

—¡Dispare, si se atreve! Adivino que está vacilando. Venía usted por mi vida, pero no quiere dar a cambio la suya. Tiene usted miedo a morir, ¿eh? ¡Es usted demasiado joven!... A mí no me atemoriza la muerte; la estoy deseando. Sin embargo, piense que leeré en sus ojos su determinación de apretar el gatillo y tendré tiempo para echarme a un lado y podré disparar yo también. Al primero, no me derribará usted.

Jamás hubiese creído, Ernest Morris, hallarse en una situación tan singular. Cuando esperaba peticiones de piedad o, por el contrario, insultos y maldiciones, se encontraba con una víctima que le incitaba a matar.

—Cuando oí llamar a la puerta, tuve la precaución de coger un revólver. Desconfío de las visitas intempestivas. Desde que abrí la puerta no he dejado de vigilarlo. Por su mentira descubrí que usted era un enemigo, y eché la llave para cortarle la salida. Ahora va usted a soltar esa pistola y a escupir cuánto sepa sobre este asunto. Aubrey se equivocó de emisario. ¿Qué le prometió ese bandido por matarme? —inquirió el inspector, áspidamente.

—No soy enviado de Aubrey —protestó el joven—. Y no se crea dueño de la situación, pues aunque me cueste la vida, estoy decidido matarlo, Kilker. Ninguno de los dos saldrá vivo de esta casa.

—Si usted no viene en nombre de Aubrey, si no es un pistolero a sueldo, ¿qué interés tiene usted en acabar conmigo? Nunca nos habíamos visto. ¿Qué tiene contra mí? ¿Quién es usted? ¿Uno de los supervivientes de la banda de Paxton y Capozzi?

—Yo soy hijo del agente al que usted asesinó.

Una mueca de estupor se retrató en la faz maciza del inspector, que preguntó, con voz rota:

—¿Tú eres el pequeño Ernest?... ¿El hijo de Joe Morris?...

—Sí, yo soy Ernest Morris, que vengo a hacer justicia por mi mano, ya que la Justicia no supo castigar al canalla que se atrevió a matar traidoramente a su camarada y amigo por un dinero maldito.

—¡El pequeño Ernest!... ¡Dios mío! —musitó el del

F. B. I.

Y a continuación, muy despacio, con la parsimonia del que se dispone a realizar un acto trascendental, sacó del bolsillo del batín la mano derecha y con ella un revólver de cañón corto. Separó los dedos y el arma cayó pesadamente en la alfombra. Luego, el inspector giró hacia su derecha y quedó frente a la chimenea, de perfil a Morris.

Hubo unos segundos de silencio solemne. De pronto, Kilker había perdido la arrogancia, la sensación de fortaleza, y hasta parecía más bajo. Su gesto y actitud era de estar terriblemente fatigado, como si le hubieran echado sobre los hombros una carga insostenible.

—Ya nada temas de mí, muchacho. Tú eras el único que podía vencerme. Si crees que tu deber es vengar a tu padre de esta manera, dispara. Dame sólo unos instantes para prepararme.

La resignación del inspector del

F. B. I.,

recordaba la del viajero extraviado en el desierto; la del caminante extenuado que, convencido de la imposibilidad de alcanzar el oasis, y pasada la crisis de la desesperación, no tiene otro ansia que descansar para esperar con mansedumbre bovina a la muerte.

Morris levantó más la pistola, buscando el mejor blanco, pero el punto de mira empezó a pintar en el aire invisibles garabatos; le temblaba el pulso y el corazón le latía a un compás acelerado.

Allí, a un paso de distancia, cubierto con su arma, tenía inerte al asesino de su padre, al monstruo odiado. Con un ligero movimiento del índice lo barrería de la superficie de la Tierra. Y, no obstante, no se atrevía a hacerlo así, con la frialdad de un matarife. Necesitaba exacerbar a Kilker para ofuscarse y disparar rabioso.

—Es usted más miserable de lo que yo imaginaba. Al principio, cuando usted me suponía un cualquiera, me trató despectivamente, con la soberbia y el despotismo de su cargo mal representado. Luego quiso amedrentarme, bravucón, diciendo que su vida sería a

costa de la mía, y como me vio dispuesto a morir, emplea ahora la treta de hacerse pasar por víctima, apelando a mis buenos sentimientos con frases que sólo suenan a cosa teatral.

Calló el joven, aguardando en vano una reacción iracunda del inspector. Éste continuaba inmóvil, mirando al fuego; una palidez lívida teñía su mejilla.

—Sí, usted es un farsante que engañó a todos menos a mí. Bajo una capa de honradez simulada, fingiendo ser insobornable, exagerando su concepto de la rectitud moral y profesional, ha estado saboreando durante muchos años el fruto de su crimen. Me basta dar un vistazo a esta habitación, comprobar el valor de esos cuadros, de esas tallas y de esos cincelados, para deducir que no pudo usted adquirirlos con su sueldo de funcionario. ¡Explíquese! ¿Cómo consiguió todo esto? ¿Qué otras infamias ha cometido? ¡Hable!

No hubo respuesta. La impasibilidad de Kilker empezó a mortificar a Morris y a encolerizarlo.

—Mientras usted disfrutaba del botín de Paxton, yo, por quedar huérfano de padre y madre, era internado en un colegio gracias al F. B. I.,

si no hubiese tenido que mendigar. A los doce años usted me robó el único cariño que me quedaba; el de mi padre. Mis únicos consuelos fueron pensar que mi padre había muerto como un héroe, en cumplimiento del deber, y las cartas y regalos de un pariente lejano mío que reside en el Canadá. Gracias a él, mi internado no se me hizo prisión, y por sus consejos soy hoy lo que soy...

Se sorprendió Morris, al interrumpirle Kilker:

—Te sientes orgulloso de ser agente especial del F. B. I., ¿verdad?

—Sí, y mucho más lo estaría si usted no perteneciera al F. B. I.

Pero ¿cómo sabía usted que yo...?

El inspector volvió la cabeza, en dirección al joven, e indiferente a la amenaza del oscuro orificio, preguntó con acento de protesta:

—¿Cómo no iba a enterarme de los pasos dados por el hijo de Joe Morris?

—¿Qué ocultos y sucios motivos le impulsaban a saber de mí?

¿Era el afán de recrearse en mi desgracia, o quizá era el miedo a que el hijo de su víctima volara demasiado pronto por sus propios medios y viniera a exigirle cuentas, como ha sucedido? Si sobre usted no pesase aquel crimen, lo lógico hubiese sido que se preocupase algo del huérfano de un compañero que, además, era amigo suyo, ¿no? Pero usted temía verse conmigo; revivir el pasado le duele. Manteniéndose lejos de mí, sin conocerme, confiaba usted en que el tiempo acallaría sus remordimientos de conciencia.

—¿Admites, por tanto, que tengo conciencia? Ya es tener bastante —comentó el inspector, con un rictus de amargura.

—Hay que igualarse a las fieras para que no quede ni un rescoldo de conciencia. Por muy malvado que usted sea, no habrá podido ahogar, en todos estos años el recuerdo de su crimen. Nadie consigue acallar los remordimientos por un pecado cometido.

—Y sabiendo eso, ¿vas tú a asesinarme? ¿Has pensado bien lo que será de ti cuando salgas por esa puerta? Aun suponiendo que nadie lo descubriese, ¿no sentirías una voz acusadora en tu interior? ¿Lograrías vivir tranquilo como si fueses inocente? ¿No te considerarías indigno de pertenecer al

F. B. I.?

¿Tendrías valor para entregarte a la Justicia? ¿Serías capaz de disfrutar de la vida o terminarías volviéndote loco hasta la desesperación? No ignoras que tus propósitos de venganza van contra la Ley de Dios y contra las leyes humanas. Si tienes pruebas de mi culpabilidad en la muerte de tu padre, ¿por qué no me denuncias, por qué te has presentado como un malhechor en vez de como un hombre que desea averiguar la verdad? Y si te descubren, ¿has meditado en la mancha que caería sobre el

F. B. I.,

por culpa tuya? ¿Así pagarías al

F. B. I.,

cuánto hizo por ti? Sabrás que son muchos los enemigos del

F. B. I.,

porque es la única organización que sigue la línea recta del deber y significa el castigo para los que se apartan del campo de la Ley. Ni el dinero ni las torturas han conseguido nunca debilitar la fidelidad y la integridad de ningún agente especial. Jamás fructificó en el

F. B. I.,

la corrupción. Hemos caminado insensibles al soborno, a la amenaza, al peligro y a la muerte misma. Muchos agentes han caído heroicamente, pero otros ocupamos sus puestos en espera de la ocasión de morir con honor, y la marcha del

F. B. I.,

continúa sin detenerse, dejando tumbas gloriosas a un lado y a otro del difícil camino. ¿Olvidaste ya lo que te enseñaron en la Academia, o es que sólo aprendiste a manejar una pistola? Si así fuera, yo te mataría ahora mismo...

Instintivamente, Ernest Morris retrocedió un paso, al ver que Kilker cerraba sus grandes manos y avanzaba cual si se dispusiera a atacar. Conforme hablaba respecto al

F. B. I.,

el inspector había cambiado su gesto de resignación por otro de exaltación, de delirio más bien. Le brillaban intensamente los ojos y su voz vibraba como si estuviera dirigiendo una arenga a una promoción de agentes especiales.

—¡Quieto, Kilker, o lo mato! —advirtió el joven, que, en su retroceso, había tropezado con las corvas en el sillón.

El inspector se detuvo, quedando su barbilla a escasas pulgadas del cañón de la pistola que tenía asestada. Una mueca crispó su cara.

—No me importa morir, muchacho; ya lo has visto antes. Lo que no quiero es dejar tras mí a un agente indigno. Has dicho que estabas orgulloso de pertenecer al F. B. I, y quiero que lo sigas estando. Ahora no debo someterme a tu voluntad. Yo he de vivir para no arrastrar al deshonor al hijo de Joe Morris. ¡Siéntate! Hemos de hablar despacio y aclarar todo esto. No, no pienses que es una trampa para cogerte desprevenido. ¡Siéntate! Si eso te tranquiliza, continúa apuntándome, pero contesta a mis preguntas.

Ernest Morris tomó asiento en cuanto lo hizo el otro. El joven se encontraba aturdido por el extraño comportamiento y las palabras del Inspector. No cabía duda de que éste era un fanático del

F. B. I.

Cuando hablaba del deber había, sinceridad en su acento. Tal vez...

Kilker extrajo un cigarrillo de una pitillera plateada y empezó a fumar con ansia. Después de echar dos espesas bocanadas de humo, preguntó:

—¿Cómo te enteraste de todo esto? ¿Quién te lo contó?

—Yo interrogaré, Kilker; no usted. Soy yo el que exige rendición de cuentas y usted ha de dármelas. Olvídese que tiene más categoría que yo en el

F. B. I.

Usted es el acusado y haga por defenderse, si puede. No me agradaría cometer una equivocación fatal.

—Si tú acusas, has de presentar primero pruebas. Yo las destruiré después, una a una. ¡Habla! Me interesa saber qué te contó Aubrey.

—Ese «taxista» no me lo descubrió; lo he conocido más tarde, últimamente. Ya sabe usted la edad que yo tenía y lo que fue de mí a la muerte de mi padre. Luego entré en la Academia. Durante el curso, uno de los profesores me habló de que en el Cuartel General estaba archivado el caso de Paxton. Sentí curiosidad por conocer los detalles de la muerte de mi padre, y en cuanto obtuve el nombramiento me fui a Washington. Entonces me enteré de cómo había ocurrido realmente, distinto a lo publicado por los periódicos en su fecha. No consideré falsa la denuncia de Capozzi contra Alexander Kilker. Y pensé que donde el Estado Mayor del

F. B. I.,

y los Tribunales de Justicia fracasaron, yo lograría averiguar la verdad aunque habían transcurrido muchos años.

Calló Ernest. Envidiaba el deleite con que fumaba el inspector, pero pudo resistir la tentación de imitarlo.

Reanudó su historia:

—Dos personas eran las supervivientes: Aubrey, el «taxista», cuya ficha decía que ya había cumplido la condena de diez años y vivía en Chicago; y Alexander Kilker, ascendido a inspector, con destino en el

S. A. C.

's. de Nueva York. Preferí empezar por Aubrey y, aprovechando los días de vacaciones concedidos a la clausura de curso, me trasladé a Chicago. Tardé en dar con Aubrey. Al fin lo encontré alojado en una pensión de baja estofa. Me dió la impresión de hombre acabado; el presidio había minado su salud. Apenas le dije quién era yo y lo que deseaba, se le desató la lengua. Odiaba a muerte a Alexander Kilker, al que culpaba de todas sus desgracias. Lo tachaba de vampiro...

—No me interesa lo que Aubrey dijese de mí personalmente, sino lo relacionado con el caso en cuestión —le interrumpió, secamente, el inspector.

—Pues bien, en síntesis, declaró que era totalmente cierta la denuncia de Capozzi, que él también había presenciado el asesinato de mi padre a manos de Alexander Kilker para apoderarse del botín de la banda. Al preguntarle porqué había declarado lo contrario en el hospital me reveló que Kilker le había prometido obtener un veredicto de inocencia en cuanto a su complicidad con la banda, a cambio de negar lo del asesinato del otro agente.

—Hasta ahí va bien la fantasía del «taxista», pero ¿por qué no cambió de opinión al ver que lo condenaban a diez años de cárcel? —intervino el inspector.

—La misma pregunta le hice yo. Me respondió que Kilker lo había visitado en la celda y le amenazó con matarlo si no mantenía su silencio. Aubrey se sometió, pues creía que un agente especial del

F. B. I.,

tenía medios para entrar en la prisión cuando lo quisiera o amistad con algún celador; imaginaba que podían envenenarle la comida o cosa parecida. El miedo le hizo callar.

Volvió a interrumpirle Alexander Kilker, interrogando:

—Sigamos aceptando tan peregrina historia, pero ¿por qué, después de salir de la cárcel, Aubrey no intenta vengarse de mi supuesta jugarreta, asesinándome o denunciándome a la Justicia?

—Eso es bien sencillo de explicar, inspector —manifestó Morris, que iba anotando mentalmente las objeciones de Kilker—. Aubrey se encontraba incapacitado: matar a un inspector del

F. B. I.,

no es tarea fácil si se pretende eludir la responsabilidad; denunciar a un inspector del

F. B. I.,

con retractación, de lo declarado anteriormente bajo juramento y teniendo antecedentes penales y tratándose de un caso antiguo en el que se dió un fallo absolutorio, era exponerse al fracaso y a pagar caras consecuencias. Además, Aubrey teme que usted lo quite de en medio por considerarlo un testigo de su crimen.

—Bonito cuento el de ese «taxista». Todavía careces de la

experiencia necesaria que te permita distinguir la mentira de la verdad. Y tú, nada más oír a Aubrey, te propusiste vengar a tu padre, sin meditar y sin realizar otras indagaciones. Distes por ciertas las afirmaciones de Aubrey. ¿Es así como hubieses llevado un caso cualquiera, Ernest? —preguntó Kilker duramente—. ¿Un buen agente debe ofuscarse por las palabras de unos u otros? Ingenuamente, te dejaste influir por el rencor y el veneno de Aubrey.

—No ha influido el rencor de nadie en mí, Kilker. Los hechos, las pruebas, las declaraciones...

—Entonces, ¿te consideras más sagaz que los Jefes del F. B. I.? Ellos me conceptuaron inocente, y tenían en su poder todas esas pruebas y declaraciones...

—Menos la última de Aubrey —objetó Morris molesto porque el inspector lo tachase de inexperto.

—Pero vamos a ver qué nos enseña la Lógica, muchacho. Si tus suposiciones fuesen ciertas; si fuese verdad lo que Aubrey te ha contado, ¿tú crees que yo, temeroso de ser denunciado como asesino, no hubiese ya eliminado a Aubrey, el único que podía hundirme? Si partimos de la hipótesis de que yo fui el asesino de tu padre por un montón de dinero, ¿qué traba moral o de otra clase me impediría cometer un asesinato más en la persona de ese taxista? Si lo dejo vivir, ¿por qué será? Pues, porque no soy culpable y su denuncia carecería de fundamento. Aubrey me odia, y hasta lo veo natural: yo fui quien lo metió en la cárcel. ¿Qué condenado agradece su detención?

No encontrando la manera de echar por tierra los razonamientos del inspector, el joven atacó por otro lado.

—No intente hacerse pasar ante mí por buena persona, Kilker. Después de entrevistarme con Aubrey, investigué acerca de usted. Los informes recibidos son pésimos. Sus subalternos no le quieren porque es usted un déspota, un amargado, sin un amigo siquiera. Sus superiores lo estiman, únicamente, porque es usted eficaz y nunca ha fracasado.

—Eso es punto y aparte, muchacho. Aquí no te equivocas mucho, lo reconozco —admitió, soberbio, el inspector—. Mis hombres no me quieren porque les hago andar tiesos por la cuerda floja. No les perdono el menor fallo. Pertenecen al

F. B. I.,

voluntariamente y han de comportarse en toda ocasión con arreglo a nuestro reglamento y a nuestro lema. En cuanto a mis superiores Hoover me ha pedido, más de una vez, que me incorpore al Estado Mayor. Como somos amigos, le he rogado que no me lo ordene. No me gusta el estira y afloja de la política, de la diplomacia y de las relaciones con otros departamentos federales. Prefiero que mi tarea se reduzca a un caso policiaco determinado, por grande que sea el peligro, y darle cerrojazo en cuanto entrego los culpables a los Tribunales, sin otros miramientos o contemplaciones. Es una forma de ser como cada uno tiene la suya. ¿Acaso se me puede reprochar?

Ernest Morris se dió cuenta de que empezaba a perder terreno en sus convicciones sobre el inspector Alexander Kilker. Intentó vencerlo con otro as.

—Por mucho que insista, no puede usted negar una cosa evidente por demás: ¿de dónde sacó usted el dinero para tener esta casa y adquirir un coche caro y todo esto? Ningún inspector del

F. B. I.,

vive con las comodidades y el lujo que usted. Es una prueba clara de que tuvo otras fuentes de ingreso. El botín...

—No digas majaderías, Ernest —lo atajó, violento, Kilker—. Esos inspectores a los que aludes, alternan en sociedad, se han casado, tienen hijos y el sueldo siempre les llega corto. Yo...—se le vió vacilar, como si le costase trabajo desvelar su intimidad—..., yo no he hecho nada de eso. Me quedé sin padre siendo un crió y tuve que ponerme a trabajar. Sé lo que cuesta ganar un centavo y aprendí a guardarlo, tal vez, exageradamente. La lucha solitaria me endureció. Aprendí a no confiar en las promesas de los demás. Envidiando a los que sabían más que yo, me entró afición al estudio y, en horas libres, conseguí, al cabo de los años, hacerme periodista y alcanzar cierto renombre. Entonces fue cuando me relacioné con los federales y me gustó su tarea. Logré el ingreso en la Academia como aspirante a agente especial. Seguí siendo el mismo, a excepción de..., de un amor que tuve. Me enamoré perdidamente de una muchacha, que luego me dejó por otro hombre, justamente cuando estuve procesado por aquello... Desde entonces, mi vida se ha reducido a servir en cuerpo y alma al

F. B. I.

A la fuerza tenía que ahorrar dinero, y lo he empleado en libros y en esta casa que es todo menos hogar. Del botín que Paxton robó a aquel ladrón holandés, opino que se lo gastaron; tuvieron tiempo de sobra para hacerlo mientras la Metropolitana anduvo desorientada.

—¿Por qué me ha dicho usted que sabía quién me enviaba y fue cuánto pedía por su silencio? —inquirió Morris, al que comenzaban a faltarle argumentos.

No repuso Kilker enseguida. Reflexiono y, luego, dijo:

—¡Me refería concretamente a Aubrey y era una añagaza mía para descubrir las verdaderas intenciones tuyas!

—No me convence. ¿A qué se refería el silencio que usted quería comprar? —insistió, terco, el joven.

—No tengo nada que ocultar. Repito que ha sido un truco mío. Aubrey no puede hacerme víctima de ningún chantaje.

—Tal vez lleve usted razón en que Aubrey no pueda amenazarle con nada, pero no por falta de motivos, sino por temor. Le tiene miedo, Kilker.

—Si lo crees así, ¿por qué no nos entrevistamos con él para aclarar definitivamente este asunto? Te demostraré que miente. Delante de mí no será capaz de mantener semejante calumnia.

Las explicaciones y la serenidad del Inspector del F. B. I., habían debilitado parcialmente el propósito criminal de Morris. Cada razonamiento suyo agrietaba el edificio de odio levantado en el corazón del joven. Este mismo se percató de ello e hizo una pregunta, disparatada por hacérsela al propio acusado:

—¿Usted mató a mi padre, Kilker?

Inclinado por encima del brazo del sillón, con la pistola empuñada, Ernest aguardó, anhelante, la respuesta. Desde que había leído la documentación del caso Paxton su espíritu se debatía en plena tortura. Ansiaba febrilmente llegar al final, para bien o para mal.

Kilker, como pétrea la faz, sostuvo la mirada de su antagonista; se pasó la mano por la cabeza, aplastándose los cortos y grises cabellos; y manifestó:

—Tú sabes lo que allí sucedió; lo has leído en los archivos del F. B. I. Capozzi y Aubrey mintieron. ¿Por qué has de dar más crédito a ellos

que a mí? ¿Vale más el testimonio de dos forajidos que el de un agente especial? No solamente éramos compañeros, tu padre y yo, sino también amigos. Algunas veces fui a tu casa; eras un niño y no te acuerdas. Estuve en el entierro de tu madre. Te parecías más a ella que a Joe; por eso no te he reconocido ahora. Has cambiado mucho en poco tiempo.

—Siendo tan amigo de mi padre, ¿cómo no se le ocurrió visitarme nunca en el orfanato?

—Poco después de aquello fui destinado, por varios años, al extranjero, en misión especial.

—Será cierto, Kilker, pero aún no ha contestado usted concretamente a mi pregunta: ¿Mató usted a mi padre? —insistió el joven, con vehemencia de desesperado.

Oscurecióse el gris de los ojos del inspector, al responder, conciso y firme:

—No.

La negación restalló como un latigazo en la sala. Continuó un silencio embarazoso. Dejaron de cruzarse las miradas: la del inspector fue a fijarse en el fuego, la de Morris descendió hasta el arma que asía. La inquietud de la duda atormentaba al joven agente del

F. B. I.

Aunque Kilker había rebatido con lógica todas las acusaciones, no terminaba de creer en su inocencia. Ya le había advertido Aubrey que se encontraría con un hombre más malo y astuto que el mismísimo diablo, y peligroso cien por cien, pues prefería disparar a dialogar.

—Entonces, ¿por qué ha soltado usted el revólver y se resignaba a morir en vez de resistirse, inspector? ¿No era el reconocimiento de su culpabilidad lo que le obliga a dejarse matar? Usted tiene fama de pistolero que dispara antes de hablar. ¿Qué no habrá sentido usted para cambiar de carácter tan radicalmente?

Sin apartar la vista de la lumbre, Kilker manifestó, en tono quedo, silabeando:

—Admito que me impresionaste con la historia, y, ¿cómo no, si aquello varió por completo el rumbo de mi vida? Luego, al saber que eras Ernest, ¿cómo iba a matar al hijo de mi amigo Joe Morris? Me entregué a tu merced, confiando en que serías incapaz de tirar

sobre un hombre desarmado. Traté de llevarte al diálogo, a las explicaciones que permitirían poner en claro este embrollo. ¿Te extraña ahora mi comportamiento?

—No le faltan a usted palabras, Kilker; pero un sexto sentido, un algo inexplicable, me dice que usted fue el asesino de mi padre.

—Estás sugestionado, muchacho, por lo que unos y otros te han contado de mí. Pero yo haré desaparecer el veneno que te inyectaron. Aubrey, el «taxista», es el mayor responsable. Iremos los dos a Chicago, a buscarlo, y le haré declarar la verdad. Delante de mí no se atreverá a mentir. ¡Es una rata de alcantarilla!

—Tal vez fuese una solución si Aubrey no hubiese desaparecido de su domicilio. La segunda vez que fui a buscarlo, al cabo de tres días de haberlo conocido, no lo encontré. Lo necesitaba para aclarar ciertos puntos que quedaron oscuros en la primera entrevista. Me dijo la portera que se había marchado justamente hacía tres días, sin dejar dirección alguna. No me gustó aquello. Indagué a fondo y no lo hallé por todo Chicago. Sólo logré un dato: un conocido suyo le había visto subir en un tren para acá, para Nueva York.

Intervino el inspector, cuyos ojos acababan de adquirir una expresión vivaz de alerta, la del sabueso olfateando una pista:

—Es evidente que huyó apenas saliste de su casa. ¿La causa? La adivino. ¿Qué le dijiste tú? Te diste a conocer, ¿verdad? Le revelaste que eras hijo de Joe Morris y que pertenecías al

F. B. I.,

¿no? —Al gesto afirmativo del joven, Kilker prosiguió—: Él te contó toda la sarta de mentiras, te emponzoñó con calumnias, y, por último, te incitó a que obrases particularmente y con tacto, ¿verdad? Te aconsejó que no acudieras a la Justicia, porque fracasarías, sino que te vengases por tu propia mano. Tú estabas enloquecido, y juraste acabar conmigo, y hasta es posible le comunicases que proyectabas venir a Nueva York furtivamente, a matarme de una manera hábil para que el asesinato quedara impune. ¿No fue así, Ernest?

El joven inclinó la cabeza, como avergonzado de que el otro hubiese adivinado lo sucedido, prueba clara de que obró ingenuamente. Reconoció en voz baja:

—Sí.

—Aubrey huyó de su domicilio por si tú eras cazado después de

mi muerte y revelabas la entrevista tenida con él. Aubrey, dados sus antecedentes en este caso, no quería ser interrogado por la Policía, por si era acusado de cómplice tuyo o de instigador del crimen. Ahora, probablemente estará escondido en cualquier agujero de Nueva York, esperando leer en la Prensa algo sobre mí o sobre los dos. Si hubieses llegado a matarme sin ser descubierto, yo no habría podido compadecerte por lo que te aguardaba en este sentido: Aubrey habría manejado a su antojo al agente especial Ernest Morris mediante la amenaza de denunciarlo por el asesinato del Inspector Alexander Kilker. Ese canalla ha jugado contigo como si fueses un niño. Él ganaba por partida doble: se vengaba de mí y a ti te convertía en su muñeco.

El joven Morris escuchaba anonadado. Las deducciones hechas por el inspector le demostraban que había obrado estúpidamente. Se sintió humillado. Él, que se creía un Sheriock Holmes, no era, en realidad, más que un muchacho inexperto y alocado. No solamente había estado a punto de arruinar su espíritu, por apartarse del camino hacia Dios, sino que también se había expuesto a ser una marioneta en manos de un criminal o a ser electrocutado.

—Necesito encontrar a Aubrey —dijo, sombrío—. Buscaré por todo Nueva York, hasta en los lugares más ocultos.

Tras meditar durante unos momentos, Kilker manifestó:

—No tendrás que molestarte. Vendrá él a buscarte; te lo aseguro. Estoy pensando un plan... Yo también tengo gran interés en echarle el guante... para que cante delante de ti.

—¿Qué se le ha ocurrido? ¿Cómo va a venir él a buscarme? —preguntó, impaciente, Morris.

—Tú vas a matarme, y resultará un asesinato perfecto, pues nadie averiguará que has sido tú. Aparecerá una nota necrológica en los diarios sobre el infortunado Alexander Kilker y, después, me juego la cabeza a que recibirás un aviso de Aubrey.

—No entiendo... ¿Cómo?...

—Muy sencillo. Iré a ponerme de acuerdo con Hoover para que la comedia resulte bien. Desapareceré de la circulación, y tú vendrás destinado a esta División. Los dos, de acuerdo, actuando yo desde la sombra, atraparemos a Aubrey y a alguien más.

—Sí, comprendo. ¿No le importa a usted contarle lo mío a Hoover?

—No. Él me conoce bien.

Impresionó a Ernest esta última afirmación de Kilker por dos motivos: probaba la inocencia del inspector y, por el contrario, significaba enterar al Director del

F. B. I.,

de los propósitos criminales de un agente especial respecto a un superior.

—Será mejor que no le diga nada —objetó el joven, tímidamente.

—¡Bueno! No te preocupes por ti. Le contaré lo que convenga, sin meterte en un lío —manifestó Kilker, sonriendo por vez primera.

Morris observó que aquella sonrisa borraba en tal grado la expresión dura del inspector, que lo hacía simpático.

Lentamente, procurando no llamar la atención del otro, el joven se guardó la pistola en el bolsillo.

—Ha dicho usted, antes, que atraparíamos a Aubrey y a alguien más. ¿A quién se refería?

A Kilker no le pasó inadvertida la maniobra de Ernest, pero no hizo comentario acerca de ello. Repuso, como si monologase:

—Nunca se ha separado de mi pensamiento la idea de que el botín existía. Alguien lo cogió. Aparte de Aubrey, alguno de la banda escapó de la granja o no se hallaba allí cuando la asaltamos. Conocería el escondite del botín y lo habrá estado disfrutando. Alrededor de Paxton giraban otras personas que, entonces, nos parecieron sospechosas, pero no les pudimos probar nada en concreto. Se debía, haber ampliado el círculo de investigaciones a fondo.

—¿Cómo no lo hizo usted?

—A raíz del sobreseimiento de mi causa, fui destinado al extranjero, como te he contado antes. El

F. B. I.,

daba por terminado el caso de Paxton, lo requerían otras investigaciones más importantes, y no se hicieron las averiguaciones complementarias para la extirpación de los cómplices menores y encubridores de la banda. Posiblemente Aubrey conocerá a alguno de los supervivientes —matizó el inspector con ironía—. Tú serás el cebo y yo haré de anzuelo; procuraré engancharlos bien.

—Como recién salido de la Academia, aún no tengo destino, inspector —objetó Morris.

—Yo haré que te envíen, en misión especial, a esta División de Nueva York. Aparentemente trabajarás en las oficinas, pero tendrás plena libertad de actuación; ningún jefe podrá pedirte cuenta de tus pasos. En cuanto yo muera, tendré que alojarme en otro sitio; esta casa quedará cerrada —comentó Kilker, reflexionando—. Nos haría falta un lugar seguro donde entrevistarnos nosotros para ir variando los planes conforme se desarrollen los acontecimientos. ¿No tienes en Nueva York, a algún pariente o amigo íntimo de confianza, que nos sirva, por lo menos, de enlace?

—No. Ya le dije que sólo tengo un pariente lejano, un primo de mi padre, que reside en el Canadá. Por no sé qué motivos, le está prohibido entrar en los Estados Unidos. A eso se debe que no le conozca aun personalmente. Si Dios quiere, y en cuanto tenga permiso oficial, iré a visitarlo; le estoy muy agradecido.

—Bueno, ya buscaré yo un lugar de cita conveniente. Regresarás a Washington enseguida. Mantén en absoluto secreto lo sucedido esta noche. Yo iré allá, pasado mañana, apenas deje arreglado los asuntos del despacho. Confía en mí, muchacho.

Ernest no pudo reprimirse y, a sabiendas de que cometía un error por desechar la astucia imprescindible en su situación, manifestó, secamente:

—En usted no puedo confiar, Kilker, mientras no se demuestre con pruebas su inocencia. Le concedo treinta días para hacerlo; pasado este plazo... Y le advierto, por si pretende usted pasarse de listo, que, en caso de que yo muera, alguien se encargará de enviar al Director del

F. B. I.,

y al Tribunal Supremo unas declaraciones mías contra usted.

Por un momento se vió un relámpago de cólera en los ojos del inspector. Luego, con aparente indiferencia, replicó:

—Haz lo que te dé la gana. —Y se puso en pie.

Morris también se levantó. Los dos hombres permanecieron callados, observándose mutuamente. Pese a los razonamientos hechos y a las explicaciones dadas, no se separaban como amigos. Ernest, por instinto, seguía desconfiando del inspector. Y éste, tras la inoportuna advertencia del joven, parecía hastiado o

decepcionado.

El revólver todavía continuaba tirado en la alfombra.

—Vaya delante, a abrirme la puerta, Kilker —indicó el joven, a la vez que volvía a meter la mano en el bolsillo donde tenía la pistola.

Con sus palabras y su actitud provocaba de nuevo la tirantez entre ellos. La realidad era que Morris temía dar la espalda al inspector. No lograba desarraigar de sí las sospechas y el recelo originales, amamantados durante días por la lectura del caso y los informes de Aubrey.

En silencio, a grandes pasos, flotando al aire los bordes del batía, Alexander Kilker se dirigió por el pasillo hacia la puerta de la calle. Desechó la llave y dejó la salida franca a Ernest Morris. No hubo ninguna palabra de despedida. En cuanto el joven estuvo en la acera, el inspector cerró la puerta.

Después, despacio, con la cabeza inclinada, regresó a la sala. Tomó asiento en uno de los sillones. Utilizó un ascua, cogida con las largas tenazas, para encender un cigarrillo.

Con los brazos colgándole a los lados del sillón y clavada la vista en el fuego, el inspector del

F. B. I.,

Alexander Kilker, permanecería inmóvil hasta el amanecer.

II

MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE UN INSPECTOR DEL F. B. I.



ON ligeras variantes, la noticia aparecía en los principales diarios de la nación, siguiendo una especie de necrología.

«Ha desaparecido misteriosamente de su domicilio, en Nueva York, el inspector del
F. B. I.

Alexander Kilker. En una de las habitaciones había manchas de sangre en la alfombra, por lo que se supone que el infortunado inspector fue asesinado allí mismo.

Un vecino afirma haber visto un coche estacionado a la puerta de la casa, en la noche del suceso. Se deduce que el asesino lo empleó para transportar el cadáver a un lugar todavía desconocido. El

F. B. I.,

se ha encargado de esclarecer el caso, y no dudamos que muy en breve el famoso y eficaz organismo logrará detener al culpable o culpables.

»El inspector Alexander Kilker tenía una relevante categoría en el

F. B. I.,

por sus innumerables triunfos profesionales. Apenas ingresado en el célebre Cuerpo, exterminó a la banda de Paxton, que hace catorce años era una de las más peligrosas cuadrillas de forajidos. Su carrera culminó con los éxitos obtenidos en misiones especiales en el extranjero, y últimamente se hallaba al frente de la sección más importante del

S. A. C.

's de Nueva York.

»Imaginamos que el inspector Kilker ha sido víctima de la venganza de un desalmado que conocía sus costumbres».

La noticia se repetía en los periódicos extendidos sobre la mesa ocupada, por el joven agente especial Ernest Morris. El joven pensaba que Kilker había realizado bien la maniobra, como si se tratase de una campaña de propaganda. También fue del inspector la idea de notificarlo como desaparición misteriosa, aunque incluyendo la posibilidad de asesinato, en vez de darlo como muerte probada, pues esto último complicaría los trámites oficiales y obligaría a ampliar el reducido número de los enterados de la verdad.

Recogía Morris los diarios, cuando se abrió la puerta de su despacho para dar entrada a otro joven, de cabellera rojiza y rostro pecoso, que saludó sonriente:

—¿Qué hay, muchacho? ¿Es que vas a poner un puesto callejero con tantos papeluchos? ¡Ah! Te interesa el caso de Kilker. No te

molestes, Ernest; el inspector jefe ha recibido una orden de Washington diciendo que no se ocupe de este asunto. Parece ser que han destinado una brigadilla especial para eso. Además, han ordenado que se preste ayuda de todo género si se nos reclama utilizando la clave KAI. A mí me parece que hay gato encerrado.

—¿Qué te hace sospecharlo? —preguntó Morris, adoptando gesto de cándido.

—A mí no me la dan con queso tan fácilmente. Kilker era un zorro, y se me ha metido en la cabeza que ésta es una de sus tretas. Como desaparecer..., sí que ha desaparecido, puesto que no viene por aquí; pero de que lo han liquidado, ¡ni hablar! La mala hierba nunca muere. A alguien estará tratando de engañar.

—Tú mismo viste las manchas de sangre cuando fuimos a investigar a su casa...

El pelirrojo se sonrió, escéptico, y replicó:

—A otro perro con, ese hueso. El Laboratorio ha dictaminado que era sangre humana; pero ni por éstas me lo trago. Kilker se sabía todos los trucos habidos y por haber. ¡Qué no, hombre, que no!... «El Loco» está por ahí, vivito y coleando, y en cuanto consiga lo que busque, volverá aquí, para desgracia nuestra.

—¿Tan mal jefe era?

—Más malo que la quina. Nos traía fritos, chico. Tú has tenido una suerte disparatada con incorporarte a esta División de Nueva York justamente cuando él desapareció. No llegaste a conocerlo siquiera, ¿verdad?

—No; vine al día siguiente del asesinato.

—Asesinato, secuestro, truco o lo que sea... El caso es que llevo cuatro días que respiro a gusto con el nuevo inspector de la sección que llevaba Kilker. Con él no había quien parase. Si no teníamos ningún asunto entre manos, nos decía que saliéramos a la calle a buscarlo, que no quería haraganes a su alrededor, que nos estábamos ganando el pan a traición. ¡Era un bicho!... Sin embargo, eso sí, hay que reconocerlo: nadie como él para las persecuciones y los asaltos. Iba el primero, tan tranquilo, igual que si fuese de paseo, y nos maldecía y amenazaba si alguno de nosotros intentábamos protegernos cuando oíamos silbar las balas. Oliendo pólvora, el tío se ponía como loco, y tenía más suerte...; nunca le arreaban. Nombrar al inspector Kilker entre la gente del hampa era

nombrar al propio demonio. Cuando les echaba la mano encima y había que sacarles alguna declaración, los estrujaba más que a un limón; les sacaba hasta la primera papilla que tomaron. Los liaba con mentiras y trampas, los amenazaba, y si alguno se atrevía a ponerse gallito, le sacudía cada trompazo que lo tronchaba. ¡Era una verdadera fiera! ¡Y más raro que un lagarto con alas!

Desde que Morris se había incorporado al

S. A. C.

's del

F. B. I.,

en Nueva York, por petición secreta de Kilker a Hoover, no había oído hablar de otra manera respecto al inspector.

—Cumplía con su deber, ¿no?, aunque se pasase un poco de la raya.

—Y tanto que se pasaba de la raya —aseguró el pelirrojo—. Si no hubiese sido porque hacía algunas cosas buenas, creería que Kilker no tenía corazón. Si era duro con los criminales, más lo era con cualquiera de nosotros que cometiera una falta. Se enfurecía cuando cometíamos una equivocación, por pequeña que fuese, y nos maldecía y amenazaba con castigos en cuanto veía que alguno se acobardaba ante un peligro. La menor muestra de temor por nuestra parte lo sacaba de quicio. No perdonaba a los miedosos. Decía que los cobardes no tienen sitio en el

F. B. I.

—¿A qué te refieres con eso de que hacía algunas cosas buenas? —preguntó Morris, intrigado.

—Pues ahí está el caso: que en cuanto veía cualquier pena a su alrededor, se volcaba a prodigar consuelo y dinero. Aunque lo ocultaba, sé de las muchas obras de caridad que hizo. Era tacaño consigo mismo: no se gastaba un centavo en una copa ni se compraba ropa hasta que se le caía a pedazos; de siempre lo conozco con un traje gris oscuro y la misma corbata. Y luego largaba un puñado de dólares al primero que le contase sus calamidades. Para mí fue una sorpresa ver su casa, el otro día; no había estado nunca allí. Indudablemente estaba loco. No le gustaba figurar ni divertirse ni nada. Parecía como si su única diversión consistiera en jugarse lo más posible la pellica contra los criminales.

Con los asesinos era cruel a más y mejor. Aseguraba

machaconamente que nadie puede disponer a capricho de una vida. Una vez que se me ocurrió advertirle que él tenía algunas muertes a su cargo, se me echó encima y por poco me pulveriza, ¿sabes? Dijo, frenético, que sólo tiraba a matar cuando no había otro remedio, y además que lo hacía al servicio de la Justicia. Yo lo aguantaba, sin solicitar otro destino, porque se aprendía mucho a su lado. Nadie como él para preparar una emboscada. Por esto creo que lo de ahora es una treta de las suyas. Me jugaría la cabeza a que pretende cazar a alguien. El día menos pensado aparece por aquí, tan paquidermo como siempre, diciéndonos que no somos más que una partida de gandules. ¡Tiene un genio de mil diablos!

El timbre del teléfono que había sobre la mesa cortó el aluvión de palabras del parlanchín pelirrojo. El inspector jefe requería la presencia del agente Morris. El joven salió al corredor, cruzándose con varios compañeros que entraban y salían de los otros despachos. A través de una de las puertas se filtraba el martilleo monótono de los teletipos en comunicación con el Estado Mayor y los restantes

S. A. C.

's extendidos por el país. Un individuo fornido, con cara de patibulario y las muñecas esposadas aguardaba en compañía de un agente. Atravesó Ernest la activa secretaría del inspector-jefe, y pasó al despacho de su superior.

—Siéntese, Morris.

El inspector-jefe de la División era un hombre de aspecto inteligente y de expresión cordial. Encima de su mesa figuraban varios aparatos, y sobre su carpeta se levantaba una pila de documentos ordenados. Detrás de su sillón, colgando de la pared, figuraba la bandera de los Estados Unidos entre el escudo del

F. B. I.,

y el retrato de John Edgar Hoover.

—Acabo de recibir noticias secretas de Washington, Morris, ordenándome comunique a Kilker que su primera pregunta resulta afirmativa, y negativa la segunda. No dicen más. Como usted es el único que conoce su paradero, notifíquese.

—Bien, señor.

—De mi parte, dígame que si me necesita y no me encuentra aquí, que me llame a casa, sea la hora que sea. Estoy muy

interesado en ayudarle —afirmó el inspector-jefe.

—Se lo diré, señor.

—¿Qué tal se lleva usted con él, Morris?

Vaciló el joven antes de responder:

—Lo he tratado muy poco. Si él me eligió para este asunto, se debe, simplemente, a que era amigo de mi padre.

—Pese a lo que oigas por ahí, ten presente que Alexander Kilker es un hombre excepcional. Un poco raro, es cierto; pero vale más que todos nosotros juntos. Si le secundas bien, te tomará cariño y aprenderás mucho a su lado. Lo único que no debes aprender de él es su mal humor, ¿eh? —aconsejó, sonriente, el inspector-jefe, a la vez que con un ademán despedía al joven—. Y no olvides mantener la boca cerrada hasta entre tus mismos compañeros. Ellos saben que te ha traído aquí un servicio especial, pero nada más. Déjalos que piensen lo que quieran.

Como eran ya las ocho cuando Morris salió del despacho, se dispuso a abandonar la «sucursal» del

F. B. I.,

en Nueva York.

La noche había caído sobre la ciudad, y la calle Center estaba profusamente iluminada por las luces de los rótulos y de los escaparates. Parecía haber disminuido el frío, y la gente caminaba despacio, disfrutando por anticipado de la cercana primavera.

Morris se dirigió a pie hacia su hotel, elegido por comodidad en una transversal de la Center. Preguntaría al conserje si alguien había dejado algún recado o encargo para él; luego saldría a cenar en cualquier restaurante, no sin antes llamar a Kilker para notificarle la comunicación de Washington, transmitida por medio del inspector-jefe, puesto que no había otras novedades.

Hacía casi una semana desde que apareció en los periódicos la noticia de la «misteriosa desaparición del inspector del

F. B. I.»

y aún no había dado Aubrey señales de vida, en contra de las suposiciones de Kilker. Sería fatal que el plan fracasase desde su principio.

Detúvose Morris, en medio de la acera, para encender un cigarrillo, cuando oyó una voz masculina, a espaldas suyas, que decía:

—Se le ha caído esto.

Volviendo la cabeza, el joven vió erguirse a un hombre con un sobre blanco en la mano. Maquinalmente extendió el brazo, y apenas tuvo el sobre entre los dedos, mientras iba a agradecerse, el otro dió media vuelta y se alejó presuroso, confundiendo con la gente. Morris cayó inmediatamente en la cuenta de lo que se trataba, y anduvo unos pasos en pos del individuo. Pese a llevar sombrero y a mantener la cabeza inclinada, le había visto la parte inferior de la cara, y el sombrero verde y el traje marrón eran inconfundibles.

Se detuvo de pronto, al pensar que la persecución no conduciría a nada conveniente. Era otra la manera planeada para establecer el contacto.

No aparecía ningún nombre ni dirección en el sobre: estaba en blanco. Lo rasgó, y de su interior extrajo una hoja de papel doblada. A máquina, alguien había escrito lo siguiente:

«Si le interesa saber quién ha sido el asesino del inspector Kilker, pásese esta noche, a las nueve en punto, por el bar La Ballena, 138 Oeste, y pregunte al del mostrador por Larry Benton. Acuda solo, o perderá la ocasión. UN AMIGO».

Pensativo, Morris se guardó los papeles. Le extrañaba que «Un amigo» pretendiera comunicarle el nombre del «asesino» de Kilker. No podía tratarse de Aubrey, puesto que éste debía creer, como consecuencia de lo hablado en Chicago, que el asesino era él, Morris. ¿Quién otro podría ser el autor del anónimo? Fuera de los compañeros y de los empleados del hotel, nadie lo conocía en Nueva York.

Echó a andar, a la vez que ojeaba disimuladamente a las personas paradas ante los escaparates. No observó a nadie sospechoso. Continuó adelante, sin volverse a mirar. Había ideado un método mejor para descubrir a quien lo siguiese.

Sin duda posible, el tipo del sombrero verde era un simple mandadero del autor de la carta; habrían estado acechándolo a la salida del domicilio del

F. B. I.

Y seguramente, en aquellos mismos momentos, iban en pos suya,

vigilando su reacción y sus idas y venidas.

Necesitaba contar a Kilker lo sucedido y pedirle instrucciones. No quería que le viesan telefonear, y para conseguirlo tendría que convencerse previamente de que no era espiado.

En la inmediata parada tomó el autobús. Tres hombres subieron tras él, y ninguno de ellos llevaba sombrero verde ni vestía de marrón. Fingía interesarse mucho en atisbar el exterior por la ventanillas, pero lo que hacía era servirse del cristal a modo de espejo y observar a los tres probables perseguidores. No tardó en notar que uno de ellos le miraba repetidamente: un individuo moreno, de apariencia vulgar, con traje azul a rayas grises.

El joven se apeó dos paradas más arriba, y tuvo buen cuidado de fijarse en los que bajaron a continuación, mientras simulaba atarse el cordón de un zapato. Descendieron dos mujeres, un anciano y el del traje azul. Este último se entretuvo en comprar un periódico, con el que se ocultó parcialmente la cara en tanto que leía.

Morris decidió entrar en un restaurante automático que se hallaba a corta distancia. El local estaba casi vacío. Ya había, pasado la hora habitual de la cena. El individuo del traje azul no traspasó la puerta, pero se le divisaba, por una de las ventanas, paseando lentamente a lo largo de la acera. Era un inconveniente que el teléfono público del restaurante estuviera a la vista de todos.

El agente del

F. B. I.,

comió con prisa, y salió a la calle, aparentando ignorar la existencia del otro, que volvía a fingir interés por el contenido del periódico. Morris sintió tentación de conducirlo arrestado al cuartelillo más próximo para interrogarlo con objeto de conocer sus propósitos y averiguar la identidad de quien lo enviaba. Se contuvo, temeroso de desbaratar los planes de Kilker, al ahuyentar al autor anónimo de la misiva si detenía a su enviado. Tal vez fuese más apropiado el empleo de un método «estrictamente particular».

Aparentando tranquilidad, el joven continuó andando hasta encontrar un portal abierto y con mala iluminación. Pasó a la casa con la naturalidad de quien entra en la propia. Fue dentro cuando se apresuró a subir los escalones de dos en dos. Era un edificio viejo, mal cuidado; el pasamanos estaba despintado y mugriento, y el único alumbrado consistía en una bombilla, polvorienta y de

pequeño voltaje, en cada rellano. No se cruzó con ningún vecino. A través de una puerta le llegaron los berridos de una criatura. Olía a coles hervidas.

Al alcanzar el tercer piso, se asomó por el hueco de la escalera. Una silueta humana comenzaba a subir. Era el hombre del traje azul; lo reconoció al pasar por debajo de una bombilla. Ascendía con pisadas cautelosas.

Entonces Ernest, decidido a poner fin a la enojosa situación, se quitó la gabardina, que dejó en el suelo, junto con el sombrero. Y después, tras comprobar que su pistola salía suavemente de la sobaquera, empezó a descender, silbando una cancioncilla en boga, y pisando fuerte los desgastados escalones de madera.

El del traje azul cayó en la trampa, pues, a primera vista, no reconoció al que bajaba tan ruidosamente.

Se encontraron en el rellano del segundo piso. Hubo un instante de ligera vacilación por ambas partes: Morris dudaba entre emplear el arma o sólo las manos; el otro necesitó cerciorarse de que tenía enfrente al mismo que llevaba antes gabardina y sombrero.

El agente del

F. B. I.,

se adelantó en la acción, por unas décimas de segundo, estirando veloz el brazo derecho. Su puño golpeó con dureza el mentón del otro, que retrocedió, tambaleándose, hasta la pared. Un bramido de rabia sucedió a su grito, mezcla de sorpresa y dolor. Su respuesta fue rápida: de un salto se abalanzó sobre Morris, el cual, preparado, hurtó el cuerpo a la feroz acometida. Como un bólido pasó por su lado derecho el del traje azul, que cayó de bruces, estrepitosamente. De movimientos ágiles, se disponía a revolverse, al mismo tiempo que se erguía, cuando encajó un taconazo en el temporal izquierdo. Volvió a desplomarse, casi inconsciente; pero, aun aturdido, quiso sacar un revólver, cuya culata le asomaba por encima del cinturón, al abrírsele la chaqueta.

No se lo consintió el del

F. B. I.,

descargándole un puntapié a la mano y otro a un costado. El alarido se debilitó en lamento apagado, y el del traje azul quedó inerte, sin respiración apenas.

Morris le arrebató el arma, a la vez que, inclinado, le

preguntaba:

—¿Qué venías buscando? ¿Quién te ha mandado seguirme?

No hubo contestación a sus interrogantes, porque se abrió la puerta de uno de los cuartos, y una mujer lanzó un chillido de espanto al contemplar la escena, y tornó a cerrar de un portazo que retumbó con el estruendo de un cañonazo en el interior del edificio. Los inquilinos habían sido alarmados.

Como la idea de Morris no era dar a conocer su autoridad ni perder tiempo en explicaciones a la Policía, como tampoco le urgía conseguir aquellas respuestas —ya que pensaba acudir a la cita en La Ballena— y su interés, de momento, radicaba en telefonar sin testigos a Kilker, optó por huir.

Subió corriendo al tercer piso, a recoger la gabardina y el sombrero, y descendió apresuradamente, saltando por encima del individuo del traje azul, que continuaba quejándose y tirado en el suelo.

En el primer piso, la cabeza de un hombre, asomado por la rendija de una puerta entreabierta, desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El miedo podía más que la curiosidad.

Ya en la calle, el joven tomó un taxi, ordenando al conductor que lo llevara al cruce de Lenox con la Ciento Treinta y Ocho.

—Mal sitio y mala noche para un blanco, señor —comentó el taxista.

—Lo sé, pero he de ir allá forzosamente.

Abandonó el vehículo en el mismo corazón de Harlem. Mujeres y hombres de color, en grupos o en parejas, deambulaban, charlando y riendo escandalosamente. La «electrizante» música del *jazz* fluía a oleadas por las puertas de los *cabarets*.

Era la noche del sábado y el mundo negro había empezado a malgastar en orgías el dinero ganado trabajosamente durante la semana. Igual que a los niños, el dinero parecía quemarles si tardaban mucho en sacarlo del bolsillo. Se lo jugaban sobre un mostrador manchado de licores o lo regalaban a las taxi-girls. Con la limitada mentalidad de los seres primitivos, no pensaban en la incógnita del mañana. La templanza de la noche fomentaba la animación y el bullicio callejeros.

Ernest Morris pasó a una farmacia, y encerrado en la cabina telefónica estableció comunicación con otro teléfono de la ciudad.

—¡Hallo! —pronunció una voz grave y sonora.

—¿Recibió usted mi carta? —preguntó el joven agente del F. B. I.

—No, pero he recibido su telegrama. ¿Por qué lo puso urgente?

—Porque había prisa. Oiga, Kilker: cuando salía esta noche de...

Tras haberse identificado mediante la clave convenida, con objeto de que nadie suplantara a uno de los dos, Morris contó al inspector Alexander Kilker cuanto le acababa de suceder y le leyó la carta anónima. Por último, preguntó el joven:

—¿Qué piensa de todo esto?

—Empieza por guardar bien esa carta, sin manosearla mucho, porque nos interesará buscar huellas. Preséntate a la hora en punto, y no temas, aunque el barrio se las trae... Seguro que se trata de Aubrey o de alguien con él relacionado. Lo de llamarte para decirte quién es el asesino mío, a pesar de creer que has sido tú, sólo es un truco con el fin de despistarte en principio. No adivino exactamente lo que pretenderán de ti, pero di a todo que sí, después de resistirte un poco. Estaré esperándote en tu habitación del hotel. Esta noche, por fin, sabremos lo que Aubrey se trae entre manos. Si vuelves a toparte con el «pájaro» ese que te seguía, procura calmarlo. No te conviene tener enemigos entre ellos. ¿Algo más?

—Sí. Eli inspector-jefe me ha dicho que respondieron ya a sus preguntas. Kilker. A la primera, afirmativamente, y negativamente a la segunda. ¿De qué se trata?

—Ya te lo diré cuando estemos despacio, muchacho. Ahora, a lo tuyo. ¡Buena suerte!

De nuevo en la calle, Ernest consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y unos minutos más; llegaría tarde a la cita.

Parado en la esquina, dudaba sobre la situación exacta de La Ballena. Ignoraba si estaría en el trozo de la Ciento Treinta y Ocho Oeste, comprendido a la derecha de la avenida Lenox, o en el de la izquierda.

Lo envolvió una tufarada a perfume barato. Y escuchó a su espalda una voz melosa de mujer, preguntándole:

—¿Te aburres, guapo? ¿Me invitas a un trago? También me gusta el baile.

Ernest miró atrás y vio a una negrita joven y ataviada estrafalariamente: vestía un traje de color naranja rabioso y un

sombrero blanco, empenachado con cortas y multicolores plumas. Desapareció de súbito la sonrisa provocativa de la negrita en cuanto se percató de que el hombre de la gabardina y el sombrero pertenecía a la raza blanca.

—Nada de nada, ¿eh, blanco? —tartamudeó ella misma, a la vez que echaba a andar para alejarse de Morris.

Éste la agarró por una muñeca, sujetándola.

—Oye: ¿dónde está La Ballena?

—Suélteme y déjeme seguir mi camino o... —Manifestó ella, ojeando, atemorizada, a su alrededor.

El del F. B. I., observó que su maniobra había atraído, en un instante, la atención de tres negros que transitaban por la esquina. Los tres se habían detenido y contemplaban la escena, ceñudos. Uno de ellos se llevó la diestra al bolsillo posterior del pantalón, mientras los ojos le relucían con un brillo salvaje.

Sin querer, Morris iba a desencadenar una tempestad en contra suya, sólo en pleno Harlem. Comprendiendo el peligro, soltó a la muchacha, que se alejó corriendo, y él anduvo con paso firme hasta enfrentarse al negro que había hecho el sospechoso movimiento. Sin demostrar miedo, inquirió, en tono autoritario:

—Busco La Ballena. Unos buenos amigos me esperan allí. ¿Dónde está?

Desconcertó al negro la osadía del blanco, y repuso:

—Ahí mismito, pasada esa esquina, a izquierdas, señalaba en dirección a la Séptima Avenida. —Y mucho ojo con...

El del

F. B. I.,

lo dejó con la palabra en la boca, y siguió la dirección indicada. Morris se libró entonces de una cuchillada a traición, por haber dicho que «unos buenos amigos lo esperaban en La Ballena»; fue su salvoconducto.

Llegado al 210 de la calle, leyó un rótulo: «La Ballena», y debajo, una mano torpe había escrito con tiza blanca: «Sólo para morenos»[1].

Un torrente de notas de trompeta y de saxofón se filtraba a través de las puertas de cristal prensado, recordando a los gritos de los animales en celo o moribundos. Era la selva africana transportada a Nueva York.

Penetró Morris y creyó haber entrado en el infierno: la música le hería los tímpanos —diez músicos chillaban y aullaban a la vez que tocaban, frenéticos, los más raros instrumentos—, el olor era insoportable para el olfato de un occidental —olía a sudor agrio, a colonia de, peluquería, a brea, a retrete y a *whisky*—, la vista repudiaba aquel subir y bajar de caras negras, semejando un oleaje de betún incrustado de ojos de loco y de dentaduras blancas y salientes —no se veía ni a un castaño ni a un amarillo—, y aquel desenfrenado torbellino de brazos estirándose y encogiéndose y pies bailoteando, pisoteando, más bien, un suelo sucio de polvo, cáscaras y envolturas de caramelos y bombones.

—¡Salga de aquí! ¡Está reservado el derecho de admisión! —le conminó un negro gigantesco, de uniforme y con más galones y entorchados qué un mariscal.

Los puños del cancerbero amenazaban al estómago del agente del

F. B. I.

Éste, retrocediendo un paso para mantener una distancia prudencial, manifestó:

—Estoy citado aquí por Larry Benton. Comuníquelo al de la barra.

—No hace falta. Estoy avisado —declaró el portero, menos hostil. Y abriendo la puerta, se asomó a la calle, mirando a un lado y a otro. Volvió a cerrar—. Venga conmigo. Y no haga caso de lo que le digan éstos; yo los callaré.

Y, en efecto, calló, de una bofetada más fuerte que una coz, a un «moreno» borracho que se oponía a la presencia de un blanco en La Ballena.

—Éste es cosa mía —tronó, «jupiteriano», el mariscal de pacotilla, abriendo camino entre las parejas mediante empujones, palabras obscenas y rodillazos.

Llegaron, por fin, a la barra, y Morris fue invitado, con unas palabras pronunciadas ásperamente, a pasar por debajo del mostrador y a traspasar el umbral de una puerta hasta aquel instante cerrada por un cerrojo.

—Es el que viene buscando a Larry Benton —acababa de advertir el portero a uno de los mozos de la barra, siendo éste el que se encargó de conducir al joven a lo largo de un pasillo solitario

y débilmente alumbrado.

A ambos lados, apoyadas contra las paredes, se levantaban pilas de cajas de botellas. Olía a humedad y a olores fuertes. A partir de un recodo, el pasillo se estrechaba, apareciendo cuatro puertas a la derecha. A la primera llamó el mozo, golpeando con los nudillos en la madera.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior.

—El citado por Larry Sentón —contestó el mozo.

—¡Que pase! ¡Empuje!

Ernest empujó y le quedó franca la entrada a una habitación pequeña, de paredes desnudas y desconchadas, con una mesita, un banco almohadillado y dos sillas como único mobiliario. Del techo pendía una lámpara de tulipa.

La puerta se cerró a espaldas del joven, y apareció un hombre bajo y desmirriado, con lentes cabalgándole sobre una nariz descomunal.

—¡Buenas noches, Morris! Sabía que vendría, por su bien.

El individuo hablaba en tono untuoso, y sus ademanes eran de histrión.

—Hola, Aubrey. Me figuraba que sería usted; no podía ser otro —replicó el joven, con escasa cordialidad—. ¿Qué desea de mí? ¿Por qué no ha ido a verme a mi despacho?

—Todo será explicado a su tiempo. Ahora, siéntese, Morris. ¿Quiere tomar algo?

—No. Lo que quiero es saber por qué me ha enviado esa carta —dijo Ernest, tomando asiento en una de las carcomidas sillas, que gimió bajo su peso—. ¿Quién mató al inspector Kilker?

—Usted —repuso Aubrey, suavemente, con una sonrisa picaresca.

—¿Yo? ¿Está usted loco? —exclamó, con fingida sorpresa, Ernest.

—No perdamos tiempo en demostrar lo palpable, Morris. Usted no va a engañarme a mí después de lo que hablamos en Chicago. Usted «liquidó» al inspector Kilker por lo que los dos sabemos, y asunto terminado. Yo soy un buen amigo suyo desde que usted se ha portado como un hombre de redaños. Los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Yo odiaba a muerte a Kilker —confesó, rencoroso, el hombrecillo—, y usted lo quitó de en medio, y,

además, con mucho talento, como he comprobado por los periódicos. Ha sabido usted hacerlo. Nadie sospechará del agente especial del

F. B. I.

Ernest Morris. ¿Dónde echó usted el cadáver?

—Se equivoca, Aubrey. Es cierto que delante de usted juré vengarme de Kilker por lo que hizo con mi padre, pero... alguien, no sé quién, se me adelantó. Y ahora, Aubrey, que Kilker está muerto, dígame la verdad: ¿mató él a mi padre? Ya no tiene objeto mentirme.

—Kilker mató a Joe Morris —declaró, seriamente, el ex«taxista» y expresidiario—. Lo vi con mis propios ojos, en aquella granja. Y... ¡bueno! ¿Para qué repetir la historia, si ya se la conté? Kilker merecía morir como un perro rabioso. A mí me estropeó los mejores años de mi vida, encerrándome entre barrotes. Allí cogí la tuberculosis. Cuando leí la noticia en los periódicos, tuve la primera alegría desde que salí de la cárcel, y sentí admiración por usted, Morris. Vamos, cuénteme detalles. ¿Se resistió o lo cogió usted de improviso? Hable, Morris; deme esa satisfacción. Estamos solos nadie nos oye, y lo que aquí se hable será como si no se hubiera hablado.

La aseveración rotunda de Aubrey afirmando que Kilker mató a Joe Morris volvió a estremecer a Ernest. «¿Quién de los dos diría la verdad?», pensó. Consideraba a Aubrey como hampón y carente de toda ética, y Kilker le parecía un hombre extraño, si no anormal, maestro en el arte del engaño y de la hipocresía. No podía creer a ninguno de los dos, pues ambos eran capaces de mentir con naturalidad, buscando provecho de cualquier clase.

Lo más oportuno sería jugar con, uno y con otro, tratarlos y estudiar sus acciones, ya que no podía calar en su pensamiento. Al fin, alguno cometería una grave equivocación, o tendría un momento de debilidad, y entonces sería la ocasión propicia de arrancarle la verdad.

De acuerdo con este proyecto, Ernest inició, por conveniente, el desarrollo del plan propugnado por el inspector. Con sonrisa de triunfador, confesó:

—Alexander Kilker ya no existe, Aubrey. Me arriesgué y tuve suerte. No me fue fácil cazarlo en un descuido, porque era perro

viejo. Vengué a mi padre. Y usted ya puede dormir tranquilo.

El expresidiario se restregaba las huesudas manos, mientras a través de los cristales se veía chispear malignamente sus ojillos de rata.

—En buen sitio habrá usted escondido el cadáver, Morris. El F. B. I.,

con todo el postín que se da, todavía no lo ha encontrado.

—Ni lo encontrarán —aseguró el joven—. Tendrían que rastrear el fondo del Atlántico. Admito que lo hice bien. Ha sido el crimen perfecto.

—¡Magnífico, joven, magnífico! —exclamó, entusiasta, el antiguo taxista.

Continuando su «papel», Ernest preguntó, con el orgullo del ensalzado:

—Bien, y ¿por qué me ha citado, Aubrey? ¿A cuento de qué me escribió esa carta? No tenemos nada en común. Como usted ha dicho antes, lo hablado aquí no saldrá de estas cuatro paredes. Yo soy agente del

F. B. I.,

he cumplido con mi deber filial y usted está al margen de la Ley, según deduzco.

—Un momento, Morris —le interrumpió el hombrecillo, con expresión zorruna—. Seremos buenos amigos, ¿por qué no? Hablando se entiende la gente. Usted cree que ha cumplido con su deber de hijo, matando a Kilker; pero ¿olvida que la Justicia no lo tendría en cuenta? Usted está mucho más fuera de la Ley que yo. Si se me ocurriera delatarlo, lo sentarían en la silla eléctrica.

—No darían crédito a su denuncia, Aubrey. Es una locura acusar a uno del

F. B. I.

Recuerde lo que ocurrió con Kilker. Y, además, yo no le permitiré irse de la lengua —advirtió, amenazador Ernest, llevándose la mano derecha a la sobaquera.

—No te precipites, muchacho. ¡Levanta los brazos!

Un negro acababa de entrar en el reservado, empuñando un revólver. Detrás, en el pasillo, había un hombre blanco, también esgrimiendo un arma de fuego. Este último era el que le entregó la carta en la calle Center. El rostro del negro, con un costurón

cruzándole la frente, reflejaba brutalidad pura.

—Nada de violencias —aconsejó Aubrey, poniéndose en pie—. Aquí todos vamos a ser buenos amigos. Por lo pronto, desármalo, Zachary —y a continuación, dirigiéndose al agente del F. B. I.,

le recomendó, amable—: Es una simple medida de precaución para que no haya tonterías. Tenga la certeza de que no sufrirá ningún daño, Morris. Charlaremos, tomaremos unas copas y, estoy seguro, llegaremos a un acuerdo provechoso para todos. Todo es cuestión de ser razonables.

Ernest no creyó que se tratase de una encerrona destinada a matarlo, y por ello, se dejó quitar la pistola sin ofrecer resistencia. Los tres individuos lo rodearon, y Aubrey volvió a tomar la palabra.

—Es posible, como usted ha dicho, Morris, que no dieran crédito a mi denuncia. Pero sí me tomarían en serio en cuanto escuchasen parte de la conversación mantenida aquí —mirando al otro hombre blanco, le ordenó—: Acércate al reservado de al lado, por el aparato, y da la vuelta a la cinta. Comprobaremos si ha registrado bien.

El individuo del sombrero verde y del traje marrón, hombre entrado en años y con la piel de la nariz surcada de venillas rojizas, abandonó el reservado. Zachary, el negro, seguía apuntando a la cabeza del agente. Contrastaba con su gesto feroz, su atildamiento en el vestir —hasta usaba cuello almidonado— y su pelo planchado a fuerza de cepillo y fijador. Junto a él, Aubrey resultaba aún más pequeño y flaco.

Transcurrieron unos momentos de silencio tenso, roto en cuanto reapareció el del sombrero verde portando una especie de maletín metálico, que colocó sobre la mesa. Abierto, resultó ser un magnetófono «Webster», de cinta, que funcionaba por pilas.

—Échalo a andar, Val —indicó el ex«taxista».

El del sombrero verde apretó un botón, y movió una palanquita, y los discos empezaron a girar. Una voz, metálica y algo lejana, pero que Ernest reconoció como suya, empezó a decir:

—Alexander Kilker ya no existe, Aubrey. Me arriesgué y tuve suerte. No me fue fácil cazarlo en un descuido, porque era perro viejo. Vengué a mi padre. Y usted ya puede dormir tranquilo.

Una ligera pausa, animada únicamente por el suave zumbido del

motor, y después se escuchó la voz cascada del ex«taxista»:

—En buen sitio habrá usted escondido el cadáver, Morris; el

F. B. I.,

con todo el postín que se da, todavía no lo ha encontrado.

No hubo pausa esta vez. La voz de Ernest vibró inmediatamente:

—Ni lo encontrarán. Tendrían que rastrear el fondo del Atlántico. Admito que lo hice bien. Ha sido el crimen perfecto.

Aubrey extendió el brazo y cambió de posición la palanquita, al mismo tiempo que afirmaba, sonriente:

—Ya hay bastante. ¿Qué le ha parecido, Morris?

El joven hizo un movimiento, como para apoderarse del aparato, pero el cañón del revólver empuñado por el negro le apretó la nuca y lo contuvo.

—No sea impulsivo, Morris —suplicó, divertido, el expresidiario—. Este trozo de cinta lo guardaremos con verdadero cariño, para que no se estropee, pero como quien guarda un recuerdo de familia: sin ninguna mala finalidad, simplemente, como recuerdo, créame. Nosotros no pretendemos denunciarlo ni causarle ningún perjuicio; al contrario, queremos, por su buen servicio en lo de Kilker, recompensarle debidamente, ¿verdad, muchachos?

Zachary y Val asintieron con sendos movimientos de cabeza, mostrando el negro unos dientes puntiagudos y salientes que hacían pensar en el canibalismo.

—Poca será la recompensa que usted pueda ofrecerme, Aubrey —manifestó Ernest, empezando a ceder en su inflexibilidad.

—Es verdad, Morris; poco sería lo que yo pudiera darle. Lo único que tengo son trampas. El póker me ha hecho perder hasta los calzoncillos —rieron sus dos compinches—. Pero nosotros tenemos protectores, personas con mucho dinero y mucha influencia. Interesados en favorecerle. No solamente se hará rico, sino que, además, ascenderá dentro del

F. B. I.,

como un globo hinchado.

—Algo tendré que hacer a cambio, ¿no? —dijo el agente.

—Hombre, claro está. En estos tiempos que corremos no hay quien de algo por nada. Pero reconocerá una cosa: podíamos sacársela con amenazas y no lo hacemos. Le pagaremos con buenos billetes y de los grandes, total, por favores sin importancia.

—¿Por ejemplo?...

—Pues consiguiernos una relación de los agentes del

F. B. I.,

que actúan camuflados entre los empleados de Inmigración y de Aduanas, aquí, en Nueva York; nada más.

Y como el joven hiciese un gesto de extrañeza, el hombrecillo lo creyó temor, y aclaró, con su característico tono meloso:

—No se imagine que queremos liquidarlos. Sólo es por conocerlos y evitar tropiezos con ellos. Desde hace unos meses, hay varios funcionarios que son demasiado exigentes, demasiado cumplidores de lo que entienden por su deber, y nos estropean algunos buenos negocios.

—¡Ah! Se trata de contrabando.

—Algo parecido, aunque distinto —declaró enigmático el hombrecillo, subiéndose con un índice las gafas—. Nuestros jefes han prometido regalarle un billete grande si nos proporciona esa lista. Para usted le será facilísimo echarle una ojeada a los ficheros del

F. B. I.,

aunque no trabaje usted en el departamento de Personal. Por cierto, que a nuestros jefes les gustaría saber qué cometido desempeña usted allí. Estamos enterados de que tiene despacho propio.

La pregunta cogió desprevenido a Ernest, más se apresuró a responder igualmente que lo había hecho a sus compañeros:

—En atención al recuerdo de mi padre, mis superiores en Washington me destinaron aquí en vez de enviarme a cualquier División de por ahí, como suelen hacer con los recién salidos de la Academia. Examino la contabilidad de las empresas que sospechamos estén ocultando ingresos a la Tesorería. Se necesita tranquilidad para concentrarse en las operaciones, y por eso me dieron un despacho para mí solo. Antes de ingresar en el

F. B. I.,

yo tenía ya el título de profesor mercantil.

—¡Ah! —exclamó el negro, sin disimular la impresión que le causaba conocer a una persona con estudios y técnica en el manejo de las cifras, pues a él una simple suma le hacía sudar por todos los poros de su grasienta piel. Instintivamente, Zachary dejó de mantener con tanta energía el revólver.

El insignificante Aubrey se esforzó en crear un ambiente de camaradería.

—No se le pasará por la cabeza la idea de examinar nuestros ingresos, ¿verdad, Morris? Estaría bueno que a estas alturas pagásemos impuestos como vulgares comerciantes.

Volvieron a reír los otros dos, y Ernest quiso aprovechar la ocasión para marcharse.

—Bueno, si no hay nada más de particular, me voy. ¿Para cuándo necesitan esa relación?

—Para dentro de unos días, una semana a lo más; ya le avisaremos sitio y hora. Pero espere, Morris; estamos aguardando a uno de los nuestros que ha de darnos el resultado de unas gestiones referentes a usted.

El del

F. B. I.,

se acordó del hombre al que había dejado medio inconsciente en el rellano de la escalera. Tal vez...

—¿Es uno que viste traje azul a rayas, muy moreno, con el pelo ondulado y brillante, más bien delgado, con un alfiler de corbata en forma de herradura?

Los tres compinches se miraron entre sí, sorprendidos. El expresidiario respondió:

—Sí, esas señas viene a tener. ¿De qué lo conoce? ¿Qué ha sucedido desde que le entregamos la carta?

—¡Oh, nada de importancia! —replicó Ernest, afectando displicencia—. Noté que me seguía alguien, lo descubrí, y hace un rato que lo dejé tendido en la escalera de una casa de la calle Center. Aquí está su revólver. ¡Tómenlo!

—¿Mató a Vincent? —inquirió asustado el denominado Val, el del sombrero verde.

—No. Cuando un tipo se convierte en mi sombra, lo despisto de una manera u otra, pero nunca, matándolo. Tendrá que buscarse un buen cirujano si quiere recobrar el lustre de la cara.

—¿No lo detuvo usted, o no lo entregó a la Policía? —interrogó Aubrey, con evidente preocupación.

—No; me faltaba tiempo para venir aquí. Con lo que le di, ya tenía más que de sobra —afirmó, fanfarrón, el del

F. B. I.,

al notar que su acción le había hecho ganar puntos en la admiración de aquellos rufianes.

Se apartaron los tres compinches, reuniéndose en un rincón, y allí celebraron un conciliábulo en voz baja. Luego, retornaron junto a Ernest, y Aubrey notificó:

—Tiene usted que aguardar aquí hasta que regrese Vincent. Si no lo mató o no lo detuvo, tardará poco en venir. No contábamos con este contratiempo. Tendré que consultar por teléfono a... ¡bueno!, contaré lo ocurrido y me darán órdenes nuevas, seguramente. Usted quédese aquí, con Zachary y Val, y no haga ninguna tontería.

Salió Aubrey del reservado. El negro, que mantenía empuñado el revólver, tomó asiento en una silla, después de arrastrarla y apoyar su respaldo en la puerta. Val se sentó en el banco almohadillado, frente al joven agente del

F. B. I.

Los tres, como si se hubieran puesto de acuerdo, sacaron sendos cigarrillos y se pusieron a fumar, en silencio. No llegaba ningún ruido del exterior. La tulipa de la lámpara dejaba en penumbra la parte alta de la reducida habitación. Temblaba en el aire la mano de Val, al sostener el cigarrillo; aquel hombre estaba alcoholizado, probablemente. No sería enemigo de cuidado en una pelea. Morris oía, a su espalda, la respiración del negro; temía más a éste.

Pensó Ernest en el inspector Kilker, que estaría esperándole en el hotel, para enterarse del curso de la entrevista mantenida en La Ballena. Pensó, asimismo, que el inspector había acertado en casi la totalidad de sus suposiciones.

III

SIGUIENDO LA PISTA



N efecto, el inspector Alexander Kilker se hallaba en la habitación de Morris en el Hotel Bedford. Había entrado usando el duplicado hecho de la llave con el fin de entrevistarse allí, sin llamar la atención del personal, cuando lo considerasen necesario para sus planes.

El Bedford era uno de tantos hoteles de Nueva York en les que las entradas y salidas de los huéspedes, por ser éstos muchos, no se controlan eficazmente por la conserjería. El hotel ocupaba desde la planta decimoséptima a la vigésima, y el cuarto 224, el alquilado por Morris, estaba en la vigésima.

Kilker no había encendido las luces por no llamar la atención de alguna camarera. La buena temperatura le permitía tener abierta la gran ventana, y él se hallaba apoyado de codos en el alféizar, fumando, aguardando pacientemente el regreso de su circunstancial aliado, mientras su vista se distraía en recorrer las enormes fachadas de los rascacielos con sus celdillas iluminadas y los lienzos sombríos de los tejados de las casas más bajas. El cielo estaba estrellado, limpio de veladuras. Abajo, en lo hondo, las hormigas humanas circulaban a pie o en vehículos, quebrando éstos, con sus motores, la calma nocturna.

Al sentir un roce en la cerradura del cuarto, Kilker se irguió y giró sobre sus talones. Dos manchas interrumpían la raya de luz que pasaba a ras del suelo. Por fin, llegaba Ernest. Había tardado más de lo previsto.

El ruido en la cerradura continuaba, sin que se abriese la puerta, como si no fuese apropiada la llave elegida. Kilker dio dos pasos adelante, pero no siguió andando. Acababa de oír un sonido especial que no era el tintineo característico de un manojo de llaves, había sonado más fuerte, más metálico. Experto en todo lo relacionado con su profesión y conocedor de los modernos aparatos que han sustituido a las ganzúas, tuvo la certeza de que una persona extraña intentaba abrir la puerta. El forcejeo en la cerradura proseguía.

El inspector arrojó el cigarrillo por la ventana, y él se deslizó, con pisadas de felino, a pesar de su corpulencia, hasta el contiguo cuarto de baño que, junto con la alcoba, constituía el apartamento alquilado por Morris.

Inmóvil en la oscuridad, amparado tras la jamba izquierda, tensos los músculos, hizo oído. Algún grifo mal cerrado goteaba monótono. Sentía el golpeteo de la sangre en sus sienes.

Sonó un chasquido en la alcoba, luego, un rumor de goznes apenas engrasados, por último, el golpe seco de un cerrojo que se resiste a ser echado y cede de repente.

Hubo una pausa. El goteo del grifo sonaba como un minúsculo pero incansable gong.

Un círculo de luz se paseó por la pared donde se abría la ventana, lamió la abierta puerta, del cuarto de caño y se detuvo curioseando por la abertura. Un segmento del círculo fue a fijarse

en el armarito junto al espejo.

A la vez que se oía un suave roce de tela contra tela y el leve crujido de unos zapatos, el segmento iba disminuyendo de extensión a cambio de intensificar su luminosidad.

Kilker acechaba. Captaba ya el ritmo de la respiración del intruso. Su brazo derecho se levantó lentamente, en tanto que el izquierdo se extendía adelante.

Unos segundos después, en el centro del hueco de la puerta apareció una semiesfera de cristal luminosa, y, más arriba, se recortó el perfil de un hombre.

Simultáneamente, el brazo en alto del inspector se ciñó como un dogal al cuello del desconocido, y los dedos de su mano izquierda atenazaron la muñeca cuya mano sostenía la linterna. Sonó un grito ronco, de espanto.

El cono de luz tan pronto enfocaba las paredes como el suelo o el techo, en un zigzag de ardilla juguetona, mientras los hombres forcejeaban empleando todas sus energías. Kilker apretaba cada vez más, cerrando el cepo de su brazo y antebrazo derechos, en tanto que trataba de impedir que su cara fuese iluminada.

El intruso intentaba librarse del lazo que progresivamente lo asfixiaba, y para ello sacudía rodillazos al bajo vientre de su contrincante y le machacaba los pies a pisotones.

Cuerpo contra cuerpo, formando un bloque, pugnaban por no perder el equilibrio, pues el que cayera debajo estaría perdido. La lucha se realizaba en silencio, a excepción de los gruñidos y resoplidos provocados por el dolor y los esfuerzos. Aún no se había producido la alarma en el hotel.

El inspector del

F. B. I.,

notó que la mano libre de su rival, la izquierda, maniobraba por entre la ropa, sin violencia, como si buscara algo. Dedujo que el intruso se disponía a empuñar un arma. Pretendió impedírselo. Le soltó la muñeca, tras retorcérsela bestialmente, y tanteó rápido en busca de la otra del intruso.

Era tarde cuando se la localizó: sus dedos palparon un puño fuertemente apretado sobre algo duro. Hizo un movimiento en falso y sintió un dolor agudo en la palma; le había herido un filo cortante. Su contrincante asía un arma blanca, y si aún no sacudía

un golpe mortal era por habérsele enganchado la punta en cualquier pliegue. De un instante a otro lo conseguiría y...

Consciente del peligro fatal que se le avecinaba, Kilker prefirió desperdiciar su primer ataque e iniciar otro distinto, en una lucha a distancia, con «acometidas relámpago» a fin de hurtar su cuerpo a una cuchillada. Aflojó la presión de su brazo derecho y mediante un empujón alejó de sí al otro, que retrocedió dando traspiés, tambaleándose, hasta tropezar en la cama, que lo salvó de una caída. La linterna fue a golpear el suelo, y se apagó.

—¡Maldito!... ¡Voy a coserte!... —se oyó murmurar con acento italiano.

El combate silencioso que se celebró a continuación, en tinieblas, fue escalofriante. Ninguno de los contendientes podía distinguir bien al otro. Se atacaban guiándose por el bulto y, en consecuencia, muchos golpes se perdían en el vacío y otros eran ineficaces.

El inspector del
F. B. I.,

no quería hacer uso de la pistola, que portaba, mediante un correa especial, en el costado izquierdo, casi a la cintura. Necesitaba atrapar vivo a su desconocido rival y, sobre todo, no le convenía aparecer ante el público en su calidad de agente de la Ley. «Él estaba muerto».

Cara a cara, se observaron durante unos segundos, ambos fatigados, ambos acechándose. El intruso iba aproximándose, con el brazo derecho más avanzado,... y en alto. Kilker no retrocedía, sino que permanecía como clavado al suelo, un poco inclinado, con los brazos al frente y las manos abiertas, dispuestas a hacer presa.

Su enemigo dio un salto adelante, a la vez que el acero empezaba a descender. Kilker se echó hacia atrás rápidamente, sin mover los pies, esquivando la cuchillada, y cuando tuvo al otro a su alcance, le descargó un puñetazo a la cabeza que retumbó como un tambor. Iba a repetir el golpe, aprovechando que el intruso todavía no había levantado su mano derecha, pero desistió, para dar un salto de costado que lo libró de recibir un tajo de abajo arriba.

Nuevamente se enfrentaron los contendientes. Esta vez, el inspector del
F. B. I.

retrocedía, paso a paso, mientras que su rival avanzaba, pretendiendo acorralarlo en un rincón. Kilker, de pronto, pasó de la huida al avance y, sorprendiendo al otro, consiguió agarrar con la derecha la mano que empuñaba el acero. Y, entonces, luchando pulso contra pulso, la pelea entró en su fase final.

En tanto que el intruso se ayudaba también con la otra mano para contrarrestar la fuerza del inspector, éste despreciaba su izquierda, en un alarde de Hércules, y comenzó a subir el brazo, pulgada a pulgada, como quien eleva una pesa en el gimnasio.

Abierto de piernas en un compás invariable, con risa leve, de vencedor que se recrea en su triunfo, aprovechándose de su elevada estatura, Kilker continuó levantando el brazo, y con él la mano y el arma del otro, hasta que le obligó a ponerse de puntillas. Y, a continuación, demostrando una fuerza titánica, el Inspector del F. B. I.,

izó al aire a su rival que, sin apoyo bajo sus pies, empezó a patalear furioso y a proferir en vano maldiciones y amenazas.

Lo que sucedió fue en un santiamén: cuando su contrincante colgaba como un pelele, lo sacudió a un lado y a otro y luego le hizo describir con el cuerpo un círculo por lo alto, arrojándolo, por último, contra el lecho.

Gimieron los muelles del colchón y rebotó el intruso, a la vez que se le desprendía de los dedos el acero.

Las zarpas del inspector rodearon el cuello del tumbado en la cama, y apretaron. Un jadeo y unos puntapiés al aire, una postrera convulsión y un estertor, y una inmovilidad que indicaba desvanecimiento o muerte.

Irguióse Kilker, sofocado, y se aproximó a la puerta que daba a corredor del hotel. Sólo oyó los pasos de alguien que pasaba de largo. La pelea no había trascendido al exterior.

Seguidamente, con la ayuda de un fósforo halló el acero —una navaja— y la linterna. Apretó el resorte y funcionó. A su luz, procedió a examinar al vencido: no estaba muerto. Era moreno, de pelo ondulado y muy brillante, y lucía un alfiler de corbata en forma de herradura. Le extrañaron a Kilker las señales que mostraba en la boca, puesto que en esta parte él no creía haberlo alcanzado con ningún golpe.

Le extrajo, y revisó, cuanto llevaba en los bolsillos: nada que

revelase el fin que lo condujo a asaltar el cuarto de Ernest Morris. Según su documentación, se llamaba Vincent Montano, de origen italiano pero nacido en Brooklyn, y camarero de profesión. El rollo de billetes que tenía, revelaba que no era un simple rata de hotel.

Con admirable habilidad, el inspector ligó brazos y piernas al tal Montano. Y después, arrastrándolo hasta el cuarto de baño, lo aupó para mojarle la cabeza en el lavabo.

Tardó unos minutos el individuo en recobrarse totalmente. El foco de la linterna dirigido a sus ojos lo deslumbró, haciéndole parpadear. Desde la sombra, y sentado en una banqueta, Kilker le preguntó, adoptando, inconscientemente, el tono propio de un policía en los interrogatorios:

—Vamos a ver, Vincent, si te pones en razón. Habla claro, sin mentir, y escaparás con suerte. ¿A qué venías aquí?

Montano tardó en responder. Era evidente que fraguaba una mentira. Su contestación fue:

—Elegí este cuarto como podía haber elegido otro que estuviese también desocupado. Pensaba que encontraría algo de valor...

—Y te lo has encontrado, hijo —comentó, sarcástico, el inspector—. Pero no me vengas con historias. No digo que no seas un ladrón, tienes cara de eso y de bastante más; sin embargo, tú buscabas otra cosa. Te advierto que tengo muy malas pulgas. Por las buenas soy un pedazo de pan, pero... Anda, anda, canta claro y pronto, si no quieres que te retuerza el pescuezo.

El individuo, que se hallaba en el suelo, a los pies del inspector, recibió unos golpes de aviso en el costado que le cortaren la respiración momentáneamente. Su cara expresó la vacilación que sentía. Aquello de no poder ver algo más que una silueta humana tras la linterna, lo desconcertaba, era como si estuviese dialogando con un fantasma, aunque los puntapiés eran reales por demás. No obstante, se reafirmó en su mentira.

—Repito que es cierto. Entré a llevarme lo que encontrara de valor y de poco bulto.

—¿Tú sabes quién vive en este cuarto?

—No —se apresuró a negar, demasiado vivamente, Montano.

—Eres un chico muy torpe. Nada menos que has ido a meterte en el cubil de un policía federal.

—Pero usted no lo es —manifestó el prisionero, descubriéndose

él mismo.

—Claro que no, hijo; claro que no. Yo vine un poco antes que tú, a tratar de asuntos muy íntimos con el tal

G-man,

pero tú me has echado todo a rodar. Ahora, tendrás que pagármelo —afirmó, en tono amenazador, Kilker.

—Yo tengo dinero, en el bolsillo. Quédese con... —se apresuró a ofrecer, estúpidamente, Montano.

—Eso dalo por descontado. Pero no me refería a esta forma de pago. Si quieres salvar la pellica tendrás que decirme qué te trajo aquí; la verdad, ¿eh? ¿Qué? Venías a matar al del

F. B. I.,

¿no? ¿Qué tienes contra él?

—No —negó, sobresaltado, el prisionero—. Yo..., yo no venía a matarlo. Él mismo, en cuanto venga y yo me explique, le demostraré a usted que yo...

—A ese policía le faltará tiempo para demostrarme nada porque... ¿Tú sabes el motivo de que yo esté aquí? Yo sí he venido a matarlo; estaba esperándolo —mintió, con exagerado dramatismo, el inspector—. Y cuando una rata como tú se cruza en mi camino, echando por tierra mis planes, le aplasto el cuello de un pisotón, así.

Y Montano recibió un puntapié que lo tumbó de espaldas en el suelo.

Kilker volvió a sentarlo, de un tirón brutal. El prisionero sudaba de terror. Al principio había creído que se trataba de un compañero del agente del

F. B. I.,

y confiaba en que no se le infligiría ningún castigo físico; pero la perspectiva cambiaba totalmente al estar en manos de un hombre que no vacilaba en declarar sus intenciones homicidas. Posiblemente, empleando una táctica distinta, ofuscándolo con promesas, lograría la libertad.

—Escuche: antes le mentí; pensé que era usted uno de la «bofia». Siendo, como somos, compañeros de profesión, más o menos, estoy en el deber de hablarle claro. Yo vine aquí a hacer un registro, buscando unos papeles. Si entre usted y yo los encontramos, los que me mandaron hacerlo pagarán por ellos una buena suma de dólares.

Yo le cedo la mitad. ¿Qué le parece?

—¿Qué papeles son éstos y quiénes te pagan? —inquirió duramente el inspector, que continuaba manteniéndose en la sombra.

—Eso es harina de otro costal. No puedo decírselo. Pero si a usted le conviniese, yo podría ponerle en contacto con uno de mis jefes. Nos hacen falta hombres decididos, y usted lo es un rato —reconoció el prisionero—. No se enterque en este punto. Si yo hablase antes de que ellos me lo ordenaran, no duraría con vida ni cinco minutos.

—Pues si no me lo dices ahora mismo vas a durar mucho menos —anunció, siniestro, el Inspector.

Y Kilker, haciendo gala de sus hercúleas fuerzas, cogió a Montano por las ligaduras de las piernas y brazos y, en vilo, lo llevó como un fardo hasta la ventana de la alcoba. Mantuvo en alto al aterrorizado Montano, a unas pulgadas del alféizar, a la vez que le decía:

—Estamos en el piso veinte. Total, a poca distancia del suelo. Cuando llegues abajo tendrán que buscar con lupa tus restos.

El espanto había hecho enmudecer al prisionero. Suspendido en el vacío, divisando abajo, al fondo, a la gente disminuida hasta proporciones de enanos, no se atrevía a parpadear siquiera por miedo a provocar la defenestración. Quiso articular unas palabras, solicitando clemencia a cambio de confesar lo que fuere, más el terror seguía estrangulándolo. Por fin, consiguió pronunciar, sibilante:

—¡No!... ¡No!... ¡No me tire!... ¡Le diré toda la verdad!... ¡Bájeme!...

El leve resplandor del cielo estrellado le permitía ver, aunque borrosamente, la cara del hombre que estaba a punto de asesinarlo: una cara grande, maciza, de cejas gruesas amparando unas cuencas cavernosas, inescrutables, de boca torcida por una sonrisa que le pareció satánica, de mandíbula inferior con línea tan poderosa que hacía pensar en un bulldog. La fantasía meridional de Montano no hubiese creado mejor faz estereotipada de verdugo.

Kilker volvió, con su carga humana, al cuarto de baño, y situó al prisionero en la misma posición anterior y de nuevo volvió a enfocararlo con la linterna. Le bastaba contemplar el rostro demudado

de Montano, para saber que había ganado la partida.

—¡Habla, Vincent! Y no me hagas perder más tiempo o te tiraré de todas formas por la ventana. ¿Qué venías buscando? ¿Quién te ha mandado?

El prisionero, rotos los nervios y entorpecido su cerebro, por el pánico pasado, tardó unos instantes en ordenar sus pensamientos. Luego, con voz temblorosa, declaró:

—El agente del

F. B. I.,

que vive aquí ha matado, hace unos días, a un inspector suyo; cuestión de venganza. Mi jefe me encargó que lo siguiera y después, yo debía registrar esta habitación, por si encontraba algo que acusase sin dudas al agente.

—¿Quién es tu jefe?

Se notó en el tono de Kilker un manifiesto interés.

—Yo lo conozco por Aubrey, pero también se hace llamar Larry Benton.

—Otra vez vuelves a mentirme. Antes has dicho que te mandaban varios. ¿Quiénes son los otros?

—Yo no los conozco. Sé que Aubrey sólo es un jefe de grupo, y que recibe órdenes de alguien. Yo sólo hace dos semanas que trabajo con ellos. Me contrató Aubrey, porque, según él, había llegado a sus oídos mi fama de pistolero —el individuo sonrió con orgullo bestial—. Y después, yo he sacado en limpio, por lo que he visto, que Zachary vigila de cerca, a Aubrey, y que éste le teme.

Zachary es negro, y se alaba de manejar la pistola como nadie, aunque tendría que medirse conmigo para demostrarlo. Esto es todo lo que sé, la pura verdad, créame.

—¿Quiénes más forman tu grupo?

—Un tal Val. Ése es un cero a la izquierda. Según cuenta, pertenece a una buena familia, y él fue la oveja negra. Le gusta más el «*whisky*» que a los chotos la leche. Está atontado. Él no pinta nada. Y ya está el grupo. Usted encajaría muy bien entre nosotros, créame.

—¿Qué os proponéis hacer con el agente que vive aquí? ¿Para qué desea Aubrey, o quien sea, tener pruebas contra este agente?

—Por lo que me he enterado, quieren que les dé informes, y Aubrey va a aconsejar a los jefes que lo hagan miembro de la

banda. ¡Aubrey está loco! Como si un federal fuera tan fácil de domesticar. Ahora, que el tipo está sentenciado, tire por donde tire. Yo no perdono que un «poli» me ponga la mano en la cara. Una vez lo hizo uno, y busqué la ocasión, y me pagó con la vida. Este federal me ha sacudido, y en cuanto se descuide, entre o no en la banda, le voy a hacer cosquillas con mi cuchillo.

Vaciló el haz luminoso de la linterna en manos de Kilker.

—¡Ah! ¿Sí?

Montano declaró, rencoroso:

—Usted venía a matarlo, ¿verdad? Pues va a ahorrarse usted el trabajo. Lo haré yo, si es que usted se ha percatado del buen negocio que puedo proporcionarle.

—Sí, hombre, sí. Te soltaré, y fuera trataremos más despacio de nuestro negocio. Aquí no estamos a gusto. Antes de marcharnos echaré una ojeada para que no se note que hemos estado aquí. Ya registré antes y no vi nada de importancia.

El inspector del

F. B. I.,

valiéndose de la linterna, puso en orden cuanto desbarataron en la pelea, y luego, volviendo al cuarto de baño, se limpió la herida superficial recibida en la mano y la cubrió con un trozo de tafetán hallado en el armarito blanco.

Desató las cuerdas que ligaban a Montano, y éste se puso en pie, con un suspiro de satisfacción. Ambos salieron a la alcoba.

—Yo iré detrás de ti —advirtió Kilker—. Y no se te ocurra largarte, porque llevaré la pistola preparada.

—¿No somos ya amigos? —protestó el otro.

—Tenemos que ultimarle en un sitio seguro. Tú me acompañarás. Y ya lo sabes: no te separes de mí a más de dos yardas.

Aprovecharon para salir al corredor cuando no pasaba nadie. Dejaron la puerta sin cerrar con llave.

Descendieron en el ascensor a la planta baja. Al cruzar el gran *hall* del edificio, casi desierto, Montano mantenía la distancia ordenada por su acompañante.

Al resplandor de las lámparas pudo verse el cambio que el inspector Kilker había hecho en su fisonomía a raíz de la desaparición comentada por los periódicos: se había dejado crecer

el bigote, ancho y espeso, y se lo había teñido de rubio, como igualmente el pelo de las cejas y de la cabeza. En vez de su habitual traje gris oscuro, vestía una combinación *sport*, que a él mismo le daba grima sólo de contemplarse en un espejo. Salvo sus propios compañeros del

F. B. I.,

los que diariamente habían trabajado con él, nadie lo hubiese reconocido a primera vista.

Oteó, Kilker, a un lado y a otro, buscando un «taxi» libre. Pasaban los coches a la velocidad máxima que permite la Ley, conducidos, los particulares, por conductores excesivamente cargados de alcohol o demasiado ansiosos de disfrutar cada minuto de la noche del sábado, y los de alquiler, por chauffeurs deseosos de aprovechar el tiempo multiplicando el número de servicios. Los peatones eran pocos en aquel trozo de calle.

—¡Vamos! —Mandó el inspector a Montano.

Echaron a andar, algo más adelantado el forajido, cuyo gesto de contrariedad no revelaba sometimiento precisamente. Kilker iba preparado, presto a impedir que el otro intentase burlarlo. No le quitaba la vista de encima, observando el menor de sus movimientos, a pesar de que, a la vez, trataba de localizar un «taxi» libre que le facilitaría la conducción del criminal.

Al llegar a la primera esquina se tropezaron con un policía uniformado, que se encontraba parado, con cara de aburrido.

Iban a cruzar a la otra acera, cuando Montano, dando un paso de costado, se colocó junto al cop, al mismo tiempo que le decía precipitadamente y adoptando expresión de víctima aterrorizada:

—¡Sálveme usted! ¡Este hombre me lleva a matar! ¡Va armado! ¡Deténgalo!

La jugada de Montano había sido hábil, teniendo presente su creencia de que Kilker era otro gángster como él. En el desarrollo de la detención, él pensaba encontrar un descuido para desaparecer.

El policía no reaccionó enseguida, posiblemente supuso que se trataba de la broma de un borracho: pero el semblante adusto y amenazador de Kilker le hizo comprender que era verdad. Instintivamente amparó con su cuerpo al astuto forajido, mientras se disponía a desenfundar su pistola de reglamento.

El dilema que se planteó al inspector del

F. B. I.,

no era de fácil solución. Había tenido tiempo de sobra para «sacar» y hacerse dueño de la situación; pero su propósito de mantener oculta su personalidad se lo impidió.

—¡Levante los brazos! —le ordenó el cop, apuntándole al pecho con su arma.

Obedeció Kilker, contra su voluntad, porque quisiera o no, tendría que darse a conocer en la Jefatura de Policía de la barriada.

—Oiga, guardia: me entrego, pero que nos acompañe también ése. Con su jefe aclararemos esto.

Aquellas palabras, pronunciadas con evidente serenidad, desconcertaron a Montano, que tenía buen cuidado de seguir pegado a la espalda del representante uniformado de la Ley. Había esperado resistencia por parte de su aprehensor, hasta lucha porque no lo desarmara un simple cop. Una voz interior le avisó que algo raro ocurría, algo que torcería el rumbo de los acontecimientos, causándole perjuicio.

Y obedeciendo a la advertencia de su sexto sentido, varió de plan, pasando a la acción. Le fue facilísimo, alargando el brazo repentinamente, arrebatár la pistola de la mano del policía, pues éste centraba toda su atención en el corpulento individuo con los brazos en alto.

El cop tuvo la desgracia de cambiar de posición, por recuperar el arma, y encajó en el tórax la bala dirigida, en un principio, al inspector del

F. B. I.

Herido de muerte, el policía se agarró, en las nieblas de la agonía, a su asesino, embarazándole inconscientemente los movimientos.

Y Kilker operó con la rapidez del rayo, aprovechando la magnífica ocasión. Su diestra corrió veloz a la pistolera, y de su «Luger» brotaron dos fogonazos. Montano, que todavía no había podido desprenderse del abrazo del desgraciado cop, recibió los balazos en la cabeza. Víctima y verdugo se desplomaron unidos en la acera.

Las detonaciones habían sonado estrepitosamente en la noche, y a lo lejos se oyeron unos silbidos prolongados, sembrando la alarma entre les vigilantes de las barriadas vecinas.

Se detuvieron, a prudente distancia, dos automóviles, sin que sus pasajeros osaran apearse.

Tres peatones retrocedieron al divisar al gigantesco individuo armado de una descomunal pistola, con dos cuerpos humanos tendidos a sus pies.

Kilker no dudó en huir. El policía estaba muerto y ninguna asistencia médica podría devolverle la vida. Levantó la cabeza al escuchar el chirrido de unos neumáticos frenados duramente: a unas yardas acababa de detenerse un coche particular.

Corrió, pistola en mano, hacia el vehículo, y cuando el conductor pretendía arrancar, huyendo del supuesto asesino. Kilker ya había abierto una de las portezuelas traseras y pasaba al interior.

—¡Arranque y acelere! —Mandó, imperativo, esgrimiendo la «Luger».

Como el conductor, un joven imberbe, no podía imaginar que llevaba de pasajero a un inspector del

F. B. I.,

se apresuró a obedecer, y tan nerviosamente realizó la maniobra, que el coche dió un salto de potro salvaje.

—¡Adelante a toda marcha! —gritó Kilker, a la vez que con el cañón del arma rompía la ventanilla trasera.

Disparó una sola vez contra sus perseguidores, los dos automóviles estacionados junto a la esquina del crimen. El primero, acertado en una de las ruedas, empezó a describir eses y obstaculizó el avance del segundo.

—¡Tuerza por esa calle! —ordenó el inspector, señalando una transversal, y a continuación fue dirigiendo el rumbo del vehículo.

Después de varias vueltas y revueltas, al entrar en la calle Cuarenta y Dos por la Segunda Avenida, Kilker mandó al joven que parase. Le echó un billete en el asiento, a la vez que se apeaba, advirtiéndole:

—¡Eso por el cristal roto! ¡Sigue adelante si no quieres meterte en líos!

El conductor no necesitaba el consejo. El vehículo salió disparado como una flecha, Y el inspector del F. B. I., ya guardada la «Luger» en su funda, subió a un «taxi», aparentando tranquilidad, aunque se oían muy cercanos los alaridos de unas sirenas.

—¡A la Ochenta y Siete! —indicó al «taxista».

Arrancaba el vehículo, cuando pasaron a toda velocidad dos coches de la Policía, siguiendo la misma dirección tomada por el conductor imberbe.

—Mucho ruido y pocas nueces —comentó el «taxista», que no debía ser muy amigo de los servidores de la Ley.

Unos minutos más tarde el inspector del
F. B. I.

abandonaba el «taxi», y, a pie, se dirigió al 327 de la Ochenta y Tres. Entró en un garaje de gran capacidad, pero de poco movimiento a aquellas horas, y correspondió cordial al saludo del portero.

—¿Qué? ¿A dar una vuelta, Kernan? ¿Cómo va ese cuerpo?

—¡A ver qué vida! —repuso el inspector, poniendo gesto de resignación—. Hoy parece que estoy algo mejor, pero no se me quitan los pinchazos. El día menos pensado me explota el carburador y haré el último viaje.

—Nada, hombre; ya verás cómo eso se te arregla. Hoy en día se ha adelantado mucho en cuestiones de corazón. Ayer venía en el periódico que un cirujano...

Y en tanto que Kilker se ponía una chaqueta de cuero y una gorra, cogidas de un «taxi», el portero continuó hablándole de los progresos de la ciencia médica con erudición de lector de periódicos.

El inspector tomó asiento en el «baquet», puso el motor en marcha y arrancó el coche suavemente en dirección a la salida.

—Hasta la vuelta, Kernan. ¡Que se dé bien! Y, sobre todo, no cojas frío —portero.

—Si me noto mal, no tardaré mucho en regresar. ¡Adiós! —se despidió Kilker, manteniendo la expresión de enfermo, que cambió apenas estuvo con el vehículo en la calle.

Luego enfiló la avenida Lexington, acelerando a fondo y sin hacer caso de las llamadas de algunos transeúntes que requerían su servicio, y por la Ciento Veinticinco alcanzó la Lenox, para después torcer a la izquierda por la Ciento Treinta y Ocho y estacionarse, por último, a corta distancia de La Ballena.

Con las luces apagadas, y fumando un cigarrillo aguardó pacientemente. A cuantos le preguntaron si estaba libre, les contestó que estaba esperando a un cliente que ya lo tenía

alquilado.

Más de media hora tardó en salir Ernest Morris. En vez de llamarlo, como el joven tomaba la dirección contraria. Kilker lo siguió con el coche. Al llegar a su altura, le dijo:

—¿Quiere «taxi», señor?

—Sí —contestó Morris, que por la voz no había reconocido al inspector del

F. B. I.,

y subió al coche—. Lléveme a...

Le interrumpió Kilker, dándose a conocer. Y el joven, entonces, se apresuró a notificar:

—Alejémonos pronto, pues van a salir de un instante a otro.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Mejor! Daremos la vuelta a la manzana, y volveré a situarme donde antes. Mientras tanto, siéntate en el suelo, que no te pueda ver nadie desde fuera, y cuéntame lo que ha pasado ahí dentro.

—¿Cómo ha sido eso, Kilker? —preguntó el joven, en vez de contar nada, en tono de reproche.

—¿Qué?

—Ha matado usted a Montano.

—Sabes tanto como yo y mucho más que la Policía. ¿Por quién se han enterado ellos?

—Les conté mi pelea con Montano en la escalera de aquella casa. Me retuvieron para investigarlo. Aubrey se convenció de que yo no lo hacía matado; los vecinos lo atestiguaron; pero cuando ya parecía que iba a dejarme salir, alguien llamó por teléfono a Aubrey. Éste volvió asustado, con la noticia de que Montano había sido asesinado en la calle por un hombre alto y fuerte, que logró escapar.

—¿Suponen que sea yo?

—No. No saben a quién atribuirlo.

—¿Quién telefoneó a Aubrey?

—Tuvo que ser uno de sus jefes.

—Y el que se lo notificó a esos jefes no pudo ser otro más que alguien de la Policía, algún traidor que está vendido a esa gentuza. ¡Cuéntame lo tuyo!

—¿Por qué lo mató, Kilker? —Tornó a interrogar Ernest, con tono de fiscal.

El inspector del
F. B. I.,
se limitó a responder:

—Mató a un policía, y estaba a punto de escapárseme de entre las manos. ¡Era un criminal!

Y con un frenazo seco volvió a estacionar el coche en el mismo punto, a corta distancia de La Ballena. Tumbado y encogido en el suelo del vehículo, Morris, sin que el otro tornase a pedirselo, empezó a contar la entrevista con Aubrey y sus dos cómplices.

Kilker le dejó hablar sin interrupciones, y sus únicas palabras fueron para los que pretendían tomar el «taxi», aparentemente desocupado.

—Y en vista de que no parecía yo complicado en la muerte de Montano, me dijeron que podía marcharme, que ya me avisarían —terminó de relatar el joven, teniendo buen cuidado de omitir la reafirmación de Aubrey respecto a Kilker—. ¿Cómo se tropezó usted con Montano?

—En tu hotel lo atrapé. Le saqué algunos datos, y luego pensé llevármelo a un redil que tengo preparado. Se apoderó de la pistola del policía y... tuve que tirarle a dar. Le he ahorrado trabajo al verdugo. ¿Guardaste la carta que te envió Aubrey?

—Sí. Fue Aubrey...

—Aubrey no ha escrito en su vida a máquina —determinó secamente el inspector—. Mañana mismo obtén las huellas y haz su estudio. Si es preciso, las envías a Washington.

—¿Qué querían decir las respuestas a que se refirió el inspector jefe?

—Me conceden documentación como simple agente especial, a nombre de Alwin Kernan; pero me deniegan un permiso que había solicitado para ti: tendrás que seguir acudiendo regularmente al despacho. Temen que, como estás recién salido del cascarón, aún te falten fuerzas para volar solo. El caso es que, antes o después, las circunstancias te obligarán a actuar con independencia. Pero, en fin, ya lo arreglaré yo particularmente con el inspector jefe.

—¿Cómo ha conseguido este «taxi»?

—Lo vengo utilizando desde hace tiempo. Me ha sido muy útil en algunas investigaciones. Casi nadie suele sospechar de un «taxista». Tengo un buen amigo en la Compañía, y lo tienen a mi

disposición. En el garaje justifico mis ausencias diciendo que estoy enfermo. Ernest: incorpórate un poco y echa una ojeada a esos tres —indicó Kilker, de pronto, cambiando de tono.

Obedeció el joven, y distinguió a Aubrey, a Zachary, el negro, y al decrépito Val, a la puerta de La Ballena. Aubrey parecía dar instrucciones a Val que llevaba el pequeño maletín con el magnetófono. Zachary miraba a un lado y a otro de la calle.

—Son ellos, Kilker.

—Agáchate, no vayan a acercarse.

Val se separó de los otros dos y fue aproximándose al «taxi». Aubrey y Zachary tomaron la dirección opuesta, deteniéndose junto a un automóvil negro estacionado allí entre otros.

—¿Libre? —preguntó Val al supuesto «taxista».

—No.

Val continuó andando, con paso cansino, hacia la Lenox. Sus dos compinches comenzaban a alejarse en el coche negro, un Lincoln pasado de moda.

—Apéate y sigue tú a ese del maletín, Morris. Yo seguiré a los otros dos. Me llamarás luego por teléfono.

Apenas hubo descendido el joven, el «taxi» fue puesto en marcha, y siguió el camino del Lincoln. Kilker mantenía una prudente separación. Rodaron los vehículos por la Octava Avenida, dejaron a la izquierda el Centrad Park y atravesaron la concurrida y luminosa Times Square, para pasar a la otra parte de la calle Cuarenta y Dos.

El Lincoln se detuvo a corta distancia de la sala de revistas Diamante. Kilker lo sobrepasó, aunque iba frenando, y por el espejo retrovisor comprobó que Aubrey y el negro penetraban apresuradamente en el local. No tardó en seguirlos, pero al entrar en el vestíbulo ya no los vió. Las taquillas estaban cerradas, y también la puerta principal; el espectáculo debía haber empezado hacía largo rato. Sin embargo, se hallaba entornada la puerta de entrada para los artistas.

El inspector no intentó seguirlos al interior. Temía que Aubrey lo reconociese si se topaba con él. Volvió a subir en el «taxi» y esperó de nuevo, con una calma que revelaba su característica tenacidad.

Tuvo tiempo más que suficiente para contemplar los artistas

pintados en las grandes carteleras adosadas a la fachada: ellas parecían empeñadas en ahorrarse ropa, y ellos, en su pretensión de regalar simpatía, sonreían como si anunciaran dentífricos.

Por fin reapareció Aubrey, solo, y le vio subir de nuevo al Lincoln. Lo fue siguiendo. De momento le interesaba más el hombrecillo que el negro.

Poco después supo que Aubrey se hospedaba en una residencia de la calle Noventa y Nueve Este, bajo el nombre de Larry Benton. Ya no se le despistaría.

Entró Kilker en el primer bar que encontró, a telefonar. Una voz varonil repuso a su llamada:

—Aquí

F. B. I.

Preventivamente, Kilker había extendido su pañuelo sobre el micro.

—Póngame con el inspector de guardia. ¡Urgente!

—¡Diga! —se oyó decir a un hombre, al otro extremo de la línea.

—Utilizo clave KAI, inspector. Tome nota y comuníquese mañana al inspector jefe. Necesito enseguida informes completos sobre todo el personal artístico, y desde el propietario al último «botones» del teatro de revistas Diamante de la calle Cuarenta y Dos. Háganlo sin despertar ninguna sospecha. Comuníqueme también que un tal Vincent Montano asesinó esta noche a un policía de la Metropolitana. El que mató a Montano fui yo. Conviene informar a la Metropolitana para que no pierdan tiempo en indagaciones. Que aparezca como responsable cualquier agente nuestro. Montano debía estar reclamado como asesino por la policía. ¿Entendido?

—Sí. ¿Algo más?

—Nada. ¡Buenas noches!

Kilker fue a encerrar el «taxi» en el garaje, y allí dejó la gorra y el chaquetón de cuero.

Desde que había «desaparecido», el inspector habitaba en un hotel mediocre de la calle Dawson, en las proximidades de Longwood. Allí se hacía pasar por representante de una fábrica de tornillería de Detroit, y lo conocían por Alvin Kernan.

Ya en su habitación, empegaba a desnudarse, cuando sonó el teléfono que había sobre la mesita de noche. Era Morris.

—¿Qué hay, Ernest?

—Val fue a acostarse a una pensión de la calle Clinton, llamada El Hogar del Viajero. Ocupa la habitación veintidós. Ha dado el nombre de Valentín Howard. ¿Sigo vigilándolo?

—No, déjalo. Lo más seguro es que Aubrey y el negro se llevaron el trozo de cinta impresionado con tu declaración en La Ballena.

—¿Qué pasó con esos dos, Kilker?

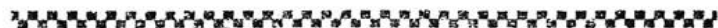
—Sé dónde viven, y tengo una pista. Ya te informaré. Anda, vete a dormir. Que los muchachos investiguen el historial de Howard. ¡Hasta mañana!

El inspector del

F. B. I.,

terminó de desnudarse. Al ponerse el pijama, los movimientos pusieron de relieve su acentuada musculatura. Contrastaba grandemente el color rubio de su cabellera con el vello negro que le cubría el pecho.

Por último, Alexander Kilker apagó la luz de la alcoba.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

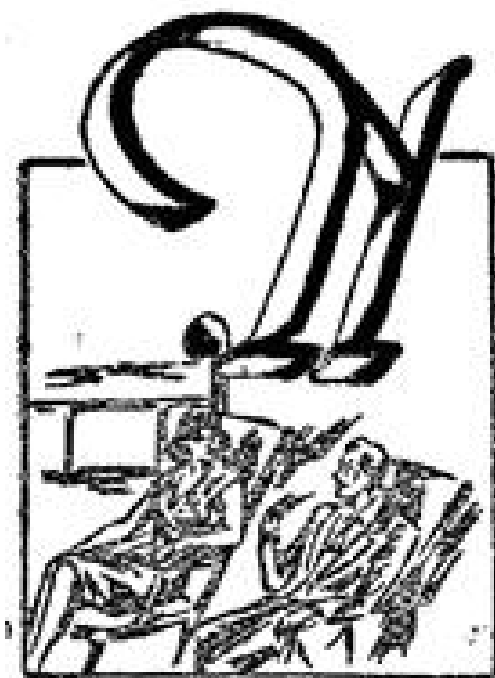
Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

IV

COMPAÑÍA ASEGURADORA DEL CONTRABANDO



O tardarán en aparecer, si hay suerte. El «Languedoc» ha atracado hace unos minutos, y ya están los pasajeros pasando la Aduana. ¡Vamos, Zachary, a la salida!

El negro se levantó del diván donde había permanecido aguardando a Aubrey. Éste miró a su alrededor, atisbando a través de los lentes con ojillos sagaces. Se le notó satisfecho del resultado de su inspección visual.

Aquella sala del muelle 16 era una Babel moderna, aunque fuese el fondeadero de la General Transatlántica Francesa. Oíase hablar

en varios idiomas de distintas raíces. Entraban con aire de conquistadores los que se disponían a embarcar, y tímidos los que simplemente acudían a esperar a algún pasajero del barco recién llegado. Aumentaban el barullo; los mozos, que atropellaban a todos en su egoísta diligencia, y los altavoces, dando nombres y haciendo llamadas en inglés y francés.

Y nadie parecía fijarse en la curiosa pareja formada por el atildado negro y su desmirriado acompañante. Ambos abandonaron la sala y se apostaron a cierta distancia de la salida general de los despachos aduaneros, donde los viajeros mostraban a los funcionarios las entregas de sus equipajes.

—¡Ahí vienen! ¡Vete al coche, Zachary!

—¿Seguro que son ellas? —preguntó el negro, observando a dos jóvenes elegantemente vestidas, que provocaron un silbido de admiración en uno de los policías.

—Sí, hombre; son las de la fotografía. ¡Anda tú!

Pasados unos momentos, Zachary, sentado al volante del Lincoln, vió aproximarse a la pareja de muchachas, acompañadas por Aubrey. Los tres se acomodaron en el asiento posterior, y el coche arrancó para adentrarse en el Manhattan Bajo por la calle Fulton.

El negro observó repetidas veces el retrovisor: varios coches, la mayor parte «taxis», seguían su mismo camino.

—¿Cómo ha ido eso, guapitas? —preguntó Aubrey, en tono meloso, con sonrisa que pretendía ser donjuanesca.

—A las mil maravillas —repuso una de las jóvenes—. Aquí están.

Y la muchacha se llevó las manos al moño que recogía su dorada cabellera, y lo deshizo con dedos hábiles. Se desprendió un tubito de plástico, aplanado y en forma de arco. Del interior, y envueltos por una ligera capa de algodón, extrajo doce brillantes que destellaron reflejos irisados en la palma rugosa de Aubrey. Éste los examinó detenidamente, en tanto que murmuraba, extasiado:

—¡Qué hermosura!

—¡Para que los luzca luego una ballena encorsetada! ¡Qué pena! —comentó la otra muchacha—. Valdrán un capital, ¿verdad?

—Están asegurados en sesenta mil.

—Entonces nosotras cobraremos más. Al fin y al cabo, nos

hemos arriesgado...—protestó la que estaba rehaciéndose el moño.

—No perdáis la cabeza, meninas —aconsejó el hombrecillo—. Como otras veces, os pagaremos lo convenido esta misma noche. Acudid por el teatro. Y no echéis de menos estas piedrecitas; vosotras no las necesitáis para ser bonitas. Con esos faros que tenéis por ojos... ¡Ay de mí!... ¡Quién tuviera veinte años!...

—Menos palabrería y despídelas, Aubrey, si eso está en regla —mandó el negro, atento a la conducción—. El cliente nos espera.

Apearon a las jóvenes en la esquina con la avenida de las Américas, y ellos continuaron con el coche por esta concurrida arteria de la ciudad. Lo aparcaron en la plaza Sheridan, y ambos penetraron en una casa de artística fachada, por ser de antigua construcción.

Ninguno de los dos se dió cuenta de que un «taxi», de los varios que iban tras el Lincoln por la Fulton, era estacionado en la misma plaza.

Zachary y Aubrey entraron en unas oficinas situadas en el primer piso. La única mecanógrafa que había los pasó a un despacho tan destartado como la habitación anterior. Un hombre grueso, de ojos saltones y piel colorada, se hallaba sentado tras una mesa limpia de papeles. Sus rasgos eran de judío. Aquello daba la impresión de ociosidad, de falta de negocio. Una robusta caja de caudales tapaba uno de los rincones.

—¡Buenos días, señor Cohn! —saludó Aubrey, cordialmente—. ¿Qué tal los negocios?

—¿Ha llegado ya? —preguntó, impaciente y un poco nervioso, el obeso individuo apellidado Cohn.

—¡Naturalmente, señor mío! —aseguró el hombrecillo, derrochando optimismo—. Ya sabe usted por experiencia que nuestra Compañía sirve a la perfección a sus clientes.

—Y bien lo cobra —refunfuñó Cohn—. Mi amigo de París ha tenido que pagar esta vez un cuatro por ciento. ¡Un cuatro por ciento!... A este paso va a dejar de ser negocio.

—No exagere, amigo mío. Calculando por encima, con esta partidita liquidará usted con un beneficio aproximado de ocho mil dólares. No está mal, ¿eh, Zachary?

Y Aubrey volvió la cabeza hacia el negro, como pidiendo su asentimiento. Zachary no contestó. Desde que había entrado en el

despacho su rostro había sufrido una transformación. Un gesto extraño endurecía sus facciones y mantenía clavada su vista —una mirada como de hipnosis— en el orondo dueño de aquellas oficinas. Este último, arguyó:

—No es fácil colocar la mercancía sin llamar la atención de la Protectora de Joyeros. Me expongo mucho y me juego el dinero.

—A propósito de dinero, señor Cohn —inició Aubrey, con sus característicos modales untuosos—, ha de abonarnos usted quinientos dólares por los gastos de viaje.

—¿Quinientos dólares más? ¡Oh, no! ¡Eso es una barbaridad!

—No se excite, amigo mío. Razonemos: Nuestra Compañía Aseguradora le garantizaba a usted sesenta mil en el caso de que le confiscasen la mercancía los aduaneros, a cambio de pagarnos una prima de un cuatro por ciento, una miseria. Pero no tenemos obligación de exponer a uno de nuestros agentes a ser detenido y, además, el viaje cuesta dinero. Si los hubiese traído usted, mismo o una persona de su confianza y por cuenta suya, como hizo otras veces, nosotros nos hubiésemos limitado al cuatro por ciento o al que se hubiese estipulado en París. ¿Lo comprende ahora, señor Cohn? Hay que pagar al mensajero. Son gastos...

—¡Bueno, bueno, no siga! Vamos a verlos —le interrumpió el seboso judío.

Con toda teatralidad, Aubrey fue colocando sobre la mesa, y en hilera, la docena de espléndidos brillantes. Con sus gordezuelos dedos, Cohn los empezó a tocar y, luego, a examinar con una lupa. Sonreía entusiasmado, ignorante de la extraña mirada que le dirigía el negro.

—Sí, de acuerdo. Aunque tienen defectos y no podré sacar lo que pensaba.

Su gesto de satisfacción desmentía sus palabras.

—¿Recuerda los quinientos, señor Cohn? —insinuó, meloso, el expresidiario.

El judío se levantó y todavía parecía más grueso debido a su baja estatura. Tenía más cortas las piernas que el tronco. Ocultando con el cuerpo la combinación de la caja fuerte, manipuló y la abrió a medias. Depositó en su interior los diamantes y extrajo, uno a uno, billetes de diez dólares. Antes de incorporarse, volvió a cerrar la caja.

Los otros dos hombres se observaron de reojo.

—Aquí tienen. Los quinientos dólares que me han pedido, pero soy leal y les aviso que nunca más volveré a utilizar los servicios de su Compañía. Hay quien me lo hará igual por un dos por ciento solamente. A no ser que ustedes...

—Es cuestión de estudiarlo, si es así como usted dice, señor Cohn. Se lo diremos a nuestro director y él decidirá —manifestó Aubrey, tomando los billetes que el otro le entregaba, también uno a uno, después de recontarlos y restregarlos con los dedos por si fuesen dos pegados.

—Sí, sí, dígaselo de mi parte a quien sea —insistió el judío.

—Me permito advertirle, señor Cohn, que se expone a perderlo todo por ahorrarse unos dólares. Es posible que alguien se le haya ofrecido en mejores condiciones que nosotros, pero ¿está usted seguro de que es serio comercialmente, que no se quedará con la mercancía, que le pagará si se la decomisan los aduaneros? Nosotros obtenemos beneficios porque jugamos con la mayor parte de los ases en la manga. Tenemos buenos amigos en la Aduana y...

—No me convence. También esa otra persona tiene amistades ahí.

—Puede decirme de quién se trata. Tal vez nosotros lo conozcamos y, lealmente, podamos facilitarle informes sobre él. Más que cliente, usted es amigo y nos sabría mal que un truhan lo engañase miserablemente.

—No lo diré. En estas cosas hay que ser reservados.

—¿A tanto llega su reserva que no admitiría este pequeño regalo? —preguntó Aubrey suavemente, abriendo en abanico los cincuenta billetes recién recibidos.

Chispearon los redondos ojos del judío entre sus gruesos párpados. La avaricia le hizo confesar, a la vez que agarraba el dinero:

—Jeff Turner, en el sesenta y cinco de Charlton.

—Gracias, señor Cohn. Y, ahora, ¿sería tan amable de poner un cablegrama a nuestra filial en París, comunicándoles que ha recibido, la mercancía?

—Pónganlo ustedes —protestó el obeso individuo.

—No, debe hacerlo usted. Es lo ajustado en el trato, ¿recuerda? Y al mismo tiempo, le agradeceríamos infinito que pusiera otro a su

amigo, al que le adquirió la mercancía allí. Es conveniente que él sepa que todo ha salido bien.

—Ya se lo diré por carta —replicó con malos modales el judío—. Cada cable cuesta un riñón.

—A pesar de que los tiene usted bien cubiertos —no se supo si Aubrey se refería a la grasa del judío o a la riqueza—, se ha echado un remiendo con estos quinientos.

—Es que cuesta... —Cohn se calló de súbito al sorprender la especial mirada del negro.

Entonces, Zachary habló por vez primera en la entrevista. Dijo, sonriendo y mostrando sus grandes, salientes y blancos dientes:

—No se haga de rogar, bolita de sebo.

Como un escalofrío estremeció al judío. Posiblemente se acordó del cuento de «Caperucita y el Lobo», pues, tomando el teléfono, ordenó a una agencia transmitieran dos cablegramas a París. Procuró que el texto, inocente en apariencia, fuese idéntico para obtener una rebaja.

—¡Ya está! —exclamó, con un suspiro, dejándose caer en un sillón.

—Gracias, señor Cohn. Y, por último, vamos a pedirle a usted el último favor. Nos ha demostrado que es espléndido, y no dudamos que tendrá la amabilidad de devolvernos los brillantes y los quinientos machacantes —y Aubrey sonreía, beatífico.

—¿Como? ¿Me quieren robar? —preguntó el judío, dando un extraordinario salto en el asiento, pese a su gordura.

—Vamos, bolita, no perdamos tiempo. Y nada de chillidos —aconsejó el negro, cuya diestra asía un revólver—. Abre la lata de conservas y saldrás ganando.

—Por muy agarrado que sea, te conviene más salvar la vida —te advirtió Aubrey, irónico.

Cohn era una masa de gelatina conmovida por un terremoto. Lloraba como si fuesen a arrebatarse su único hijo. Temblón, hiposo, abrió la caja de caudales. Los ágiles dedos de Aubrey «limpiaron» los estantes. La docena de brillantes, tres diamantes gruesos y seiscientos dólares pasaron a su bolsillo, a acompañar a los otros quinientos. Cerró la robusta puerta metálica.

—Ahora vas a dar un paseo con nosotros, bolita —anunció el negro, hincando el cañón de su revólver en el vientre del judío.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó, entrecortadamente, la víctima—. Yo les juro que no diré...

—No le pasará nada, Cohn. Es una simple medida de precaución —le anticipó Aubrey.

—Andando, bolita —le mandó el negro—. Y que no te note nada la secretaria o no vuelves a verla más. Límpiase esas lágrimas de cocodrilo.

Salieron del despacho los tres hombres. El judío, al pasar por delante de la mecanógrafa, sin mirarla siquiera pues andaba como un somnábulo, dijo:

—Regresaré pronto.

Ya en la plaza, cercanos al Lincoln, Zachary indicó a su cómplice:

—Ponte tú al volante.

—¿Por qué? —interrogó Aubrey, rascándose el enorme apéndice que tenía por nariz.

—Tío, hazlo que te digo —mandó el negro. Y éste, empujando al judío, que no osaba pedir auxilio a la gente, pasó con él a la parte posterior.

—¿Adónde vamos? —preguntó el expresidiario, con un gesto de preocupación, una vez puesto el motor en marcha.

—Métete por el Holland —repuso Zachary.

Arrancó el coche y por Christopher rodó hacia el Huóson.

Detrás del Lincoln, confundido entre el tráfico, los seguía el mismo «taxi» estacionado anteriormente en la plaza.

Aubrey pago, nervioso, el dólar y medio de derecho de peaje, a la entrada del túnel. Cohn no se atrevió a reclamar la ayuda de los vigilantes. Sentado junto al negro, sentía en el costado el duro contacto. Zachary le apretaba con el cañón del revólver empuñado en el bolsillo de la chaqueta. Y penetraron en el Holland.

A la salida, se separaron de la columna de automóviles y, cruzando de parte a parte la ciudad de Nueva Jersey, tomaron la carretera de Wallington.

El sol vivificaba los verdes prados, encharcados por las últimas lluvias. Las ramas de los árboles estaban cuajadas de yemas. Había nacido la primavera, con su cortejo de luz, de savia nueva y de alegría, pero ninguno de los ocupantes del Lincoln podían apreciar su belleza de núbil. Las pasiones y los instintos cegaban a aquellos

tres hombres.

Aubrey volvió la cabeza al oír un largo ronquido a espaldas suyas. La escena le horrorizó. Los ojos del negro relampagueaban, una mueca diabólica deformaba su rostro, la cicatriz de su frente parecía un trallazo de fuego, y sus manos...

—¡No! ¡No, Zachary! ¡Déjalo!

En el corrompido corazón del expresidiario aún quedaba un rescoldo de algo parecido a humanidad.

—¡Frena! ¡Que nos estrellamos!

Al aviso del negro, Aubrey volvió la vista al frente. El Lincoln se hallaba a punto de empotrar su morro en la caja de un camión que corría en su misma dirección, a menor velocidad. Los años de práctica del ex«taxista» le sirvieron para actuar por reflejos —su cerebro estaba embotado—: dió dos pisotones al pedal del freno y pisó hasta la tabla, a la vez que corregía con el volante los coletazos del vehículo.

Zachary y el cuerpo inanimado que agarraba fueron proyectados contra los respaldos de los asientos delanteros y cayeron al suelo en un abrazo macabro. Aubrey sintió como una estocada en el estómago. Los lentes saltaron al aire. Y el Lincoln quedó quieto, con el motor calado.

El ruido del frenazo había llegado hasta el conductor del camión, un Dodge de ocho toneladas, y paró también. Él y su ayudante se apearon y acudieron corriendo al automóvil.

—¿Qué ha pasado?

El conductor sacó del baquet al raquítico individuo que se retorció de dolor y lo depositó en el macadam, mientras el ayudante abría la otra portezuela y se encontró con un negro arrodillado sobre un hombre grueso que tenía todas las apariencias de un cadáver.

—Deme las manos. ¡Salga! —Y tendió los brazos al negro.

—Métase en lo suyo —fue la brutal respuesta—. Estamos bien. No ha pasado nada. ¡Lárguese!

—Usted estará bien, pero éste...

—Ha perdido el conocimiento; nada de importancia. ¡Váyase a lo suyo!

El ayudante quedó desconcertado, sin saber qué hacer. Miró a su jefe y se encogió de hombros, expresando su incompreensión.

Intervino Aubrey, que habíase repuesto en parte del golpe recibido, aunque continuaba sentado en tierra:

—Gracias, amigos. Por fortuna no ha sucedido nada. ¡Adiós! ¡Muchas gracias!

El conductor y su ayudante se alejaron, atónitos, asombrados por el raro comportamiento de los accidentados. Momentos después, el Dodge reanudaba su camino.

Aubrey consiguió incorporarse, y encorvado se aproximó al coche. El dolor le impidió extrañarse de que pasase, rozándole, un «taxi», con matrícula de Nueva York, y no se detuviera a preguntarles siquiera qué les había sucedido y si necesitaban auxilio.

—¿Qué has hecho, Zachary? ¡Eres peor que una fiera! —acusó el hombrecillo al negro.

Con la mirada extraviada, de loco, el asesino replicó, furioso:

—Tenía orden de hacerlo.

—¡Mientes! ¡A mí no me lo dijeron!

—En ti no confían. Saben de sobra que no eres más que un papagayo cobarde. Y, ahora, échame una mano, imbécil, no vaya a venir la pareja de Policía. ¡Vamos a bajarlo!

—¿Aquí? ¿Para qué? —interrogó, tembloroso, el expresidiario.

—¡Calla, y obedece! Quiero que parezca un atropello.

Aubrey era un ser sin voluntad, un pelele temeroso de la ira del negro, y ayudó a bajar el cadáver de Cohn. Su terror aumentó al oír que su cómplice le decía:

—Tú quédate aquí, junto a él, como sí estuvieras atendiéndolo. Si parara alguien, le contestas que hemos tenido un accidente y lo despides como sea. Cuando me veas venir, échate a un lado, aunque no me importaría aplastarte también. Tarde o temprano, sé que tú nos fallarás.

—No, Zachary, no me dejes aquí solo con él —rogó, desesperado, el expresidiario.

Apartándolo de un empujón, el negro subió al coche y puso el motor en marcha. Arrojando algo que espejeó al sol, dijo, al mismo tiempo que arrancaba:

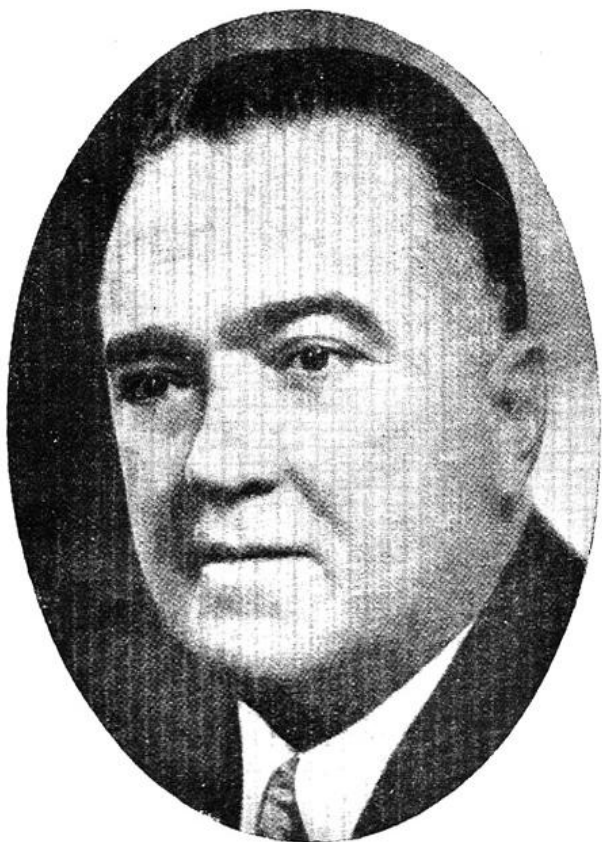
—Ahí tienes tus gafas.

Los cristales se hicieron pedazos al golpear el suelo. Aubrey, miope, palpó la desguarnecida armadura metálica, y rompió en

sollozos. Había sido un miserable toda su vida, un ser débil física y espiritualmente que pretendía triunfar, con argucias y ruindades de zorro, en el mundo violento y cruel del hampa. Su calidad era de ratero y temblaba en cuanto un cop le echaba la vista encima. Sin el apoyo de los demás, su fanfarronería se derrumbaba como un castillo de naipes. Se atrevía a robar a un niño y a un ciego, pero no a un hombre, ni siquiera a una mujer capaz de defenderse.

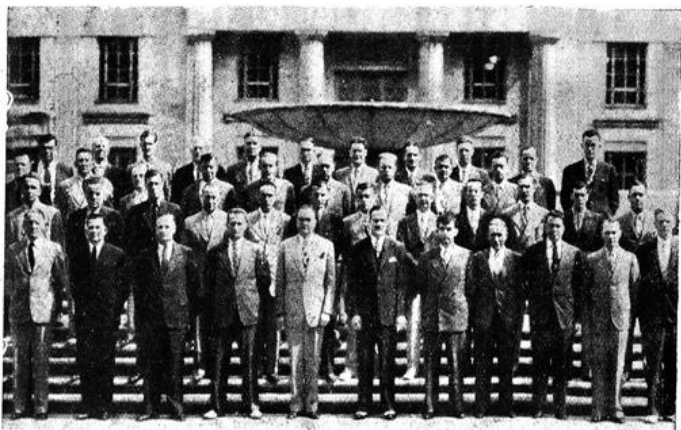
Las amenazas del negro lo habían aterrorizado, y para que no llegaran a consumarse, se prestó a obedecer al pie de la letra. Se arrodilló junto al cadáver y se dispuso a esperar. Dejó de lloriquear al oír el zumbido de un motor, por la parte donde se había alejado Zachary.

Su miopía le impedía ver que el vehículo que se aproximaba no era el Lincoln, sino un «taxi» con matrícula de Nueva York. De la parte contraria no le llegaba ningún ruido. Se puso en pie, y retrocedió hacia el centro de la carretera, distanciándose unos pasos del cadáver del judío.



J. Edgar Hoover

*Director, Federal Bureau of Investigation.
United States Department of Justice.*



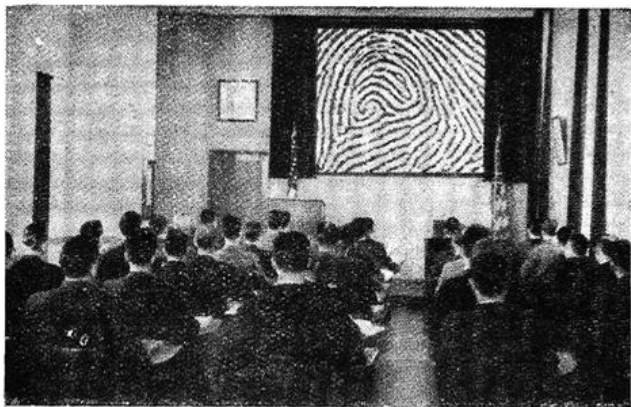
John Edgar Hoover y la XX promoción de jefes de la Metropolitana que han recibido enseñanzas policiales en la Academia Nacional, creada y dirigida por el F. B. I.



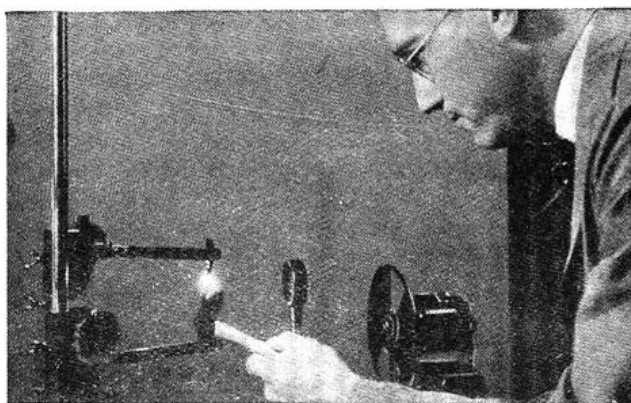
Un técnico del F. B. I. catalogando unas partículas de pintura halladas en la ropa de un «hijacker» que negaba su participación en el asalto a un camión.



Vista parcial de la colección de armas de fuego cortas que existe en la Sección de Balística, quitadas a los delincuentes detenidos.



Alumnos de la Academia del F. B. I., aprendiendo la denominación y clasificación de las huellas dactilares.



Un experto de los Laboratorios Técnicos comprueba, al arco del espectroscopio, si las partículas metálicas adheridas al martillo, encontrado en poder de los sospechosos, pertenecen a la combinación de una caja de caudales forzada.



Preocupado, pero sereno, el Agente Especial del F. B. I. se prepara para la detención de tres forajidos refugiados en un tugurio de Chicago.



Un alumno de la Academia del F. B. I. aprende a disparar desde una esquina, ofreciendo el menor blanco.



Examinando una pitillera, en cuyas tapas los espías japoneses habían grabado los dibujos de los billetes de 100 \$



En los Laboratorios, se dispara sobre un fondo acolchonado, con el arma del asesino, y se comparan las raspaduras en la bala con las del proyectil incrustado en el cadáver.



Este hampón no da importancia a que le tomen las huellas dactilares, ignorante de que, seguidamente, descubrirán su identidad y delitos anteriores



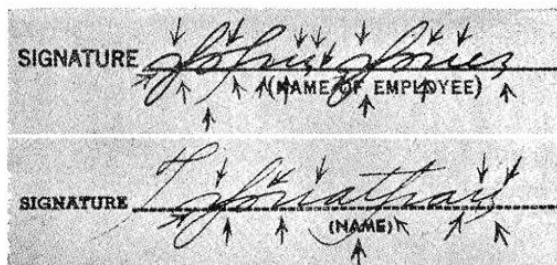
Por medio de la antena en espiral, y en combinación con otros observadores situados en distintos puntos de Nueva York, los del F. B. I. localizarán una emisora de radio clandestina, instalada por un grupo de espías.



Armas cogidas a un «gang»: 1, «Winchester»; 2, Carabina «M-1»; 3, Escopeta «Smith» con los cañones serrados; 4, Pistola «Ithaca»; 5, Revólver «Colt»; 6, Ametralladora «Thompson»; 7, Revólver «Colt»; 8 y 9, Automáticas «Walther»; 10, Automática japonesa; 11, Revólver «Smith-Wesson» 38; 12, Automática alemana «Sauer»; 13, Automática «Colt» 45; 14, Automática alemana «Luger» 9 mm.



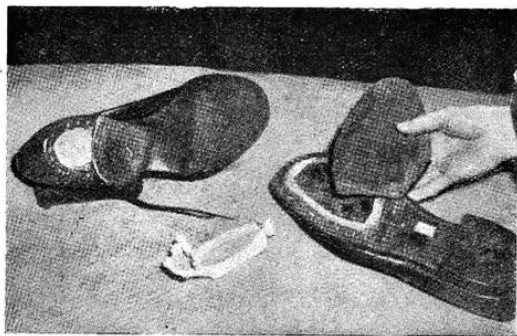
Edward Lithicum, «hijacker», detenido por el F. B. I., tras una resistencia desesperada; su carrera delictuosa terminó definitivamente.



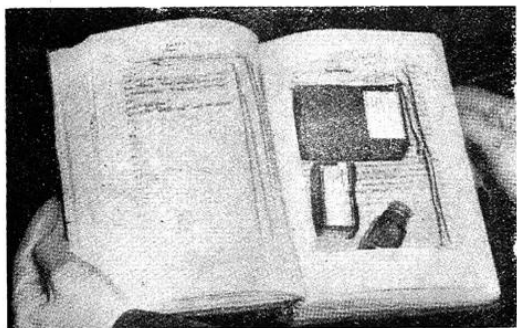
John Jones, cajero de un Banco, desapareció con el dinero encomendado a su custodia. Cambió de nombre y aspecto, pero los técnicos del F. B. I. demostraron la similitud de los rasgos de las firmas: «John Jones» y «T. Jonathan».



Los conductores de un camión fueron ligados y amordazados por varios «hijackers»; éstos cayeron, cinco días más tarde, en poder del S. A. C. del F. B. I. en San Francisco.



Brillantes, por valor de 200.000 \$, aparecieron bajo las suelas de los zapatos de un contrabandista; su ingenio no le sirvió de nada.



Un marinero pretendía introducir en Nueva Orleáns, la fatal droga denominada heroína, e hizo un hueco en un libro, cortándole el centro de las hojas; su afán de «lectura» le ha costado varios años de encierro.



Frank Costello



Frank Zuccaro



Tony Accardo (The Enforcer)



Joe Adonis

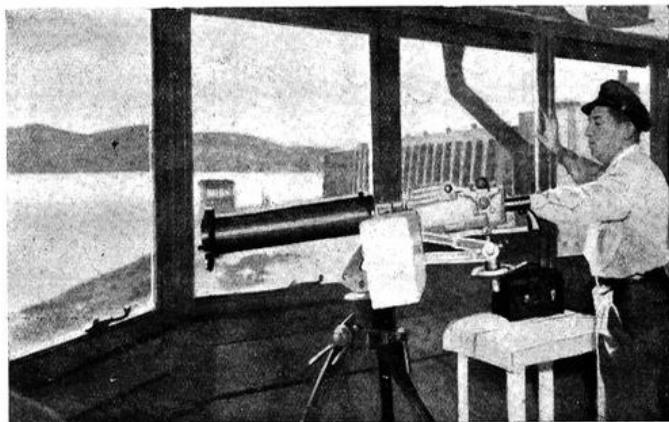


Tony Gizzo

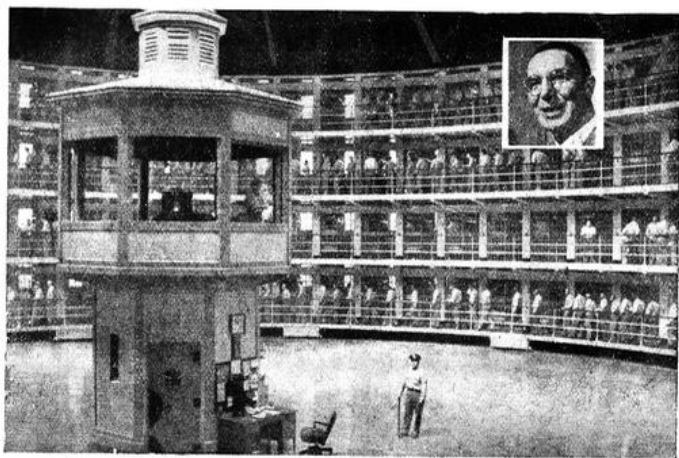


Mickey Cohen

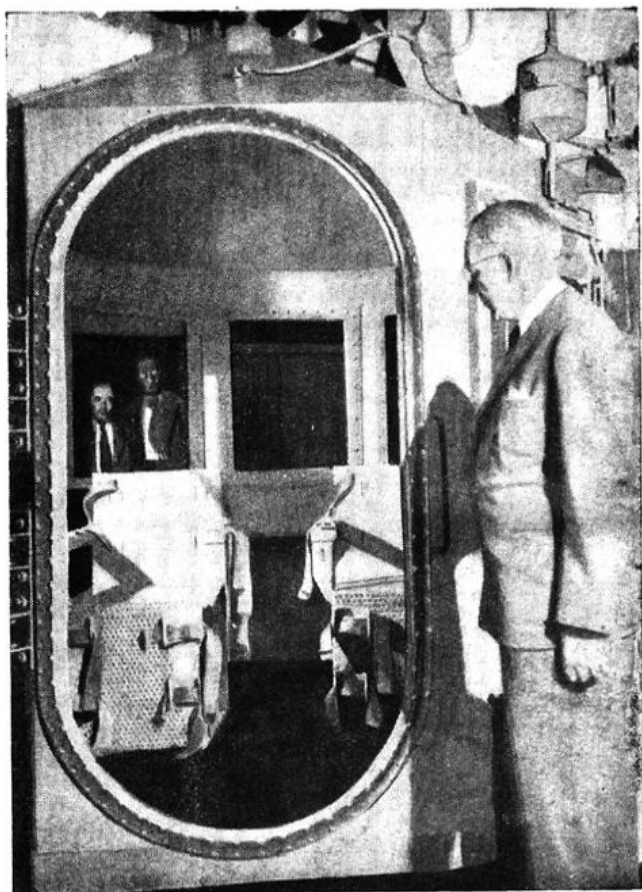
El F. B. I. tiene fichados a los siniestros cabecillas del «Sindicato del Crimen»; ninguno de ellos escapará a la acción de la Justicia, aunque pretenden pasar por honrados.



Día y noche se vigilan los alrededores del penal de San Quintín: nadie puede ayudar a la fuga de los presidiarios



El senador E. Kefauver ha utilizado los informes y los servicios del F. B. I. para encarcelar a los más temibles «gangsters».



El director del penal de San Quintín enseña la cámara de gas letal, postrer estancia de cuantos quebrantan el Quinto Mandamiento de la Ley de Dios.

Le sorprendió la detención del automóvil —sólo distinguía un bulto— y también que sonara una portezuela. Entonces, preguntó chillando:

—¿Qué ocurre, Zachary?

Su falta en la vista le hizo ignorar, hasta tenerlo cerca, que no se

trataba de su cómplice, sino de un individuo corpulento.

—¿Qué habéis hecho con este hombre?

La voz era grave y delataba cólera.

—Ha sido un acciden...—Aubrey no terminó la falsa explicación, porque recordó de súbito que aquella voz...—. ¿Quién es usted? —E instintivamente dió un paso atrás.

—Sí, Aubrey. Yo soy Alexander Kilker. Por fin te tengo cogido, culpable a todas luces, y pagarás lo que debes.

Y el inspector del

F. B. I.,

que vestía su atuendo de «taxista», se inclinó a examinar detenidamente al judío Cohn, por si llegaba a tiempo de salvarlo. No empuñaba ningún arma, ni siquiera se preocupaba de vigilar al expresidiario. Lo conocía demasiado bien y sabía de su cobardía innata aun cuando estuviera armado de una ametralladora.

Aubrey sentíase anonadado. Creía estar soñando o delirando. ¡Kilker había resucitado, o era un fantasma!... Ernest Morris lo asesinó hacía días. ¡No podía ser!... Sin embargo, era la voz de Alexander Kilker, del que lo encerró en la cárcel por muchos años...

En su aturdimiento, el expresidiario no captó el rugido cada vez más potente de un motor.

Era el Lincoln, conducido por Zachary, acercándose a toda velocidad por el centro de la carretera.

Kilker sí se dió cuenta y se apresuró a arrastrar el cadáver del judío hasta la cuneta, y poniéndose él mismo a resguardo. Sacó un revólver, con el propósito de detener el coche a balazos en las ruedas. No se había percatado de que Aubrey carecía de gafas, y cometió el error de no advertirle el peligro. Su atención se centraba en el vehículo que estaba ya a pocas yardas. Levantó el revólver, para apuntar a un sitio vulnerable.

El Lincoln no disminuyó la marcha. Pasó raudo junto al «taxi» parado, casi rozándole las aletas, y fue directo a embestir a Aubrey. Éste vió que el Lincoln se le echaba encima. Tuvo tiempo de saltar y rehuirle, pero el desconcierto y el terror le mantuvieron como enraizados los pies. Estúpidamente se cubrió la cara con las manos y empezó a gritar:

—¡Zachary! ¡No! ¡No me mates, Zachary!

Sus súplicas fueron desoídas por el negro que, con un brillo

homicida en sus ojos de fiera, iba encogido en el baquet, hurtando el cuerpo a los proyectiles que silbaban por encima de su cabeza. Kilker, al cerciorarse de las intenciones del conductor del Lincoln, intentaba contenerlo matándolo.

El Lincoln topeteó al hombrecillo, despidiéndolo por el aire con terrible empuje. Cayó la pelota humana sobre el macadam y las ruedas lo arrollaron. Tras el coche apareció tendido un cuerpo informe y sangriento.

El inspector del Fi B. I., apretó el gatillo de su revólver una vez más, apuntando ahora a las ruedas. Sonó el percutor solamente; el tambor había sido agotado. Y el Lincoln volaba, más que corría, en dirección a Nueva Jersey. Huía con el motor funcionando al máximo número de revoluciones, sobrepasando con mucho el límite de velocidad permitida: cuarenta millas en aquel Estado y en aquella carretera.

El vehículo era un punto en la lejanía cuando Kilker logró reponer dos de las cápsulas. Su impotencia le enrabiaba. Resaltaban abultados los tendones de sus manos cerradas sobre el arma como si pretendiera partirla.

Un ligero movimiento del yaciente en medio de la carretera, le obligó a dominarse. Kilker acudió junto a Aubrey. Éste se hallaba destrozado, moribundo.

—¡Aubrey!... ¡Escúchame!... —dijo el inspector, levantando un poco la cabeza del malherido—. ¿Quién es vuestro jefe? Debes decírmelo, Aubrey. ¿Cómo se llama vuestro jefe?

El expresidiario entreabrió los párpados. Su mirada turbia pareció aclararse por unos momentos y fijarse en la faz del hombre que estaba inclinado sobre él.

—¡Kilker!... —murmuró Aubrey, apagadamente—. ¡Kilker!...

—Sí, soy yo. Responde: ¿cómo se llama vuestro jefe? ¡Dímelo! Estás muriéndote. Aubrey. Ellos te han matado. Si me dices quién es vuestro jefe, yo...

El inspector del
F. B. I.,

no siguió hablando, pues el expresidiario dejó de respirar. Llevábase consigo su secreto.

Kilker empezó a registrarle los bolsillos, buscando algún dato que le revelase la identidad de los jefes de la banda. Halló los

brillantes, que se guardó; no obtuvo nada más de importancia. El registro del otro cadáver hubo de hacerlo precipitadamente porque oyó unos estampidos en la lejanía, las explosiones características de unas motocicletas. Averiguó el nombre y el domicilio del asesinado. Observó las señales de estrangulamiento.

Se dirigía apresurado hacia su coche, cuando le llamó la atención un rectángulo blanco destacando en la superficie oscura y lisa del macadam. Era la matrícula del Lincoln, desprendida al atropellar a Aubrey. La recogió; no quería que la Policía se mezclase en aquella investigación, por temor a que le enmarañasen los hilos de la intriga.

Arrancado el «taxi», Kilker aceleró a fondo, en dirección a Nueva Jersey. Le sería imposible alcanzar al Lincoln, por la ventaja que éste le llevaba, pero le convenía alejarse cuanto antes del lugar de los crímenes.

Volvió la cabeza, y a través del cristal de la ventanilla trasera distinguió dos puntos móviles: la pareja de la Policía motorizada. Continuó acelerando. Temía la velocidad endiablada de aquellas motocicletas. En cuanto descubriesen los cadáveres, uno de los policías se destacaría a toda marcha, buscando a los asesinos, mientras que el otro radiaría a los cuatro vientos se detuviera a los coches que transitasen por aquella carretera. Vigilarían los túneles Holland y Lincoln y también el puente de Washington.

Le inquietaba la inspección, pues muchos policías lo conocieron en «vida», y al verlo, quizá algunos ojos excesivamente perspicaces lo reconociesen y estimasen que era un «muerto demasiado vivo». La presencia de un «taxi» de Nueva York en Nueva Jersey no dejaría de llamar la atención.

El inspector del

F. B. I.,

optó por torcer a la izquierda en el cruce con la carretera que conducía a Carlstadt, para, dando un gran rodeo, entrar en Nueva Jersey por su parte norte. Pasaría la mañana en esta capital, y a la tarde cruzaría Hudson por el Washington.

V

UNA MUJER PELIGROSA



de la División del F. B. I.

en Nueva York habían trabajado de firme durante todo el domingo. Siguiendo las instrucciones del inspector Kilker habían obtenido las huellas contenidas en la carta que Aubrey dirigió a Ernest, citándolo para la primera entrevista en La Ballena. Aunque los Laboratorios del

S. A. C.

's carecían de la perfección del Central de Washington, las

obtuvieron con suficiente nitidez [2].

Establecida la clave clasificatoria de las huellas, no consiguieron encontrar ningunas iguales en las fichas de sus archivos. Por radio las transmitieron al Central y desde Washington respondieron que correspondían a Martin Sterlín, empresario-teatral, sin antecedentes penales, que solía hacer viajes de negocios a Europa, según rezaba su petición de pasaporte, con domicilio en el 115 de Riverside Drive; Anthony Aubrey, expresidiario, domiciliado en Chicago; y a una persona sin fichar en los Archivos Generales del F. B. I.

El mismo día, y también siguiendo las instrucciones dadas secretamente por el inspector Alexander Kilker, el inspector jefe de la División había ordenado a varios agentes especiales a sus órdenes que hiciesen una información completa de todo el personal técnico, artístico y administrativo del Teatro Diamante, de la calle Cuarenta y Dos.

La maravillosa máquina policíaca que es el Federal Bureau of Investigación funcionó durante todo el domingo y la mañana del lunes, y por la tarde se amontonaron papeles y papeles sobre la mesa del inspector jefe. Éste, conjuntamente con Ernest Morris, los examinaron.

El joven agente especial sufrió un sobresalto al leer:

«La *vedette* de la revista es Kitty Hollis, novia que fue de Cesare Capozzi, segundo de la banda de Paxton, exterminada por les agentes del

F. B. I.

Morris y Kilker, hace más de catorce años».

Continuaban otros datos sobre Kitty Hollis: nacimiento, filiación, domicilio, etc., pero el informe afirmaba que la *vedette* no había tenido ningún roce con la Ley.

—¡La novia de Capozzi!... —exclamó Ernest—. Aubrey también tuvo relación con la banda. No cabe duda que hemos dado un gran paso adelante, señor.

El inspector jefe comentó:

—Un empresario teatral y una *vedette*...

Le interrumpió la entrada de su secretario, que notificó:

—Acaba de recibirse un mensaje de la Policía de Nueva Jersey. Isaac Cohn ha aparecido esta mañana estrangulado en la carretera de Washington.

—¿Isaac Cohn? —repitió el inspector jefe, mecánicamente, pues su pensamiento estaba en Kitty Hollis y Martin Sterling.

—Sí, Isaac Cohn. ¿Recuerda, señor? —Detalló el secretario, al notar el olvido de su superior—. Lo teníamos fichado como sospechoso de traficar ilegalmente en piedras preciosas. El inspector Alexander Kilker lo interrogó una vez. Pero desde que murió, ese caso se dejó un poco aparte.

—Sí, ya recuerdo. Presencié el interrogatorio. Kilker tenía la evidencia de que era culpable, aunque no se encontraron pruebas. ¿Quién lo ha matado?

—Todavía no han descubierto al asesino. El caso parece bastante oscuro. Junto a Cohn encontraron el cadáver de un tal Anthony Aubrey.

—¿Aubrey? —preguntó vivamente Ernest Morris—. ¿También estrangulado?

—No. Tenía un balazo en el pecho y había sido arrollado por un vehículo.

El inspector jefe y Ernest se observaron, intentando adivinarse los pensamientos. Fue el primero quien ordenó al secretario:

—Que vaya un agente enseguida a Nueva Jersey, que obtenga un relato detallado de lo sucedido y una relación de cuanto se les haya encontrado encima.

Apenas hubo salido del despacho el secretario, el joven Morris manifestó:

—Es una mala noticia la muerte de Aubrey. Él tenía el secreto de...

Al quedarse callado, sin terminar la frase, su superior le preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué secreto tenía Aubrey?

—Me refería a que era el único en el sentido de...; él me citó. Ahora no sé a quién me enviarán, si es que me citan. Sería fatal que perdiésemos el contacto con ellos, por suponer que yo he intervenido en la muerte de Aubrey.

—No lo creo, Volverán a establecer contacto con usted por medio de otro enlace. Y, en último caso, ya sabemos de sobra para

actuar. En el Diamante tenemos una buena pista. Vamos a seguir examinando los informes por si apareciese otro...

Mientras el inspector jefe ojeaba los papeles, Morris, a su lado, fingía atender, pero su mente estaba ocupada en reflexionar sobre otro punto. Muerto Aubrey, perdía para siempre la esperanza de averiguar la verdad de lo ocurrido en la granja donde fue exterminada la banda de Paxton. A excepción de Kilker, ya no vivía ningún testigo de aquellos sucesos, y Kilker era, justamente, el testigo que menos garantía le ofrecía por ser el acusado.

Su gesto de desaliento fue captado por el inspector jefe.

—No se desanime, Morris. Aunque no aparecen en estos informes más personas sospechosas, fuera de estos dos que tienen antecedentes, pero desde hace años llevan una conducta irreprochable, se terminará con éxito la misión. Se ha avanzado mucho, en poco tiempo. Y, además, el inspector Kilker no suelta cuando ha mordido. Confíe en él. ¿Por qué no lo llama? Quizá le interese conocer pronto estas últimas noticias.

Se disponía a telefonear Ernest, de acuerdo con la sugerencia de su superior, cuando éste le advirtió:

—No lo haga por ese aparato. No hay necesidad de que se enteren en la centralilla de nada acerca de este asunto. Hágalo por éste, que es independiente.

Morris marcó. Tardaron unos minutos en descolgar el aparato al otro extremo de la línea. Era una voz de mujer.

—¡Diga!

—Olga: ¿es que no está el señor Hernán?

—Sí, espere un momento. Está en el cuarto de baño. Voy a llamarlo. ¿De parte de quién, por favor?

—De Andrew Bottie.

Transcurrieron unos instantes hasta que oyó la voz grave y sonora del inspector, diciendo:

—¡Hable! ¿Quién es?

—¿Recibió usted mi carta?

—No, pero he recibido su telegrama. ¿Por qué lo puso urgente?
—interrogó Kilker.

—Porque había prisa —repuso Morris.

—¿Qué ocurre? —se oyó preguntar ásperamente al inspector.

—Le llamé, esta mañana a primera hora, para comunicarle el

resultado de las huellas de la carta. No estaba usted, Kilker.

—No, salí de viaje. Un viaje corto e inesperado. Los negocios tienen eso, ¿sabe?

Por sus palabras se deducía que había alguien más en la habitación de Kilker.

Intrigado por el corto e inesperado viaje del inspector, Morris estuvo tentado de preguntarle detalles, más se contuvo.

—Las huellas encontradas en la carta pertenecen a Martin Sterling, que se dedica a negocios teatrales —el joven proporcionó a continuación los restantes datos, conseguidos sobre el tal Sterling, y prosiguió—: Y a Aubrey, y a otra persona no identificada acaban de comunicarnos que Aubrey ha muerto, asesinado.

Calló Ernest, esperando la reacción del inspector Kilker. Más éste parecía haberse retirado del otro aparato.

—¿Me ha oído? ¿Está usted ahí? —interrogó el agente.

—¡Claro! ¿Dónde quiere que esté: en el tejado? —replicó Kilker, malhumorado.

—Junto al cadáver de Aubrey se ha encontrado el de un judío llamado Isaac Cohn. Según tengo entendido, creo que en tiempos estuvo usted vigilándolo. ¿Qué relaciones podrían tener los dos?

—Ya lo averiguaremos —fue la lacónica respuesta.

—Eso ha ocurrido esta misma mañana, en la carretera que va a Wallington, Nueva Jersey. Aún no se ha detenido a los culpables.

—¿Qué más hay?

Indignó a Ernest la falta de interés de Kilker por la muerte de Aubrey. Pensó que el inspector se alegraba, en su interior, de la desaparición de un testigo en contra suya. Por ello, el joven preguntó, colérico:

—¿Le parece a usted poco?

Por el auricular le llegó la voz de Kilker, en tono de soberbia:

—Amaína, muchacho, o te sentaré las costillas en cuanto nos veamos. Ya estoy más que enterado de lo de ése. ¿Qué otra cosa hay?

A regañadientes contestó Morris:

—Resulta que la *vedette* del teatro Diamante, en la calle Cuarenta y Dos es Kitty Hollis, la novia de Capozzi, según los informes recibidos. ¿Recuerda usted a Capozzi?

La interrogación fue hecha con acento irónico, a sabiendas de

que irritaría al inspector. Sin embargo, y por una vez más, el joven agente se llevó una desilusión: Kilker no pareció haberlo notado, pues se le oyó decir, calmoso:

—Sí, muchacho; la memoria no me ha fallado hasta ahora. Es una buena noticia. Me suena ese nombre. ¿Qué más hay? ¿Tienes ya la lista que te pidieron tus nuevos amigos?

—Sí.

—¿Qué dice la información sobre el cliente nuestro del maletín?

—¿Cómo? No le entiendo. ¿A quién se refiere?

—Estoy notando que andas muy mal de memoria, muchacho. Me refiero a aquel que te entregó una carta, citándote.

—Ah, sí, ya. ¡Valentín Howard! Pues..., pues no, no me he acordado de ordenar aquí que investiguen...

—Nada de ordenar, hijo, que todavía eres el último mono del circo. A ti te toca rogar, pedirlo por favor, ¿sabes? Más adelante, si es que vives, posiblemente a algún perturbado mental se le ocurra subirte de categoría...

Rabioso, Ernest cortó la comunicación.

—¿Qué le ha dicho? ¿Por qué hace usted...? —le preguntó el inspector jefe, sorprendido por el descortés comportamiento del agente y su gesto de ira.

—¡No hay quien lo soporte!... Se cree que los demás somos esclavos suyos. En cuanto coge a uno en falta, ya está poniendo el grito en el cielo y tachándonos de ineptos. Tienen razón de sobra los que me lo dijeron.

—¡Calma, Morris! —le aconsejó, severo, el inspector jefe—. Está usted hablando de un superior suyo, que merece respeto y obediencia. Alexander Kilker puede muy bien permitirse el lujo de ser como es, ¿entiende? Además, ¿es que no lleva él razón? Para cuatro cosas que le encarga a usted, se le olvida hacer una.

La reprimenda del inspector jefe apabulló a Ernest por completo. Balbució excusas ininteligibles. Sentíase humillado, y aumentó su odio a Kilker.

—¿Quién es ese Howard? Deme el nombre y yo ordenaré que averigüen lo que usted desee —le dijo el inspector jefe.

—Valentín Howard. Se aloja en una pensión, El Hogar del Viajero, Clinton, ciento veintidós. Interesa su historial completo, sin que él se entere. No se trata de vigilarlo ni seguirlo en sus andanzas

actuales.

Después de anotarlo, el jefe de la División advirtió a Ernest:

—Insisto respecto a su comportamiento con el inspector Kilker. El otro día aseguré que entre usted y yo, juntos, no valemos siquiera lo que él. Y no ponga cara de duda. Me acuerdo de una vez que fuimos los dos atrapados por un trío de espías japoneses. Necesitaban saber lo que nosotros habíamos descubierto sobre ellos, para tomar sus medidas y poner la red a salvo del

F. B. I.

Sólo de recordarlo me entra dentera. Nos torturaron a gusto, a su estilo. No me avergüenzo en confesar que, a no ser por Kilker, yo habría cedido. Era para volverse locos. Yo les pedía de rodillas que me matasen de una vez. Si usted hubiese visto a Kilker, aguantando. Cuanto más le hacían, más los insultaba y desafiaba. Perdía el conocimiento, de dolor, y apenas lo recobrara, volvía a reírse de ellos. Les mentía, fingía sentirse vencido, y declaraba una sarta de falsedades tan bien hilvanadas, que les hacía perder tiempo en comprobarlo.

Y luego se reía de ellos a carcajada limpia, retuvo a punto de acogotarlos. Rompió las cuerdas que lo ataban a una columna, y a no ser por los pies —no pudo andar, tenía los dedos machacados—, hubiese, alcanzado al que logró sacar una pistola. Si tiene ocasión, fíjese usted en sus pies, cuando esté descalzo, y aprenderá a respetar a Kilker. ¿Usted cree que a otro le habría hecho yo caso en lo de facilitar la lista de agentes nuestros introducidos en Aduanas e Inmigración? Lo hago porque, si Kilker pide algo, es con sus buenos motivos, y arriesgo la vida de esos muchachos. No sabemos para qué querrá esa gentuza la lista. ¿Para matarlos? ¿Para sobornarlos?... ¿Qué sabemos? ¡Ande, ande, váyase!

Ernest estaba verdaderamente impresionado por el relato del inspector jefe. Salió del despacho con la cabeza inclinada y con la sensación de ser el hazmerreír de los empleados en la secretaría, aunque no hubiesen oído la conversación.

Poco después, su abatimiento fue trocándose en resentimiento contra todos. Se daba cuenta de sus errores, pero pensaba que los demás se los hacían notar demasiado y le reprendían como si fuese un niño. Todavía recordaba los años pasados en el orfanato. Y él había creído que, al salir de la Academia del

F. B. I.,
convertido en agente especial, recibía el espaldarazo de hombre, y ya nadie se atrevería a amonestarle o reñirle.

Tan enfadado estaba, que se marchó a su hotel, deseoso de aislamiento. El conserje le entregó una carta, dirigida a su nombre. El contenido, mecanografiado, decía:

«Acuda esta noche, sin falta, a las ocho, al vestíbulo
del teatro Diamante, calle Cuarenta y Dos. UN AMIGO».

La misiva tuvo la virtud de disipar, en parte, su mal humor. Cenó rápidamente —el ansia de acción lo embriagaba—, y a las ocho en punto entraba en el espacioso y rico vestíbulo del Diamante. Allí encontró a Valentín Howard, el de la nariz surcada por venillas rojas y de temblores de alcohólico.

No se saludaron. Val hizo un movimiento de cabeza, indicándole que lo siguiese, y tras él penetró Morris, por la puerta de entrada para los artistas. Recorrieron un largo pasillo, que bordeaba un lado de la sala hasta el escenario, y desembocaron en la parte destinada a los camerinos.

El calor era asfixiante y mareaba el olor a perfumes, a cosméticos y a sudor. Jóvenes de ambos sexos, con las caras tan maquilladas que de cerca semejaban máscaras, entraban y salían por unas y otras puertas. Ellas parecían empeñadas en ahorrar tela al empresario, y ellos, los boye, uniformados y casi idénticos, se diferenciaban únicamente en el mayor o menor grado de ondulación de su cabellera abrillantada. Al agente del

F. B. I.,
le dió náuseas la contemplación de la muchachada.

Las voces, los timbres, las risas, las conversaciones y la estruendosa y ramplona música que llegaba desde la sala eran capaces de marear al más tranquilo de los mortales.

—Entre aquí —indicó Val a Morris, señalándole una puerta con un «I» pintado en blanco.

El agente pasó sin llamar. No había nadie dentro. Tuvo la impresión de haber entrado en la habitación de un coleccionista loco. El camerino estaba partido en dos por un alto biombo de tela bordada de dragones y pagodas chinas. Sobre un tocador había infinidad de frascos, cajas y tarros destapados y churretosos,

mostrando sustancias de todas las densidades y colores. Lucía una bombilla encima del espejo, y a ambos lados colgaban de unas perchas pelucas rubias, negras, castañas, rojizas y hasta plateadas, lisas, onduladas y con tirabuzones, como si un antiguo piel roja hubiese escalpado las cabelleras de mujeres de las más diversas épocas y razas.

Ocupando las sillas, infinidad de prendas de vestir. Medias y zapatos tirados en los rincones, mezclándose un zapato de tacón Luis XV con una sandalia de pastora, una babucha con un escarpín de lentejuelas relucientes.

—Espere un momento —le rogó, atento, Val, dejando solo a Ernest en el camerino.

El joven echó una ojeada al otro lado del biombo. El desorden no era menor. Un pequeño y cuadrado baño azul claro estaba lleno aún de agua jabonosa. Vió unas cortinas, ocultando, sin duda, una puerta.

Volvió junto al tocador, y se entretuvo en mirar las fotografías sujetas a los ángulos del espejo. Eran de célebres artistas de la farándula y de la pantalla, dedicadas con expresivas frases a Kitty Hollis.

Ernest conocía poco, nada en realidad, de aquel ambiente. Desde el orfanato había pasado a vivir, en Washington, en una residencia exclusiva para huérfanos de agentes del

F. B. I.,

que cursaban estudios superiores, donde les obligaban a observar un horario rígido y una conducta ordenada, y después, en la Academia de Quántico, sólo disponían de libertad algunos domingos por la tarde.

En los días posteriores a la obtención del nombramiento de agente especial del

F. B. I.,

fue cuando, únicamente; se permitió ciertas expansiones en compañía de otros agentes veteranos.

Por ello, le habían chocado las coristas y los boys vistos de cerca y no desde una butaca. Los consideró como seres de otra especie distinta a la humana. Unas frases y unos gestos captados al cruzarse con ellos le habían extrañado sobre manera.

Escuchó un chasquido y, por reflexión en el espejo, vió abrirse la

puerta. Entró un individuo con traje azul marino y corbata de color de perla.

El joven giró sobre sus talones, quedando apoyado ligeramente en el tablero del tocador. El recién llegado, al que seguía el negro Zachary, ofreció su diestra, a la vez que saludaba:

—Señor Morris, ¿no? ¿Cómo está usted? Tenía ya verdaderos deseos de conocerle. Siempre es interesante conocer a un hombre de su valía. Soy Martin Sterling.

Pese a su figura esbelta y a su elegancia, Sterling no podía disimular que ya había traspasado la línea de la cuarentena. Gran número de arruguillas surcaban su piel tostada, de hombre amante de los deportes al aire libre, y las patas de gallo se acusaban junto a los ojos de un azul turbio.

En tanto que Morris contestaba al saludo, le observó bastantes canas en el pelo, rubio y ligeramente ondulado.

Al sonreír, con sonrisa vacía, de hombre de mundo, Sterling levantaba de manera especial, ladeándolo, el labio superior, sombreado por un bigote fino. La dentadura, blanca y de simetría perfecta, hacía admirar las obras maravillosas de los odontólogos dedicados a la estética dental.

—¿Fuma? —Sterling ofreció a Morris una pitillera de plata con rubíes incrustados formando una M y una S entrelazadas.

Tenía manos de mujer, delgadas y de dedos largos, y el esmalte brillantaba sus uñas. Una cadena de platino le ceñía la muñeca derecha.

—Bien, amigo Morris; somos amigos, ¿no es cierto? Yo le envié las cartas. Y estoy satisfecho de contarle entre nosotros. Más adelante, cuando haya ocasión, le daré una idea general de lo conveniente que será para usted su decisión de unírseos voluntariamente. Odio las violencias innecesarias, y usted parece que también. Escuché su confesión, recogida en la cinta magnetofónica, y no creo equivocarme al asegurar que usted es un joven lleno de ilusiones y de afán por triunfar en la vida. Yo seré muy gustoso en ayudarle económicamente si usted cumple bien.

Morris aguantaba el prólogo, poniendo cara de colegial en el momento de recibir el premio y los consejos del maestro; pero interiormente le enfadaba el gesto de Zachary, que, detrás del otro, sonreía, desdeñoso, como si aquel discursito ya lo hubiese

escuchado un centenar de veces.

Sterling terminó preguntando:

—¿Se ha acordado de traer lo que Aubrey le encargó la otra noche?

—Sí.

Y el joven le entregó la lista de nombres de agentes del F. B. I., introducidos entre los funcionarios de Aduana e Inmigración de Nueva York. Sterling le dió una ojeada detenida. Con una leve sonrisa, de complacencia, murmuró:

—No podían ser otros —y levantando la vista, dijo—: Gracias, Morris. Quiero corresponder a este favor suyo...

De un abultado billetero extrajo cinco billetes de cien dólares. El del

F. B. I.

se los guardó en un bolsillo del pantalón, sin examinarlos siquiera.

—Y, ahora, amigo Morris, necesitábamos de usted otro pequeño servicio.

—Antes de que siga hablando, Sterling, voy a hacerle una advertencia para que no existan malentendidos. Yo no soy uno de éstos, ¿eh? —El joven indicó con una mirada despreciativa al negro—. Maté al inspector Kilker porque lo creía deber mío, pero no mataré a nadie por lucro o porque ustedes me lo manden, con amenazas. ¿Queda claro? Siga hablando.

El elegante individuo pareció impresionado por las palabras de Ernest. Luego, sonriendo, manifestó:

—Pues, claro, que usted es distinto a éstos, amigo mío. Bien loco estaría yo si no supiese lo que puedo esperar de usted. A cada hombre mío le corresponde una especialidad.

—Hay otra cosa más que deseo advertirle también —le interrumpió, osado, el joven—. Si usted es el jefe de todo esto, no vuelva a enviarme instrucciones por medio de un cualquiera. No escucharé a Aubrey ni a otro que no sea usted. Me molestan los intermediarios. Llevando este doble juego sé a lo que me expongo, y no me interesa que me echen del

F. B. I.,

o me metan en la cárcel, y tampoco que usted mande matarme figurándose que le he desobedecido por una mala interpretación.

Entendiéndonos los dos directamente, las cosas marcharán mejor. Y no piense que tengo curiosidad por conocer sus asuntos. Usted encárgueme lo que sea, con la excepción hecha, y yo lo haré si usted me paga el servicio.

—Bien, bien, amigo Morris —dijo Sterling, cordial, aunque se le notaba molesto por la rebeldía del agente—; así se habla entre caballeros. Justamente iba a encargarle de una misión de poca importancia. Mañana por la mañana acudirá usted al muelle setenta y cuatro, hacia las diez. Atracará un barco holandés, el «Texeb», y entre los pasajeros encontrará usted a éste. —Sterling sacó una fotografía de un individuo alto y seco, con aspecto de profesor en Química y Física—. Tome, guárdese la foto, para identificarlo. Sabemos que en la Aduana se ha recibido, de Amsterdam, un aviso de que trae contrabando; joyas, concretamente. Los aduaneros registrarán su equipaje, y a él de arriba abajo. Usted déjelos hasta que se dispongan a desnudarlo. En ese momento, intervenga usted, alegue que lo reclama en nombre del

F. B. I.

por cualquier causa que parezca de gran importancia, y sáquelo del puerto, como detenido. Después, Zachary les estará esperando...

Calló Martin Sterling al abrirse la puerta del camerino. Entró, como un torbellino, arrollándolo todo, una mujer ataviada igual, pero menos, que la compañera de Tarzán en la selva. La cabellera, larga y negrísima, le caía sobre los hombros.

Al ver al desconocido, se paralizó y se puso seria. No era una niña. Tendría los treinta y cuatro bien cumplidos. La simplicidad de la vestimenta ponía de relieve la belleza de su cuerpo, y era alta aun cuando sus piernas perdían esbeltez por ir descalza.

—Kitty: te presento a Ernest Morris, agente del

F. B. I.

—dijo Sterling.

Los ojos de ella, verdes y grandes, dos lagos gemelos, miraron fijamente al visitante. A continuación, con un mohín gracioso —sin duda repetido mil veces en escena—, comentó, burlona:

—¡Huy, qué miedo!... ¡Qué emoción ver al natural a uno del

F. B. I.!

No creía yo que fueran tan guapos.

Muy a su pesar, Morris enrojeció, y cuanto más se tachaba

mentalmente de estúpido, más se ruborizaba. En la mirada de aquella mujer no solamente había malicia, sino, también, provocación descarada. Le salvó del apuro la entrada de otra mujer de pelo canoso y cutis ajado por los años, que vestía un sencillo traje de chaqueta, de color marrón oscuro.

—Pero ¿estás así todavía, Kitty? —preguntó, enfadada, con voz ronca, desagradable.

—¡Ay! Ya voy, Matilde; es que tenemos una visita muy importante y...—Kitty Hollis corrió a esconderse tras el biombo, seguida por la del traje marrón.

Sterling volvió a dirigirse al agente del

F. B. I.:

—Zachary les estará esperando, con un coche. El llevará instrucciones mías.

—Preferiría a Aubrey —manifestó Ernest, intentando averiguar si la banda conocía ya el final del hombrecillo.

—Aubrey ha sufrido un grave accidente —declaró Sterling, mientras su frente se arrugaba en un gesto de preocupación—. Ha muerto. ¿No ha leído usted los periódicos de la noche?

—No.

—Si le interesa el caso, deles un vistazo. Por cierto que... ¿Hay entre ustedes alguno que...? ¿Conoce usted a un «taxista» recio, que tenga autorización para llevar armas de fuego?

—No, no conozco personalmente a ningún «taxista» —repuso prontamente el joven.

—Es que a Aubrey lo mató un hombre así, esta mañana. Y no sabemos quién es.

—¿Quién lo vió? —interrogó Ernest, visiblemente excitado, pues pensaba en el corto viaje del inspector Kilker.

Sterling no contestó a la pregunta. Con una mueca que pretendía ser una sonrisa, dijo:

—Aubrey cometió una equivocación y le costó la vida. Lo peor es que hemos perdido un lote de brillantes. Se lo pagaría bien, Morris, si nos diese usted información sobre el «taxista» ése. Ténganos al corriente de los pasos que da la Policía, porque ese caso no será de la competencia de ustedes, ¿verdad? Además, ha sucedido en Nueva Jersey.

—No, nos incumbe a nosotros —mintió el joven agente del F,

B. I.—. El que lo mató era un «taxista» recio, fornido, ¿no?

—Sí. Con chaqueta de cuero.

—Quien lo vió, ¿no pudo fijarse en la matrícula de su coche?

Zachary se descubrió él solo, al aclarar:

—No estaba yo para fijarme en numeritos. El muy perro me tiraba a dar.

—¡Ah! ¿Lo presenciaste tú? —le preguntó el del

F. B. I.

Entonces, antes de que contestase el negro, intervino Martin Sterling:

—Sí, pero olvídelo, Morris; será mejor para usted. Y acuérdesese de que le daría cinco de los grandes si me proporcionase la pista de ese «taxista».

—Se quedó con los brillantes, ¿no?

—Nadie más que él puede tenerlos —aseguró Zachary, en mal tono—. La Policía no los tiene. Si algún día me lo echo a la cara...

—¿Lo reconocerías? —preguntó Morris.

—No sé, creo que sí. No llegué a verlo bien, pero...

En aquel momento alguien llamó a la puerta del camerino, y seguidamente entró una joven, en traje de noche, maquillada también, aunque en menor grado que Kitty y las coristas. Era rubia, de cuerpo menudo pero bien formado; una espléndida promesa de mujer, pues no tendría más de veinte años. Pasó con cierta timidez reflejada en sus ojos azules.

—¿No está Kitty? —Su voz sonó argentina, musical, de acuerdo con su expresión de ingenua.

—Aquí hay un trozo, encanto —voceó la *vedette* desde el otro lado del tabique—. ¿Querías algo? Espera un momento, que ya estoy casi vestida. Ahora mismo salgo.

—Hola, Elisha. Estás guapísima —piropeó Sterling a la muchacha—. Aprovecho la ocasión para felicitarte. Estás estupenda en tu «papel». ¿Qué?... ¿Cuándo te decides a bailar y a cantar?

—Oh, no —protestó la joven, que apenas había mirado al agente del

F. B. I.

—. Soy muy sosa para eso, y, además, prefiero ser actriz de comedia. Como Kitty hay pocas, y de vicetiple no me gusta: más que recitar es exhibir.

Rió Sterling, al que secundó el negro, a la vez que éste aseguraba:

—Bailar es un arte, preciosa. Yo te enseñaría a danzar, con mucho gusto.

La llamada Elisha se alejó un paso del negro. Morris creyó leer miedo en sus ojos.

—Procura, Zachary, no extralimitarte con la señorita Neal. Elisha es distinta a las demás —le amonestó Sterling.

—¿Qué dices tú a la chica, negro sucio? —le increpó Kitty, apareciendo, vestida de amazona, con una blusita de seda blanca ceñida al pecho y pantalones breeches.

—Yo..., yo... nada —tartamudeó Zachary.

Sin hacerle el menor caso, la *vedette* sentóse ante el tocador, al mismo tiempo que decía a Elisha:

—Hola, bonita. Voy a presentarte a un muchacho de los buenos.

Y Morris fue presentado a Elisha Neal.

—¿Conoce usted un escenario por dentro, señor Morris? ¿No? —Kitty hablaba en tanto que se repasaba el perfil de las cejas con la habilidad de quien lo hace varias veces cada día—. Anda, Elisha, acompaña le tú. Y colócale en un buen sitio entre bastidores. Hasta que hayas de salir a escena, acompaña le; es nuestro invitado de honor. ¡Adiós, Morris! No olvide que Elisha es un ángel —recalcó la *vedette*, significativamente, advirtiéndole, así, que la muchacha «no sabía nada»—. Espero que nos veremos con frecuencia.

—¿De acuerdo, Morris, en el encargo, mejor dicho, en los encargos? —le interrogó el elegante Sterling, ofreciéndole la mano.

—Sí. ¡Buenas noches!

Los dos jóvenes salieron del camerino. Elisha iba un poco adelantada, haciendo de guía. Subiendo unos escalones se encontraron en el escenario, inmenso, perdidos los telares en lo alto. Detrás del telón de fondo se amontonaban muebles y objetos trasladados de una parte a otra por los tramoyistas. Dos hileras de coristas aguardaban la entrada en escena, conversando en susurros. La orquesta no tocaba en aquellos momentos y oíanse las carcajadas del público en la sala, celebrando un diálogo chistoso.

—Colóquese aquí, señor Morris; lo verá muy bien y no le estorbarán —le invitó la joven, señalando el hueco entre un bastidor y una bambalina.

Pasó el agente y detrás, junto a él, se situó Elisha.

El diálogo lo mantenía una pareja de enamorados tímidos. Las incidencias a que daba lugar la declaración de amor hacían las delicias del «respetable». El mismo Ernest tuvo que reírse. Seguidamente sintió como vergüenza, y miró a su acompañante, en la esperanza de que ella no lo hubiese notado. La muchacha estaba observándole a hurtadillas.

—¡Claro! Usted estará aburrida de escuchar siempre lo mismo, ¿no, señorita Neal?

—Por favor, hable más bajo, señor Morris. Sí, claro; pero tiene gracia. El libreto no es malo, excesivamente atrevido, tal vez, y la música no es mala dentro de la que hoy se acostumbra a hacer para revistas.

—Antes dijo usted que no le agradaba esta clase de teatro...

—No, en absoluto. Las que triunfan ganan mucho dinero..., pero mi vocación es ser actriz de alta comedia. Entré aquí porque es muy difícil ingresar en una compañía buena; los empresarios quieren actores conocidos.

—¡Ah! Entonces ¿es más fácil ingresar en una compañía de género frívolo? —preguntó Ernest, deseoso de prolongar la conversación.

—No, no lo crea. Gracias a que mi hermano conocía a Sterling... Sobramos mujeres para todo. Ser chica de conjunto es aburrido, enojoso y agotador, y, sin embargo, también sobran candidatas.

—¿Tiene usted mucho «papel»?

—Muy poco para lo que yo quisiera. Y, además, es un «papel» falso, nada humano. Voy perdiendo la esperanza de llegar a ser una figura. Mi hermano está deseando que me canse; no le agrada que sea artista. El día menos pensado vuelvo a cuidarme de la casa únicamente.

—Opino que su hermano tiene razón. Una mu chacha como usted no encaja bien en este ambiente. Se le conoce que está muy..., muy por encima de este mundo... Si yo hubiese tenido una hermana, nunca le habría permitido dedicarse al teatro. Forzosamente, de tanto fingir, creo que los artistas fingen hasta cuando duermen.

Sonrió ella. Sus suaves rasgos formaban un conjunto encantador, sin siquiera expresión de picardía, todo lo contrario de Kitty Hollis.

El agente del

F. B. I.,

estaba maravillado de su propia habilidad en mantener sin baches la conversación. Él siempre había temido que le faltasen pensamientos y palabras cuando se encontrase con una muchacha formal. Eran bastante informales las contadas chicas que él había tratado.

—¿Son muy amigos su hermano y Sterling? —interrogó Morris, recordando por un instante su deber profesional.

—Sí, desde hace tiempo. Si no me equivoco, me parece que fueron condiscípulos.

—¿Vive con su familia, o tiene hogar aparte?

—Vive conmigo. Sólo somos tíos hermanos. Mis padres murieron, Oiga: ¿acaso es usted policía? —preguntó ella, sonriente, en broma—. Está usted haciéndome la ficha. Ahora me corresponde a mi llevar la batuta en el interrogatorio, ¿no? Además estoy intrigada. ¿Quién es usted? Bueno, ya sé que se llama Ernest Morris, pero quiero decir a qué se dedica. ¿Por qué Sterling y Kitty parecen tener interés en agasjarle? No es ésta la palabra precisamente, pero...

—No entiendo a qué se refiere, señorita Neal.

—Verá, aun traicionando un poco a mis amigos, le diré que me mandaron llamar a su camerino. Nunca lo hacen. A Kitty no le gusta que la molesten otros de la compañía. Y Sterling... Sterling es un tipo estirado... Pensé que me llamaban por algo mío, o de mi hermano. Lo único ha sido encargarme de que cuidara de usted. No tiene usted cara, ni barriga, de empresario teatral. Si así fuese, dígamelo, por favor, y trataríamos inmediatamente de mi contrato.

La joven parecía hablar sinceramente, en lo que concernía a las actividades de Morris. Este dedujo que Elisha Neal no pertenecía a la banda. En vez de mentir —no sabía por qué le repugnaba engañar a la muchacha—, soslayó la respuesta, bromeando también.

—¿Qué más desearía yo, conociéndola, que ser empresario de un negocio así? Sería usted la primera figura, porque se lo merece por bonita y, sin haberla visto trabajar, lo juraría, por buena actriz.

Ella sonrió, complacida, y el halago le hizo olvidar su pregunta. Se disponía Morris a reanudar la conversación, cuando se retiraron

de escena los enamorados y se apagó la luz en el escenario, durante unos segundos. Se oyó el chirrido de unas poleas en los telares y el telón fue izado rápidamente. Los tramoyistas trabajaban con una diligencia pasmosa, sin vacilaciones ni tropiezos, y con sumo sigilo. Quedó preparada la escena para el número siguiente. Se encendieron las luces de la batería, y se ofreció al público una decoración de campo, con árboles corpóreos.

La orquesta comenzó a tocar, e irrumpieron en escena las vicetiples, ataviadas de amazonas, muy especiales, con sendas fustas que agitaban sincronizadamente, a la vez que evolucionaban y cantaban con maullidos de gato descalfificado.

La representación se animó todavía más con la entrada de los boys, disfrazados de caballos, caballos también muy especiales, a los que sólo faltaba relinchar.

Y, por último, Kitty Hollis, la *vedette*, arrancó silbidos con su presencia —la claque estaba bien amaestrada—, y cantó una letrilla que alababa las delicias de montar a caballo y galopar por las praderas del amor. Más que la letra —burda y sin sentido— gustaban al público los gestos, las entonaciones y los ademanes de la *vedette*.

—Tiene gracia —comentó Morris.

—Tiene «tablas» —aseguró su joven acompañante que, a los pocos minutos, se despidió, diciendo—: Perdóneme. He de cambiarme de ropa y ya me queda poco para salir. Me alegro mucho...

—Me quedaré a verla, si no la pongo nerviosa. —Oh, no; los nervios se van perdiendo poco a poco, con el tiempo. ¡Gracias!

Iba a alejarse la joven, cuando Morris la retuvo por una muñeca, solicitándole:

—¿Me permitirá acompañarla después, cuando termine?

—Lo siento, señor Morris —lamentó ella retirando la mano—. Espero a mi hermano y... ¡Adiós!

Ernest estuvo contemplando a Elisha hasta que desapareció por la puerta que conducía a los camerinos.

Volvió a fijar la vista en el escenario, el número terminaba. Los coristas comenzaron a salir. Pensó Morris que pronto vería a Elisha en escena. Kitty Hollis había terminado de cantar la última estrofa y agradecía, con inclinaciones y sonrisas, los silbidos y el pataleo del

público expresando su satisfacción.

—¿Me permite pasar?

Era Matilde, la asistente de la *vedette*, solicitando le permitiera el paso al escenario, apenas fueron corridas las cortinas. El agente pegó la espalda cuanto pudo al bastidor, y a pesar de ello la mujer tuvo que rozarse con él.

Morris sintió que unos dedos le cerraban su izquierda después de colocarle algo en la palma. Fue en un instante. Y no había reaccionado aún de su sorpresa cuando Matilde ya se encontraba escoltando a Kitty a salir por el lateral opuesto.

Lo que la mujer del pelo canoso había colocado en su mano era una bolita de papel. Con disimulo lo desarrugó. Estaba escrito a, mano, con lápiz.

*«Tengo mucho Interés en verle esta noche, a las
once, en el bar Cuarenta y Cuatro Este. Es muy
importante
Richardson's,
».*

No había firma, ni siquiera «UN AMIGO».

Pensativo, Ernest se guardó el papel. Enseguida supuso que se trataba de Kitty. Seguramente, la *vedette*, después de conocerlo, proyectaba revelarle algo trascendental. La maniobra de utilizar a su asistente como mensajera indicaba que lo hacía a espaldas de Sterling.

Un optimismo sin límites se apoderó del joven agente especial. Él sólo ultimaría el caso.

Le sobraba tiempo para acudir a la cita, y esperó a la aparición en escena de Elisha Neal. Sufrió una verdadera decepción al verla actuar. La muchacha era mala actriz, le faltaba «sinceridad» al decir el «papel». Resultaba fría de gestos, monótona, falsa; todo lo contrario que ella era en su vida real. Se salvaba del abucheo del público gracias a su linda figura.

Aquella pobre actuación de Elisha terminó satisfaciendo a Ernest. Que ella no tuviese «madera» de actriz era un tanto a su favor; a él no le agradaría enamorarse de una comediente.

No obstante, por temor a tropezarse con ella y no saber

felicitarle mintiendo, salió antes del teatro, y andando despacio se dirigió hacia la calle Cuarenta y Cuatro.

Mientras caminaba, Morris hizo una recapitulación mental de cuánto había sucedido en el teatro desde su entrada. Dedujo que el cabecilla de la banda era Martin Sterling. Lo conceptuaba hombre de experiencia, lo suficientemente listo para crear una organización de criminales sin él dar la cara ni mancharse las manos. Había creído que Kitty estaba compenetrada con Sterling, pero la nota significaba otra cosa... El negro y Valentín Howard eran simples pistoleros, como tendría otros aún desconocidos para él. Aubrey valía más que Zachary y Val, y...

Al acordarse de la muerte de Aubrey recordó lo oído en el camerino referente a su asesinato. No le cabía duda ninguna de que el inspector Kilker había matado al expresidiario y el motivo estaba bien claro: eliminar al único testigo del crimen cometido en la granja.

Ernest se imaginó, a su modo, lo ocurrido en la carretera a Wallington: Kilker seguía, en su «taxi», a Aubrey y a Zachary en compañía del tal Cohn, al que iban a dar el medio paseo, según costumbre de los gangsters durante la Ley Seca. Zachary. —Aubrey carecía de fuerzas para estrangular a un hombre— se encargaría del asesinato, junto a la cuneta, mientras Aubrey vigilaría por si se aproximaba otro coche. Kilker pasó a toda velocidad y aprovechó el buen blanco que ofrecía Aubrey para dispararle. Zachary, asustado, huiría en dirección contraria, tras apoderarse de las joyas que Sterling consideraba desaparecidas.

Estaba bien clara la culpabilidad de Kilker, a juicio suyo.

Ernest se propuso ocultar al inspector su avance en la investigación. No le daría ninguna probabilidad de que fuese matando a cuántos pudieran contar algo del asesinato de Joe Morris, su padre.

En consecuencia, no le llamó por teléfono, ni le llamaría en lo sucesivo.

El bar

Richardson's

estaba casi desierto. Era un local de poca categoría. No vio a nadie conocido y tomó asiento en uno de los taburetes que se alineaban a lo largo de la barra.

La espera se redujo a unos minutos, y su sorpresa fue grande al ver entrar a Matilde, la asistente de Kitty. La mujer le hizo seña de que la siguiese, y juntos pasaron a un pequeño y destartalado reservado. Ella conocía el lugar. En cuanto el camarero les sirvió, la mujer empezó a hablar. Parecía más joven con la boina que le ocultaba gran parte del pelo.

—Veo su extrañeza, señor Morris, y seguramente se estará preguntando qué puedo decirle yo de interés. Comenzaré por confesarle que Capozzi, el hombre de mayor confianza de Paxton, era mi hijo.

El agente del

F. B. I.,

se sintió interesado inmediatamente. Ella, una vez conseguido el efecto deseado, prosiguió, con su voz áspera:

—Me bastó enterarme de que usted había matado a Kilker para tenerle estimación. Como usted sabrá, Kilker mandó a la silla eléctrica a mi hijo. Me robó a mi Cesare —las lágrimas empañaron los ojos de la mujer—. No es que fuese inocente, desde el punto de vista de los demás, pero para mí sí lo era, porque mi hijo me quería mucho y hubiese llegado a ser alguien en el mundo si Kilker no...

Los sollozos ahogaron la voz de Matilde. Morris la contemplaba en su llanto, y estaba atónito por aquella interpretación tan descabellada de la justicia. Para él, Capozzi, un forajido, había pagado lo que debía a la sociedad. Lo de Kilker era un asunto distinto...

Matilde terminó limpiándose las lágrimas, y un sorbo del licor servido pareció darle ánimos.

—En fin, no es lo que me ha traído aquí hablarle de mi desgracia. Es otra cuestión. Empezaré por el principio, para que usted conozca toda mi historia. Cuando mi hijo estaba en la cárcel, hablé con él. Me reveló el sitio donde Paxton y él habían escondido lo robado a un holandés. Como él sabía que no tenía escapatoria, me lo dio a mí, a su madre, y no a esa puerca de Kitty, que por entonces era su novia. Mi hijo no se fiaba de ella, aunque me recomendó que le diera una parte. Y yo, por cumplir la última voluntad de Cesare, así lo hice. Fué una equivocación que pagaré toda mi vida. Kitty se alió con Sterling, y entre los dos me quitaron todo, amenazándome con denunciarme a la Policía y hasta con

matarme. ¿Qué remedio me quedaba sino dárselo, si yo era una pobre, mujer sin nadie en el mundo, si a mi único hijo ya lo habían matado?

De nuevo lloró la mujer, Ernest notábase contrariado. Una de sus suposiciones, de sus creencias, más bien, acababa de derrumbarse con la declaración de Matilde: el botín robado al holandés por Paxton, no cayó en manos de Kilker después del asalto a, la granja.

Se disponía a hacer una pregunta a la mujer, mas ella reanudó su relato y no se atrevió a interrumpirle.

—Menos mal que Kitty se apiadó de mí un poco, y me tomó como doncella suya. Gracias a eso he podido vivir durante estos años, pero usted comprenderá mi sufrimiento y mi odio a Kitty y a Sterling, aunque me han prometido que si los negocios van bien, me restituirán una parte. Yo soy ya vieja, y lo que deseo es tranquilidad y no este ajeteo que terminará matándome antes de tiempo. Y al conocerlo a usted, creo que ha llegado mi revancha. Ellos dos se han reído de mí, me tratan peor que a una criada y, lo que no les perdono, se burlan de la memoria de mi hijo. Kitty no supo ser fiel al cariño de mi Cesare, como yo lo he sido y lo seré hasta que me muera. Usted pensará que ella era joven y tenía derecho a empezar de nuevo su vida. No. Mi hijo valía tanto, tanto, que su novia debía haberle permanecido fiel siempre, ¡siempre!

La mujer se había excitado sobre manera y en sus ojos lucía el fanatismo por su hijo. Los «siempre» los silabeó roncamente, acompañándose de puñetazos en la mesa.

—El otro día llegaron a decirme que mi Cesare no tenía inteligencia, que únicamente era un buen pistolero. ¡Eso no se lo perdonaré nunca! Mi hijo valía mucho más que el mismo Paxton. He de verlos muertos, y por eso necesito la ayuda suya, señor Morris.

—¿Mi ayuda para eso? —preguntó el agente, extrañado—. ¿No sabe usted que me tienen bien cogido, por lo de Kilker?

—Sí, lo sé, porque les escucho cuando hablan. Yo me entero de todo —aseguró la mujer, con expresión de arpía—. Pero yo sé que usted no será nunca un hombre como mi hijo. A usted le faltan agallas. A usted, si no fuese por el paso que ha dado, le gustaría servir fielmente al

F. B. I.

Usted obedece a Sterling, a la fuerza, porque tienen su confesión. ¿No es así?

El silencio del joven fue señal de asentimiento. Matilde prosiguió diciendo:

—Pues si usted me ayuda, yo le ayudaré.

—¿Cómo?

—Antes o después sabré dónde guardan el trozo de cinta de ese aparato y se lo quitaré. Usted mismo lo destruirá, y ellos se quedarán sin pruebas contra usted. ¿Qué le parece?

La proposición que le hacía Matilde dejó estupefacto a Morris. Si él hubiera asesinado realmente al inspector Kilker... Pero, en sus circunstancias, tratándose de una comedia... No supo qué responder, y otra vez la mujer lo consideró como señal de conformidad.

—Y no es solamente eso. Voy a hacerme con los nombres de todos los agentes que tienen en Europa, los «ganchos» para el negocio de seguros de los contrabandistas de piedras preciosas, y me agenciaré las pruebas necesarias de sus «golpes» para que vayan derechos a sentarse en silla. Esto se lo proporcionaré a cambio de que el

F. B. I.

me dé el suficiente dinero para vivir bien el resto de mi vida. ¿De acuerdo, señor Morris? Usted es un caballero y yo confío en usted. ¿De acuerdo? ¡Deme su palabra!

Y Ernest Morris, embriagado por las promesas de Matilde, saboreando por anticipado el resonante triunfo que obtendría, contestó:

—Si cumple cuánto ofrece, tiene usted mi palabra.

Posiblemente para celebrar el acuerdo, la mujer se bebió de un trago el contenido de la copa. Después se puso en pie y se estiró la falda.

—Deseo que me conteste a una cosa —dijo Morris—. Cuando usted visitó a su hijo en la cárcel, ¿le contó con detalle lo sucedido en la granja? ¿Le habló de que Kilker había matado a mi padre, al otro agente del

F. B. I.?

—Sí, me lo contó todo. Mi hijo no tenía secretos para mí. Concretamente, me habló de eso, porque era su única esperanza de

escapar con vida. Él vió a Kilker matar al otro agente, sí, al padre de usted. Mi hijo no lo denunció hasta ver si le servía de algo. Luego, como hombre que era, cantó. Pero Kilker fue listo y embaucó después a Aubrey para que declarase lo contrario.

Juntos salieron del bar, y en la calle se despidieron.

Ernest tomó un «taxi» para ir a su hotel. Las ideas le hervían en el cerebro y no le dejaban reconcentrarse y razonar. Pensaba que el triunfo estaba a su alcance. Con la providencial complicidad de Matilde, no tardaría en destruir a Sterling y a los suyos. Sería un paso gigantesco en su carrera. Y Kilker quedaría en ridículo a los ojos de los compañeros, después de haber tramado un plan que, en principio, pareció ingenioso, aunque el verdadero mérito no radicaba en el planteamiento, sino en el desarrollo. Y Kilker pagaría la deuda. Llegaría la ocasión propicia... Matilde podría acusar...

Al cruzar el *hall* del hotel, el conserje de noche le notificó, a la vez que le entregaba la llave del cuarto:

—Le ha llamado repetidamente el señor Hernán. Ha dejado dicho que, en cuanto usted llegase, no olvidara telefonearle.

—Gracias. Sin embargo, si vuelven a llamar, él u otra persona, no me ponga la comunicación. Díganle que no he venido. Igual, si se presenta alguien personalmente. ¡Buenas noches!

Ernest Morris subió en el ascensor. Aquella noche dormiría espléndidamente, con la satisfacción de haber empleado bien la jornada. Y al día siguiente, de acuerdo con las instrucciones de Sterling, acudiría a...

VI

LAS CONSECUENCIAS DE UN ERROR



—¡Maldito sea! —dijo tarde, Ernest Morris, al muelle 74. Le informaron que los pasajeros del «Texel» ya se encontraban en Inmigración y Aduanas. Valiéndose de su insignia, pasó a este último departamento. Por el trayecto, en el «taxi», había contemplado la fotografía recibida de Sterling. Descubrió al pasajero discutiendo acaloradamente con un inspector de aduanas y un

P. P. O.

[3].

—¿Qué van ustedes a registrarme más? —preguntaba, irritado,

el individuo de la fotografía, alto y más reseco que un sarmiento—. Me han puesto patas arriba las maletas, me han examinado hasta la pelusa de las costuras del traje, la estilográfica la han mirado como si contuviera dinamita y por poco más me arrancan las suelas de los zapatos.

—Está bien, no alborote. Si usted no lleva encima contrabando, no tiene por qué negarse a acompañarnos; perderá únicamente unos minutos. ¡Vamos! No nos haga emplear la fuerza.

—Es indignante que traten ustedes así a las personas honradas —protestaba el individuo con apariencia de profesor en Física y Química.

Lo conducía cogido por un brazo el inspector, en tanto que el P. P. O.,

portaba el equipaje, cuando Morris creyó llegado el momento oportuno de intervenir, obedeciendo las instrucciones de Sterling.

Se dirigió al inspector, cortándole el camino. Después de mostrarle su «carnet» de agente especial del

F. B. I.,

le preguntó:

—¿Qué sucede con este individuo?

—Sospechamos que pretende pasar contrabando, y vamos a registrarlo bien de arriba abajo. De momento no necesitamos ayuda; parece más calmado.

—Este hombre le interesa al

F. B. I.

¿Adónde lo conducen?

—A la presencia del inspector principal. Él sabrá lo que ha de hacerse.

—Entonces, les acompañaré y con él trataré la cuestión.

Siguió Morris al grupo. Salieron de la amplia sala flanqueada por los mostradores donde los pasajeros «sufrían el examen», y penetraron en un despacho.

Un hombre de uniforme conversaba con una mujer vuelta de espaldas a la puerta. Al entrar el grupo, ella volvió la cabeza y Morris reconoció a Elisha Neal.

—¡Qué sorpresa, señorita Neal! ¿Cómo iba a imaginarme que la encontraría aquí? ¿Le sucede algo? ¿Necesita usted algo?

Elisha, con traje de mañana, y sin el maquillaje, resultaba aún

mejor. Ella también se mostraba sorprendida.

—No, no me ocurre nada. Pero ¿qué hace usted por estos barrios? No podía figurarme...

Mientras los jóvenes charlaban, un poco apartados, el inspector que condujo al sospechoso hablaba con el hombre de uniforme sentado tras la mesa de despacho. Este último tendría unos cuarenta años, y era rubio, de tez pálida manchada de pecas, más bien grueso. De expresión risueña, producía la sensación de ser «un muchacho grande».

La señorita Neal se acercó a él, diciendo:

—Perdona que te interrumpa, Leonard. Voy a presentarte a un conocido mío, admirador de mis dotes artísticas —y la joven reía deliciosamente, burlándose de sí misma.

—¿Cómo está usted? También es casualidad, señor...

—Morris, Ernest Morris, del

F. B. I.

—el agente volvió a enseñar el «carnet»—. Vine en servicio y estaba lejos de imaginar que me encontraría con...

—Mi hermana no me deja en paz ni en las horas de trabajo —replicó, sonriente, Leonard Neal—. Siempre viene pidiendo dinero para ir de compras.

—Las mujeres disfrutan comprando y gastando. Entonces, ¿usted es el inspector principal?... Querría hablar con usted a solas, unos momentos.

—Bien, acompáñeme, por favor.

Pasaron los dos a una habitación contigua. Morris explicó, dando a sus palabras acento de veracidad y cierto tono de misterio:

—Vea esta foto. Ese individuo ha sido espiado por toda Holanda por uno de nuestros agentes de allá. Estamos seguros de que es enlace de una red de espionaje internacional. El

F. B. I.,

necesita interrogarlo a fondo, y algo más si se niega a confesar. Al

F. B. I.,

no le conviene que el Servicio de Aduanas, suponiendo que traiga algún contrabando, obstaculice su labor con una detención por un motivo de tan escasa importancia. ¿Quiere ayudarnos?

—El

F. B. I.,

merece para mí toda consideración, y estaré encantado de ayudarles, tal como desean —afirmó, amable, el hermano de Elisha—. No obstante, he de cumplir con mi deber, o por lo menos quedar bien ante los ojos de mis subordinados, que podían pensar otra cosa si no fuera exigente. Cubriremos las formas, ¿en? Oiga, a propósito: ¿dónde ha conocido usted a Elisha?

—La conocí anoche, en el Diamante. Fui a visitar a Martin Sterling, y él me la presentó, mejor dicho, Kitty Hollis.

—¡Kitty!... Estupenda mujer, ¿verdad? Ésa sí que encaja perfectamente en el mundo teatral. Así ha triunfado. ¿Es que es usted amigo de Martin?

—Amigo íntimo, no. Es amigo de un amigo mío, y en ocasiones le he hecho algunos favores. Como él tiene tantos negocios...

—Ha hecho dinero a montones. Se conoce que los asuntos le van bien. Lo envidio. Lo que yo gano aquí, en un año, él se lo gasta en una semana. Parece mentira lo que es el sino de las personas. Fuimos compañeros de colegio. Mis padres estaban acomodados, y los suyos apenas malvivían. Martin era listo, ha tenido suerte y se ha hecho rico, mientras que yo... En fin, ¡cosas de la vida!... ¿Salimos?

Elisha Neal se hallaba aún en el despacho. Su hermano le indicó que se despidiera.

—¿Hasta cuándo, señor Morris? —preguntó ella, con una graciosa sonrisa.

—No sé exactamente, tal vez pronto.

—No le quedaron ganas de verme actuar otra vez, ¿verdad?

—Todo lo contrario, señorita.

—¡Oh! Lo dice usted por puro compromiso. Se le nota que miente.

Intervino, bromeando, el hermano de Elisha.

—¿Qué prefieres? ¿Qué te diga lo mucho que le hiciste llorar? Anda, pequeña, que hemos de trabajar.

En cuanto la joven hubo salido del despacho, Leonard Neal ordenó al

P. P. O.,

que desnudase al pasajero sospechoso, mientras que el otro inspector palparía, pulgada a pulgada, las prendas de vestir.

El individuo quedó en cueros. Tan delgado estaba y tan ridícula

era su postura, en el natural gesto de pudor, que parecía un avestruz esquelético desplumado. La vergüenza le impedía protestar.

—Nada. ¿Lo registramos a conciencia? —preguntó el inspector a su superior.

—No, no creo que lleve nada. Ha sido una información falsa, como otras muchas de las que recibimos. Además, el

F. B. I.,

nos lo reclama, y ellos descubrirán lo que sea —manifestó el hermano de Elisha—. ¡Vístase pronto!

El pasajero se vistió con manos torpes, y conforme iba cubriéndose el cuerpo fue recobrando el habla.

El agente, para producir mayor efecto, no se olvidó de esposar al individuo.

—Me gustaría mucho que nos volviéramos a ver, señor Morris —dijo el inspector principal Neal—. Si tiene algún domingo libre, Elisha y yo le esperaremos en casa. ¡Adiós! ¡Y apriétele las clavijas, que tiene cara de saber mucho!

—Gracias, señor Neal. También para mí ha sido un verdadero placer. Encantado de su invitación. Ya les avisaré. Probablemente veré a Elisha uno de estos días, pues he de ir por el teatro.

El detenido y el joven moreno y fuerte que lo conducía causaron sensación en el público. Los seguía un mozo con el equipaje. La gente se apartaba, como si el maniatado pudiera empezar a mordiscos con unos y otros. Morris, orgulloso de la expectación originada, no vió al individuo corpulento, de cejas y bigote rubios, cubierto con sombrero gris, de gafas ahumadas, que se hallaba curioseando las revistas de la librería.

Zachary, el negro, salió al encuentro de la pareja e indicó al agente un Vauxhall de color verde. El Lincoln había sido escondido. El esposado y Morris subieron, y el negro se puso al volante. Torció el coche a la derecha, por la Undécima Avenida.

—¿Adónde vamos, Zachary? —interrogó el agente del F. B. I.

—Al setenta y cinco de Chariton.

—¿Qué hemos de hacer allí?

A continuación, el negro reveló el astuto plan trazado por Martin Sterling para eliminar a un competidor. Se trataba de que

Morris arrestase a Jeff Turner, acusándolo de encubridor de contrabandistas.

A la puerta de la casa setenta y cinco de la calle Chariton se hallaba Val Howard. El forajido de la nariz colorada se acercó al Vauxhall.

—¿Sigue ahí el pájaro? —le preguntó el negro.

—Sí. Por la portera me he enterado de que su mujer ha salido. Estará solo con su hijo. Vive en la cuarenta y ocho.

—Entonces, vamos arriba.

Los cuatro hombres pasaron a la casa. El pasajero detenido no había hablado en todo el trayecto, excepto para solicitar un cigarrillo. Seguía con las esposas puestas. Se mantenía digno y estirado hasta lo ridículo.

Pulsó Val el timbre de la puerta marcada con el número cuarenta y ocho.

—¿Quién es? —voceó un niño.

—Unos amigos de tu papá. Abre.

La puerta fue abierta por un niño de unos cinco años, rubio y guapo como un ángel, con la boca ribeteada de churretes de chocolate.

—¿Por qué has abierto, Johnny? ¿Quién es? —se oyó preguntar a un hombre desde el interior.

Zachary se apresuró a pasar, apartando bruscamente a la criatura. Los otros le siguieron, encargándose Val de cerrar la puerta y de entretener al niño, que miraba receloso a los desconocidos.

Los muebles eran baratos, pero se respiraba limpieza y orden.

—Hola, guapo. ¿Te gustan los caramelos? ¿Y los juguetes?

El alcohólico parecía transformado al hablar con el diminuto Johnny. Había ternura en su acento, y sus manos temblorosas acariciaron las suaves y sonrosadas mejillas.

El negro gritó:

—Señor Turner: salga, por favor. Le traemos a un amigo suyo.

Mentía para localizar al denominado Turner. Y lo consiguió, por la respuesta del dueño del piso, mordiendo el anzuelo:

—Bien. Ahora mismo voy. Un momento, señores.

No esperó Zachary, sino que, haciendo un gesto al supuesto detenido y a Morris de que lo siguieran, entró en una alcoba, donde

un individuo, en pijama, se encontraba sentado al borde de la cama, poniéndose unas zapatillas.

—Hola, Turner —saludó el negro.

—¿Cómo?... ¡Aguarden ahí, por favor! —dijo Turner, un poco avergonzado de ser visto en tal guisa.

—No se preocupe por eso —intervino Morris—; tiene usted algo más grave por qué preocuparse.

El individuo se fijó detenidamente en sus tres visitantes. Al descubrir las esposas que maniataban al de aspecto de profesor en Física y Química, un gesto de inquietud varió su expresión.

Jeff Turner era un hombre de unos treinta y cinco años, robusto, casi calvo, de nariz achatada por un golpe; tenía cara de boxeador.

Se irguió lentamente. Las palabras de Ernest le habían impresionado. Con cierto temblor en la voz, preguntó:

—¿A qué se refiere? ¿Quiénes son ustedes?

Morris, de acuerdo con las instrucciones recibidas, exhibió su insignia de policía federal.

—Hemos de interrogarlo acerca de unos puntos que interesan al F. B. I.

—Yo..., yo no he hecho nada. ¡Bueno! Pero todo se aclarará, claro. Si les parece, saldremos a la sala. Si mi mujer nos encontrase aquí, se pondría furiosa —el hombre intentaba estar natural y tranquilo—. Las mujeres se enfadan por la menor cosa.

La habitación en que entraron estaba amueblada tan modestamente como las otras. Quedaron los cuatro hombres en pie. Val seguía en el pequeño vestíbulo, vigilando la puerta del piso y entreteniendo al niño. Se oía el diálogo de cariz infantil.

—¿Usted conocía a Isaac Cohn? —inquirió el negro, que en aquellos instantes se sentía agente especial.

—Pues... sí.

—¿Qué asuntos tenía con él?

—Comerciales. Yo soy revendedor de ciertos artículos, y él me adquiriría algunos.

—Miente usted, Turner. Cohn confesó que usted le había propuesto traerle joyas de contrabando —el negro había alzado el tono—: Usted se dedica a introducir joyas en los Estados Unidos, engañando a los aduaneros, y cobra una comisión a sus clientes. Cohn lo declaró. ¡Diga la verdad!

—No es cierto —aseguró el acusado, con escasa firmeza.

—Oiga: a mí no me toma nadie el pelo —aseguró Zachary, que empezaba a excitarse. Sus negros dedos se acercaban al cuello de Turner, como sí se dispusieran a estrangularlo—. Cohn lo declaró, y usted va a confirmarlo, Y a éste que traemos detenido, ¿no lo conoce usted? Bien ha sabido disimular, pero no le valdrá de nada. Tenemos nosotros muchas horas de vuelo.

Aquí sí pareció sincera la negativa. Turner replicó vivamente:

—Jamás he visto a este hombre, en mi vida.

Se sorprendió Morris de que el supuesto arrestado demostrase un cinismo tan magistral al afirmar, compungido:

—Vamos, Jeff, no seas tonto. Reconoce que nos han cazado, y no involucremos la situación. Si nos han cogido, por desgracia, lo mejor es confesar. Al fin y al cabo, es cuestión de muy pocos años de cárcel. Peor es que lo quiten a uno de en medio. Con los del F. B. I.,

no hay más camino que darse por vencidos.

—¡Yo a usted no lo he visto nunca! ¿Cómo puede mentir de esa manera? ¿Qué pretenden ustedes?

—Hacerle confesar sus delitos —manifestó Morris.

—No confesaré nada. No tienen pruebas contra mí. Pretenden engañarme. Voy a llamar a mi abogado. Esto es un atropello.

Volvió a intervenir el supuesto detenido:

—Estás hundiéndote cada vez más, Jeff. Ya te he dicho que con los del

F. B. I.,

no se puede jugar. Y hagas tú lo que hagas, yo voy a hablar claro. Y verás cómo saldré ganando —dirigiéndose a Morris, le pidió—: Si usted me quita las esposas, les daré la mercancía.

El agente lo hizo, y el individuo de apariencia de profesor, en cuanto tuvo libres las manos, se las llevó a la boca. Ante la expectación de los demás, se sacó la dentadura, postiza, con restos de alimentos y llena de saliva, repugnante. La boca le quedó sumida y su fealdad aumentó de grados. Luego, con el «teatro» de un prestidigitador, operó en la dentadura, desatornillando las muelas, y por los agujeros comenzaron a caer pequeños brillantes sobre la mesa; las encías estaban huecas. Por último, dijo, con fingida resignación:

—Aquí tienen, señores. Hagan conmigo lo que quieran, pero tengan compasión de mí. Procuren no incluirme en el atestado de Jeff, porque me perjudicaría. Mientras él se niega a confesar, ustedes ya han visto mi comportamiento.

—¿Qué farsa es ésta? —preguntó, desesperado, Turner—. Repito que no conozco de nada a este hombre. No diré ni una palabra más. Permítame telefonear a mi abogado.

—Aquí no necesitamos picapleitos —afirmó, fanfarrón, el negro—. Declare su culpa, Turner. Está usted más perdido que las ratas.

El acusado inclinó la cabeza y se mantuvo inmóvil, silencioso, decidido a no hablar mientras no estuviera su abogado presente.

La cicatriz que cruzaba la frente de Zachary comenzaba a enrojecer. El negro levantó el brazo para golpear al obstinado, pero Morris le contuvo.

—Nada de eso.

Entonces, Zachary hizo un guiño al agente, indicándole que deseaba hablar aparte con él. En un rincón, separados de los otros dos, más sin perderlos de vista, cambiaron impresiones.

—Hay que asustarlo más —dijo el negro— si no quieres que le dé una paliza de muerte. Sterling necesita que confiese. Así me lo mandó. Y para asustarlo bien se me ocurre que... Oye, Morris: déjame tu pistola. Yo no me he acordado de echarme encima la mía.

—¿Para qué? —interrogó el joven, receloso.

—Para asustarlo, simplemente —manifestó el negro, con una sonrisa que pretendía ser de pillo—. Le amenazaré, y verás cómo no tarda en hacer lo que buscamos.

Desde que había conocido al negro, instintivamente Ernest lo odiaba. No se fiaba de él. Lo consideraba un bruto, capaz de todo, cuyo atavismo era más fuerte que la influencia del mundo civilizado. No obstante, Zachary, por su estrecha mentalidad, podría enterarle de mucho, por ser hombre de confianza de Sterling. No le convenía echárselo de enemigo.

—Está bien; pero no se te ocurra emplearla. ¡Toma!

Ernest le alargó, de mala gana, la «Luger» que portaba en la sobaquera. El negro sacó, a su vez, un pañuelo, y con él cogió el arma. Era evidente que no quería dejar ninguna huella suya estampada.

Posiblemente Sterling le habría recomendado tal precaución, fue lo que pensó el agente del

F. B. I.

Éste, por su parte, no temía ser herido a traición con su propia pistola. Vigilaba al otro, y, además, escondía en el bolsillo posterior del pantalón una Browning pequeña y aplastada. Había tomado esta precaución, sospechando una probable emboscada de la banda.

Envuelta la mano en el pañuelo, y con ella empuñando la «Luger», Zachary se aproximó a Turner.

—Nos hemos cansado de contemplaciones. De una manera o de otra, te haremos confesar. Estamos decididos a todo, hasta matarte, si te resistes a obedecernos.

No parecía bromear el negro. Su peculiar gesto de ferocidad y, sobre todo, su mirada de homicida, imponían. Turner creyó que su vida estaba en peligro, y se le vió palidecer más aún. No debía ser cobarde, porque arguyó:

—No sabía que el

F. B. I.,

utilizaba estos métodos de coacción. Tienen métodos de criminales —la pistola le apuntaba al pecho, y la embetunada mano se crispaba alrededor de la culata—. ¡Bien! Ustedes ganan ahora; pero juro que en el juicio diré cómo me arrancaron la declaración. Yo iré a presidio, pero ustedes serán castigados, tal vez, con la expulsión. Sé que tienen prohibido obrar así. ¡No me harán callar!

—Menos sermones, Turner, y siéntate a escribir —le mandó Zachary—. Pon en un papel a lo que te dedicas, tus relaciones con Cohn y con tus otros clientes, y los agentes que tienes en París. No ocultes nada, sería peor para ti.

Al amenazado no le quedó otro remedio que someterse. Con una estilográfica comenzó a escribir en una hoja arrancada de un block.

Los tres hombres lo contemplaban callados. Se oía el roce de la pluma con el papel. Afuera, Val y el niño seguían hablando. El forajido le contaba «cuando él había luchado con los pieles rojas malos».

Turner seguía escribiendo por la otra cara de la hoja. El sudor le caía de la frente. Por último, firmó. Le temblaba la mano al dejar la pluma. Impresionaba su semblante. Se le había acorralado con amenazas y se le obligaba a meterse él sólo en la trampa, Acababa

de condenarse a presidio.

Morris cogió el escrito y se puso a leerlo. Turner preguntó:

—¿Cuántos años cree usted que me echarán? No sé qué va a ser de mi mujer y de mi hijo. Yo nunca me había dedicado a esto. Tuve desgracia en el *ring* y me quedé «tronado» enseguida. Trabajé en muchos sitios, pero siempre me desplazaban otros más entendidos que yo. Carezco de instrucción. Un conocido me habló de este negocio, vi dinero a ganar, no se trataba de hacer daño a nadie, y acepté. De verdad, que no he hecho más que dos operaciones. Acabo de empezar, como quien dice. Mi socio es el que está en París.

Morris había terminado de leer la confesión. Si Turner no mentía, su falta no era de gran importancia. El joven sintió como compasión. Creía en lo afirmado por Turner.

—¿Está en regla el papel? —preguntó Zachary.

El agente asintió con un movimiento de cabeza, mientras meditaba en el destino de aquella familia. No se dió cuenta de que el negro levantaba la pistola. La cicatriz se destacaba sobre la sucia frente.

—¡No! ¿Qué?... —gritó Turner, con los ojos dilatados por el pavor.

La detonación sonó estruendosa en la sala. El exboxeador cayó con la cabeza deshecha, de bruces sobre la mesa.

Saliendo de su ensimismamiento, un relámpago de claridad hizo comprender Ernest la jugada del negro. Fue a echársele encima, pero se encontró con la «Luger».

—Quieto, Morris, o también tendré que sacudirte —le advirtió el criminal—. He cumplido órdenes, ¿sabes? Yo no tenía por qué matarlo. Pero cumplo lo que se me ordena.

—¡Asesino! —exclamó, colérico, el agente, con los puños cerrados, buscando un descuido para desarmar y destrozar al negro.

—No: yo no, Morris. Tú lo has matado. Este hombre —señalando al de la dentadura postiza— y yo somos testigos. Mataste a Turner porque, cuando ibas a esposarlo, intentó atacarte. Tiraste en defensa propia. Eres del

F. B. I.,

y no te pasará nada. Así lo tiene previsto el jefe. Ese papel te servirá para demostrarlo, ¿entiendes? El jefe te dará dos mil dólares por el

servicio.

—¿Qué ha sucedido?

Val había hecho la pregunta desde fuera. Se quedó clavado en el umbral de la entrada a la sala. Su gesto fue de horror y de pánico. En el aturdimiento que lo sobrecogía no impidió el paso del niño.

—¡Papá!... ¡Papá!...

Y el niño lloró desgarradoramente, sin atreverse a tocar el cadáver de su padre. Morris sintió como si el corazón se le partiese en pedazos. Se llevó la zurda al bolsillo del pantalón... Estaba ciego de ira.

—Quieto. Morris, o te mato —le volvió a advertir el negro, percatándose de su movimiento. Y a continuación, dirigiéndose a Val—: Llévate al mocosito de aquí, imbécil. Mejor dicho, vámonos todos; menos tú, Morris, que habrás de dar explicaciones. Y ya sabes: lo mataste en defensa propia, cuando ibas a detenerlo. Si se te ocurriese decir otra cosa, atestiguaríamos en contra tuya.

Los tres forajidos salieron, sin que el del F. B. I., los retuviera. Estaba anonadado. Los acontecimientos lo habían desbordado, y ya era impotente para contener la avalancha de consecuencias que se derivarían de su error. Pensó en el inspector Kilker. Él sí habría sabido qué hacer.

Se acercó al infortunado Turner. La «Luger» estaba sobre la mesa. Tuvo tentaciones de esconderla y huir él también. Su cabeza era un hervidero de ideas contrarias.

El lloro del pequeño Johnny le hizo acudir a su lado. Considerábase culpable de la desgracia del niño. Él había tenido la culpa del asesinato. Su estúpida pasividad permitió la consumación del crimen.

—No llores más, Johnny. Tu papá está herido; pronto se curará. Tu mamá vendrá enseguida. No tengas miedo. Yo no te haré nada malo, Johnny.

Se oyó un puntapié a una puerta, unas pisadas recias y una voz que interrogaba:

—¿Quién hay aquí? ¿Qué ha pasado?

El inspector Alexander Kilker apareció bajo el dintel, con un revólver en la mano. Jadeaba, y en su cara se leía la inquietud que le agitaba. Se fijó en el niño y en el lívido Ernest. Luego su mirada cayó sobre el cadáver. El también palideció. Dando un paso

adelante, preguntó:

—¿Tú estás bien, Ernest? ¿Té han hecho algo? Los vi salir a todo correr, y me temí que... ¿No hay nadie más en el piso? ¿Qué ha pasado? ¿Quién era este hombre?

—Jeff Turner —repuso el joven, en tono débil—. Lo ha matado Zachary. Yo no lo pude evitar.

—¿Por qué? —inquirió, duramente, el inspector, mientras observaba la «Luger».

Morris le explicó cuánto había sucedido desde que entraron en el cuarto. Repitió las palabras de Zachary.

—Sterling lo tenía bien planeado. Este Turner era un nuevo competidor en lo de asegurar a los contrabandistas de joyas. Lo que no entiendo es la causa de hacerme venir a mi a presenciarlo. Zachary podía haberlo matado sin más complicaciones.

—Su explicación tendrá que no lo hayan hecho como tú dices. Anda, coge el chiquillo y llévaselo a cualquier vecino. Diles que eres de la Policía.

—Posiblemente vendrá su madre de un momento a otro.

—Cuando venga, ya veremos. Ahora, llévate a esa pobre criatura.

El inspector Kilker estuvo registrando el apartamento durante la ausencia de Morris. Halló unas cartas que probaban la complicidad de Turner con su socio de París.

Ernest regresó al rato. Parecía haberse rehecho moralmente.

—¿Qué conviene hacer, Kilker? No me queda otro camino que el marcado por Sterling. Si no, esta muerte recaería sobre mí. Diré que intenté atacarme.

—No puedes decir otra cosa. Por la bala identificarían tu «Luger». Tan amable eres que me extraña no le prestases también el dedo para apretar el gatillo. ¡Idiota!

Hirió profundamente a Ernest el insulto y el tono despreciativo del inspector. No obstante, se reprimió, porque aún sentíase como aplanado por lo sucedido.

—¡Vaya un desastre! —comentó el inspector, malhumorado—. Estás haciéndolo todo lo peor que sabes. Te van a liar. Deduzco que esta maniobra de Sterling busca comprometerte todavía más, y si no andas listo, lo conseguirá, y de verdad, y no de mentira, como es mi asesinato. No creo que sea otra cosa. A no ser que... ¿Te ha

ocurrido algo con ellos? ¿Dónde estuviste anoche? Te telefoneé varias veces al hotel, y me respondieron que no estabas. Cuando volviste, no me llamaste, a pesar que te lo dijeron.

—¡No regresé en toda la noche! —mintió, tontamente, el joven—. Estuve fuera toda la noche, y no he ido siquiera por el hotel.

Al escuchar esto, el inspector se fue acercando lentamente a Morris; su gesto presagiaba tormenta.

—¡Mientes, imbécil! —Le escupió a la cara—. En vista de que no me telefoneaste, esta mañana, temprano, me aposté a la puerta de tu hotel. Te vi salir y te he seguido al muelle setenta y cuatro, y presencié tu juego. ¿Cómo te explicas, si no, que esté yo aquí ahora? ¿Por qué no me llamaste? ¿Qué pasó anoche?

Ernest permaneció callado, con la vista fija en un rincón de la sala, terco en su mutismo.

—¡Contesta! —insistió, irritado, Kilker. Y al continuar silencioso el joven, lo cogió por las solapas de la chaqueta y lo zarandeó—. Responde, idiota. ¿Qué manejos te traes? ¿Qué te propones? Sé que me odias porque me culpas de la muerte de tu padre. Pero tú y yo hicimos un pacto para demostrarte la verdad, y estás faltando a él. Y, además, en este caso, las cuestiones particulares han de ser relegadas hasta mejor ocasión. Nuestro deber es destruir la banda y detenerlos y enviar a la silla eléctrica a los asesinos. ¿Es que no ves a ése?... Lo han matado cobardemente, delante de ti... Y ¿es que no piensas en esa criatura que acabas de llevarte?... Le han matado a su padre, le han robado el cariño de su padre... ¿Te enteras?... Aunque su padre hubiese pecado, no era un asesino. Y todo, todo puede perdonarse menos matar, porque...

—¿Cómo no voy a saber lo que es quedarse sin padre? ¿Qué hizo usted con el mío? ¡Lo mató usted, Kilker! Aubrey me lo juró, y la madre de Capozzi me lo repitió anoche. Todo menos matar, dice usted, ¿verdad? ¿Qué hizo con mi padre?... ¡Maldito hipócrita!... ¡Asesino!...

El apodo de «Loco» que daban sus compañeros a Alexander Kilker, quedó confirmado entonces. No era un hombre, sino un demente enfurecido. Crispada su faz por la cólera, con un brillo de locura en sus pupilas, el inspector del

F. B. I.,

empezó a descargar una lluvia de bofetadas al sorprendido agente.

Cuando éste, reaccionando, quiso sacar la *browning* que guardaba, Kilker le retorció el brazo izquierdo salvajemente. Y volvió a golpearlo. Un puñetazo a la nuca dejó a Morris sin sentido. A pesar de su fortaleza, el joven resultaba un alfeñique comparado con el hercúleo inspector.

Tendido en el suelo yacía el vencido. Erguido, sofocado, apaciguada su locura, el vencedor. Este último se llevó la mano a los ojos, como si no quisiera ver, y un gesto de sufrimiento moral se dibujó en su rostro.

—¡Dios mío!... —murmuró, suplicante.

Tornó a contemplar a Ernest, que continuaba inconsciente. Fue por agua y refrescó las sienes del joven. Lo hacía sin rudeza.

Lo primero que distinguió Morris, al recobrar el conocimiento, fue la cara del inspector.

—No temas, Ernest. ¡Arriba!

Ayudó a levantarse al mareado joven, y le quitó la *browning* con destreza admirable y sin intentar disimularlo.

—¡Siéntate! Ahora vamos a hablar tú y yo —dijo Kilker, serio, sentándose enfrente—. Quieras o no, vas a contarme al detalle cuánto hiciste anoche. Apenas se avise a la Policía, esto se convertirá en un infierno. Tú has de saberte la lección. ¿Qué hiciste a partir del momento que me telefoneaste ayer por la tarde?

Morris se reconocía vencido física y moralmente. Experimentaba un desaliento abrumador. Parecía como si la cabeza le diese vueltas. Le costaba trabajo mover los brazos. Y, además, admitía que Kilker llevaba razón. Allí seguía el cadáver de Turner. La víctima reclamaba justicia. Las cuestiones particulares y pasadas habían de quedar relegadas a segundo término, en preferencia del deber.

Contó minuciosamente lo sucedido en el Diamante y su opinión respecto a cada una de las personas que conoció. No pudo evitar cierto entusiasmo al referirse a la linda e ingenua Elisha Neal, y Kilker lo notó.

Luego relató su entrevista con Matilde, la madre de Capozzi. El inspector revelaba mucho interés acerca de la mujer, e hizo varias preguntas aclaratorias. Por último, le contó lo que había ocurrido en el despacho del inspector principal de Aduanas, Leonard Neal. Y terminó:

—Ya le he dicho a usted lo que ha pasado aquí. ¿Qué debo

hacer, Kilker?

El inspector del
F. B. I.,

se puso en pie y comenzó a pasear, meditabundo, de rincón a rincón de la sala. Morris encendió un cigarrillo, y el tabaco lo reanimó. Dejó de fumar, inconscientemente, al detenerse Kilker, manifestando:

—Es evidente que Sterling pretende envolverte y acumular pruebas contra ti, por si tú, algún día, lo delatas, con todas las consecuencias. No llega a considerarte de la banda. El día de mañana, Zachary y el otro podrían declarar contra ti, en esta muerte de Turner, aunque ellos apareciesen como cómplices. Opino que la madre de Capozzi te engañó. Yo, en aquellos tiempos, me la tropecé dos veces en la cárcel, cuando iba a visitar a su hijo. Hablé con ella. Estaba loca. Sentía por su hijo un cariño tan desmesurado, que lo consideraba un héroe capaz de conquistar el mundo. Ella no comprendía que su hijo era un criminal.

—¿No cree usted que ella me dijo la verdad anoche?

—No. Transcurrió bastante tiempo entre el asesinato del ladrón holandés y nuestra irrupción en la granja. ¿Por qué Paxton no iba a repartir el botín entre los suyos desde el primer momento? ¿Y te imaginas a un gángster con dinero en el bolsillo y que no se lo gaste rápidamente? Y en cuanto a lo mío, ¿qué sé yo?... Té mentiría por justificar tu posición de vengador. Te engañó en todo eso y en lo de traicionar a Sterling y a Kitty Hollis. Fue una prueba a que te sometieron. Querían comprobar si podían contar contigo para todo. Tú caíste en la trampa, y ahora saben que estás dispuesto a venderlos. Tú solo te has puesto en mala situación. Cuando menos lo pienses, y si te consideran más peligroso que necesario para sus planes, te matarán. Has obrado sin sentido común. Te falta mucho por aprender todavía.

Morris no replicó, por no dar la razón a Kilker. Éste volvió a hablar, al cabo de unos minutos de reflexión:

—Se me ha ocurrido una fórmula, que te permitirá devolverles la pelota. Esta misma tarde irás al Diamante, en cuanto abran el teatro, y tratarás de entrevistarte con Sterling, por lo menos con Kitty. Cuando Matilde no esté presente, con mucho aire de misterio les dirás que la madre de Capozzi proyecta traicionarlos. Les

contarás cuánto ella te dijo. De esta manera conseguirás engañarlos, porque creerán que estas de parte de ellos. ¿Entendido?

—Sí.

—Di al inspector jefe, en nombre mío, que... ¡Bueno! Voy a telefonarle yo mismo desde aquí.

Obtenida la comunicación con la centralilla de la División del F. B. I.,

Kilker preguntó por el inspector jefe.

—Tiene una visita, y nos ha recomendado que no se le moleste, señor. Puede usted hablar con su secretario o con el inspector de guardia —aconsejó la telefonista.

—Oiga: empleo clave KAI. Póngame inmediatamente con el inspector jefe.

—Sí, señor; enseguida —repuso el de la centralilla.

—¡Diga!

Kilker reconoció la voz de su amigo y compañero.

—Clave KAI. ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas?

—¡Hombre!... —se oyó exclamar, con júbilo, al otro extremo de la línea—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien? Me alegra oírte. Por aquí no hay novedad. ¿Necesitas algo?...

—Sí. Primeramente, que les aprietes los tornillos a los muchachos. Pedí que se hiciera una información sobre todo el personal del Diamante, y se os escapó la asistente de la *vedette*. Es nada menos que la madre de Capozzi. Esos haraganes estarán sesteando, como de costumbre. Necesito informe sobre ella desde que murió su hijo. Oye: ha sido asesinado Jeff Turner, en el cuarenta y ocho de Charlton Setenta y Cinco. Manda a dos hombres. Nuestro muchacho, ¿entiendes?, estará aquí esperándolos. Él os informará. Nada de ruido ninguno en los diarios. El muerto tenía mujer y un hijo. Preocúpate personalmente de que no les falte nada; corre de mi cuenta. A otra cosa: necesito información acerca de un tal Zachary, negro, que es la mano derecha de Sterling, y de Leonard Neal, inspector principal de Aduanas en el muelle setenta y cuatro. Creo que estamos llegando al final de la historia. De un día para otro tendremos el ovillo desenredado. ¡Hasta la vista!

—¡Buena suerte! ¡Adiós! —deseó el inspector jefe.

Kilker colgó el aparato, y volviéndose hacia Morris, que había escuchado sus palabras, le dijo:

—Ya sabes: aguárdalos, y les cuentas que un desconocido te quitó la pistola, después de darte un golpe, y cuando volviste en ti. Turner había sido asesinado. Cuando venían el coroner y la Policía, di que es asunto del

F. B. I.,

en proceso de investigación, y que todavía no puedes aclarar nada más. El inspector jefe te echará una mano. Si viene la mujer, procura que no vea el cadáver. Y esta misma tarde, sin perder un minuto, vas al Diamante y cuentas a Sterling y a Kitty lo que te dijo la madre de Capozzi. ¿Enterado?

Asintió Morris, que comenzaba a recuperarse gracias al ejemplo de actividad y eficacia del inspector. Al joven no se le había pasado por alto lo comunicado al inspector jefe acerca de la mujer y del hijo de Turner. Era cierto que se preocupaba por la desgracia ajena. Tal vez Kilker no fuese...

—Imagino que a partir de ahora los acontecimientos van a desarrollarse rápidamente y pronto llegaremos al desenlace, el que llegue. La Hollis, pienso que es el eslabón más flojo de la cadena, y por ahí intentaré romperla. Una advertencia, Ernest: que esa Neal no te embauque. Adivino que la consideras inocente. Tal vez, pero nosotros debemos considerarla complicada mientras no se demuestre lo contrario. Posiblemente sea otro lazo que te tiende Sterling. Ten siempre mucho cuidado con las ingenuas, Ernest.

El inspector consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Me voy. Los muchachos estarán al caer, y no conviene que me descubran —y, cambiando de tono, dijo, con evidente pesar—: Siento lo sucedido entre los dos, Ernest. Si fueras mayor, si tuvieras más experiencia, yo... ¡No! ¡No me comprenderías!...

VII

«EL LOCO»



IN despedirse ni desearle buena suerte, el inspector Kilker abandonó a Morris.

Al salir del piso se cruzó, en el rellano de la escalera, con un hombre que subía. Pensativo, el del

F. B. I.,

apenas se fijó en él. Dió por hecho que sería un vecino.

Ya en la calle, el sustituto del «taxi» un Austin, negro, se dirigió a donde había aparcado. Tropezó con una mujer, y ni siquiera pidió disculpas. Pensaba en Morris y en lo ocurrido. Aunque Ernest era un

muchacho para él, pegarle no...

No necesitó la llave para subir al coche; preventivamente, por si necesitaba usarlo sin pérdida de tiempo, lo había dejado abierto. Se inclinó para entrar y tomar asiento.

—¿Me haría el favor de indicarme por dónde cae la calle Vandam? —preguntó una vez masculina, en tono alto, diciendo a continuación, amenazadoramente y quedo—. Si se mueve, lo mato, Kilker. Ponga las manos en el volante.

La otra portezuela había sido abierta, y el individuo con el que se había cruzado en la escalera de la casa de Turner se sentó al lado del inspector. Llevaba un periódico doblado, y debajo del periódico, un revólver. Nadie del público, ni los conductores que se hallaban cercanos, notaron nada anormal, engañados por el truco del desconocido.

Kilker obedeció y cogió el volante. Le había impresionado grandemente que el otro lo conociera. Se recobró enseguida, mas no quiso impedir, en un acto desesperado, que el otro lo cachease. Se dejó arrebatar la pistola. No tenía miedo, pasara lo que pasase. Necesitaba saber quién era aquél y lo que buscaba.

—¡Arranque!

—¿Adónde vamos? —preguntó el inspector, con la naturalidad de quién se deja orientar por un amigo que conoce un lugar determinado.

—Vaya por Canal al Manhattan. En Brooklyn le diré.

Kilker no había visto una cara más innoble en todos los días de su vida. El que le apuntaba al costado, con el revólver un poco más bajo que el salpicadero, tenía cara de bicho. La frente, tan estrecha y huida, que el pelo de la cabeza le arrancaba de las mismas cejas. Los ojos parecían quitados a un ratón para colocarlos en el fondo de unas cuencas profundas. Era corva la nariz, los labios carecían de color y el inferior se unía directamente a la garganta, por tener reducida la barbilla a la mínima expresión.

El Austin empezó a rodar. El inspector atendía a la conducción, pero su cerebro trabajaba activamente en la solución del problema planteado. Inició la conversación ansiada con esta frase:

—Puede considerarse excepcional, amigo. Es usted de las contadas personas que sabe quién soy de verdad. Lo que me extraña es que se atreva a meterse conmigo.

El individuo sonrió, poniendo al descubierto unos dientes largos y amarillentos.

—Todos nosotros oímos hablar en más de una ocasión del inspector Kilker del

F. B. I.

Una vez estuvo usted a punto de atraparme, hará dos meses o cosa así. Hizo usted una redada en El Bobo, ¿se acuerda? Se llevó usted a un montón de amigos míos. Yo estaba en el retrete, y a ninguno de los suyos se le ocurrió mirar allí.

—Y ¿es por aquello por lo que ahora...?

—No —negó el individuo, sonriendo, con la boca torcida—. Es un encargo.

—¿Cuánto te pagan? Te daré el doble si me dejas libre. ¿Listo?

—Escuche, inspector: nosotros también tenemos nuestro honor. Yo acepté este trabajo, y he de cumplirlo lealmente. Además, de usted no hay quien se fié. Menuda fama tiene usted... Cuando los periódicos dijeron que lo habían «limpiado», respiramos tranquilos.

Ahora le tocó sonreír a Kilker. Comentó, sarcástico:

—Me río yo de vuestro honor. Os hace falta echarle un vistazo al diccionario. Vosotros no sabéis con qué se come eso. Bien te habrán pagado el servicio, ¿verdad?, para que te atrevas conmigo.

—¡Ca, hombre! Si yo me llego a imaginar que usted andaba por medio, ni con un millón me convenceren —aseguró el individuo, en slang—. Sterling me contrató para vigilar al negro y al otro, al que usted ha puesto como unos zorros. ¡Arrea usted de firme, inspector!

—¿Nos estabas viendo?

—Escuchando, y basta. ¡Cualquiera se asomaba!

—Entonces tú los seguías desde...

—Desde que el negro salió de casa de Sterling. Al dejar el muelle fue cuando me di cuenta de este coche. Al verlo a usted entrar en la casa, después de salir el negro y los otros dos, subí detrás de usted, a ver qué pasaba con el otro, el agente ese. ¡Cuidado que le atizó usted de lo lindo! ¡Sonaban las bofetadas que al principio creí que eran estacazos! Luego bajé al otro piso, cuando salió con el muchacho. Usted sí que por poco me caza escuchando desde la puerta. Menos mal que se me ocurrió hacer como que subía, en vez de correr escaleras abajo.

—Entonces, ¿tú supiste que era yo por mi conversación con el

muchacho?

—¡Claro! Y le oí hablar por teléfono, también. Sterling aflojará la «pasta» a gusto. Le llevo un saco de noticias, aunque no muy buenas para él.

Cruzaban el Bowery y Kilker estuvo atento únicamente a las señales de tráfico, denso a aquella hora. Después de cruzar, preguntó:

—Has dicho que Sterling te contrató para vigilar al negro también. ¿Por qué? ¿No es el negro su mano derecha?

—Parece ser que lo era, por lo que me contó. Habló algo de unos brillantes. Se piensa que el negro se los ha guardado limpiamente, contando un cuento de hadas. A los negros no les falta fantasía. A mí, el tal Zachary me da cien «patás» en la barriga. Yo opino que los blancos no debemos alternar con negros; nosotros somos de una raza superior.

El inspector echó una ojeada al individuo. Éste sí que pertenecía a una clase inferior; sin duda, a la de los simios. Kilker, que conocía a fondo, por haberlos tratado mucho, a los tipos de su ralea, tuvo humor para comentar:

—No te crearás un Robert Taylor, ¿verdad, muchacho?

—Pues no me lo diga con retintín, inspector. Aunque no lo crea, tengo mis encantos.

—Posiblemente, pero los tendrás bien ocultos. Hay que ver la «jeta» que «gastas». Bueno, y hablando ahora, en serio: ¿qué vas a hacer conmigo? Sterling no te mandó buscarme, pues ni siquiera sabe que existo. Te prometo que no iré a la revancha si me dejas...

—Nada de eso, inspector. Yo cumpliré con Sterling. Mi trabajo se reducirá a ponerlo a usted en sus manos, y de lo que suceda después yo no quiero saber nada. No soy tonto y sé lo que se arriesga por «limpiar» a uno del

F. B. I.,

y mucho más tratándose de un inspector.

—Entonces, ¿nos está esperando Sterling allí, donde vamos ahora?

—No. Vamos a un refugio. Que tengo yo. Lo llamaré por teléfono, dándole la noticia.

El coche entró en el puente Manhattan. Las aguas del East, de un verdoso sucio, eran surcadas por incontables embarcaciones de

todas clases. Al frente se levantaban los bloques de edificios en cuyas fachadas reverberaba la luz solar.

—¿Quién hay tras Sterling, muchacho? —preguntó el inspector.

—Si hay alguien, no lo sé. Siempre ha sido Sterling el que nos ha contratado.

—Bien; ya estamos en Brooklyn. Tú dirás el camino.

—Siga adelante. Ya le iré señalando.

Obedeció el del

F. B. I.,

aparentemente resignado con su mala suerte. Sabía que «Cara de Mono» era lo bastante listo como para no matar a un inspector del

F. B. I.,

por unos dólares. Mientras no fuese entregado a Sterling, su vida no corría peligro. Temía más a la llamada telefónica de «Cara de Mono», comunicando su captura. Al principio, Sterling no lo creería, pero después... Ernest sería condenado a muerte. Al conocer la banda que el «asesinato del inspector Kilker» sólo había sido una superchería, la confesión recogida en cinta magnetofónica dejaría de tener valor coactivo y considerarían a Ernest como testigo muy peligroso para ellos, y sentenciarían sin compasión ni miramientos.

Convirtiéndose en obsesión la idea de impedir que «Cara de Mono» telefonease. Éste no lo haría desde ninguna cabina pública. Esperaría a tener a buen recaudo a su prisionero. Antes, Kilker debía actuar, como fuese, a la desesperada, jugándose el todo por el todo.

El inspector pisó un poco más el acelerador, y el coche lo acusó, obediente.

—¡En, Kilker, Que nos vamos a llevar a alguien por delante! ¡No corra tanto, si no hay prisa!

—Son los nervios, amigo —declaró el del

F. B. I.,

aflojando levemente la marcha—. A nadie le gustaría verse en mi caso. ¿Me das un cigarrillo?

Y a la vez que lo solicitaba, Kilker apretó un botón del salpicadero, como si fuese una maniobra más para la conducción del vehículo. El otro le puso, con la mano izquierda, la libre, un cigarrillo en los labios, y se dispuso a darle lumbre.

—No, no te molestes en sacar el encendedor; ya le he dado al eléctrico.

Corría el vehículo en aquellos momentos por la calle Clinton, bastante pegado al bordillo de la acera. Kilker vió próximo un edificio cuyo zócalo era alto y de mampostería. Sólo un hombre andaba por aquel trozo de acera.

A continuación sus movimientos fueron rapidísimos. Tiró del encendedor eléctrico en el salpicadero y aplicó el terminal candente a la mano que sostenía el revólver. «Cara de Mono», cogido de improviso, chilló, e instintivamente soltó el arma. Al mismo tiempo, la izquierda de Kilker operaba en la manilla de la portezuela, mientras pisaba el acelerador a fondo. Con la derecha dió un violento giro al volante.

—¡Que nos estrellamos!...

Abierta la portezuela, Kilker se dejó caer al suelo, con un impulso, encorvado y con la cabeza metida entre los hombros.

El automóvil subió a la acera con la velocidad de un bolido, y su morro fue a topar con el zócalo de mampostería. El peatón se libró del atropello por unas yardas. Al estrépito del choque siguió el griterío de los transeúntes cercanos.

Kilker había logrado caer de espaldas, y, reprimiéndose el dolor por el fuerte golpe contra el suelo, se levantó con agilidad admirable y se acercó corriendo al vehículo, que tenía la parte delantera aplastada y el motor desprendido.

El del

F. B. I.,

se asomó al interior. «Cara de Mono» empezaba a rebullirse, tras la conmoción sufrida. Abriendo la portezuela de su lado, el inspector se ocupó de buscar el revólver soltado por el gángster taras la Quemadura. Empleó unos instantes preciosos en la búsqueda del arma, pero al fin la halló casi metida debajo del asiento.

Al erguirse, empuñándola, se encontró con el orificio negro de su propia pistola, esgrimida por «Cara de Mono», que también se había decidido a jugarse el todo por el todo.

Quedaron los dos hombres mirándose durante unos segundos, que a ellos les parecieron siglos. Oían a la gente acercándose a lo que suponían un accidente vulgar.

—¡No tires!... —gritó Kilker.

Pero leyó en los ojillos del gángster su determinación a matar antes que dejarse apresar, y el inspector apretó el gatillo del revólver, a la vez que se echaba hacia la derecha.

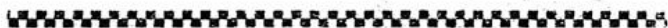
Se confundieron las dos detonaciones. «Cara de Mono» se desplomó sobre el asiento, habiendo encajado un proyectil en el pecho, con trayectoria de abajo arriba, Kilker sintió como un empujón en el hombro izquierdo, y fue escurriéndose, perdido el equilibrio, hasta dar con la cabeza en la acera. El golpe le aturdió. Vió unas sombras rodeándole, y luego creyó sentir una voz que le decía algo incomprensible para él. Logró decir, a costa de un esfuerzo:

—Soy del

F. B. I...,

Llamen al inspector jefe del F. B. I.... ¡Urgente!...

Y perdió el conocimiento.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VIII

ACORRALADOS



UBO en el ánimo de Ernest Morris un singular proceso de evolución mental a raíz de lo ocurrido en casa de Jeff Turner. Su hombría clamaba contra la paliza recibida; mas, sin embargo, el asesinato, el desconsuelo del pequeño Johnny, la eficacia del inspector Kilker y la llegada de la esposa de Turner le hicieron comprender que había algo más elevado, y de mayor importancia, que su venganza. Conversó con el inspector jefe del F. B. I.,

y quedaron de acuerdo respecto a la notificación oficial, adaptada al plan marcado por Kilker, del asesinato de Jeff Turner.

A la hora de empezar la función en el Diamante, un poco antes, llegó al teatro. Los artistas ya estaban vistiéndose y preparándose. Iba a entrar en el camerino número uno, cuando vio a Elisha Neal salir de otro, con ropa de calle.

Se dirigió hacia la joven. Estaba más bonita que nunca y en su rostro angelical se notaba la alegría que le causaba el encuentro.

—Hola, Morris. ¿Qué hace por aquí? ¿Va usted a hacerse artista?

—Sí, con tal de estar a su lado... ¡Hola, Elisha! ¿A empezar ya?

—No, hoy no trabajo. Es mi día de descanso. Como mí «papel» no es el principal, precisamente, es fácil que me sustituyan. Por cierto, me alegro de verle. ¿Sabe que mi hermano se interesó mucho por usted? En cuanto sabe que trato a algún desconocido, ahueca las alas y pretende ampararme como una gallina a sus pollitos a la vista del gavilán. Me dijo que si me encontraba otra vez con usted, le invitara a casa a pasar un rato con nosotros. Usted pareció caerle simpático. ¿Por qué no viene esta misma noche a cenar, Morris? Yo estoy libre y podré atenderle bien. ¡Es una ocasión estupenda! ¿Hace?

A Ernest le seducía la idea de asistir a la cena de los Neal. Elisha comenzaba a infiltrarse demasiado en su pensamiento, y no le desagradaba. La creía distinta a las demás mujeres. Él, por falta de experiencia, no podía darse cuenta de que ése era el síntoma del nacimiento de un amor.

—No sé..., no sé si estaré ocupado esta noche... En mi profesión, no se sabe nunca lo que va a surgir en el momento menos pensado. En fin, sí, iré. En el caso de que no pudiera acudir, les telefonaría para que no me aguardasen inútilmente. Se lo agradezco mucho, Elisha. ¿Quiere darme su dirección y su teléfono? ¿A qué hora voy?

Los Neal vivían en el Bronx. Ernest tomó nota. Se despidieron, mirándose al fondo de los ojos; ella también sentía una atracción especial por el agente del

F. B. I.

Su mirada no engañaba.

En el camerino número uno se hallaban Kitty, maquillándose, enfundado su cuerpo en un estrecho vestido; Matilde, que le ayudaba, y Martin Sterling, más elegante que nunca.

Ernest entró. Le contemplaron tensos. Indudablemente les sorprendía su llegada. El gesto de Matilde era como de hostilidad. La *vedette* fue la primera en reaccionar, y, sonriente, saludó:

—¿Qué hay,

G-Man?

¡Bien venido, aunque no le esperábamos tan pronto! No me figuraba que los trámites oficiales, cuando alguien pasa al otro barrio, son tan simples. Pase, pase, y siéntese.

—¿Salió todo bien? —interrogó Sterling, ofreciendo un cigarrillo al agente, pero sin la cordialidad de la vez anterior.

—Sí; para nosotros es bastante sencillo arreglar esos asuntos.

Habló la asistenta, Matilde, con ironía:

—¡Claro! Eso lo sabía yo desde que me salieron los dientes. Ser «poli» es tener permiso para hacer lo que uno quiera.

—¡Matilde! —La llamó la *vedette*, con tono de reproche.

—¿Quería algo, Morris? —inquirió Sterling, secamente, como si la presencia del joven le fuese molesta.

—Sí, varias cosas. La primera, el pago por lo de Turner. Según los planes de usted, resultó bien.

El «empresario teatral» pareció turbado, carraspeó ligeramente, y luego dijo:

—Sí, claro. Pero el caso es que no tengo aquí dinero suficiente.

—Deme un cheque.

—No, prefiero hacerlo en metálico. ¿Me da crédito hasta mañana?

Morris sonrió, tomándolo a broma.

—A medias, nada más. Pero, en fin, qué otro remedio me queda. ¡De acuerdo!

—¿Averiguó usted algo del «taxista» que intervino en lo de Aubrey?

—No, todavía no; pero he hecho indagaciones y encargué a mis compañeros que estuvieran alertas. Es que los datos que me dió usted...

Pasaron las mujeres a la otra parte del camerino y quedaron aisladas de los hombres por el biombo. Ernest aprovechó la ocasión para, de acuerdo con las instrucciones de Kilker, escribir una nota con la estilográfica, rápidamente, que decía:

«Necesito hablar con usted a solas. Muy importante».

En silencio se la entregó a Sterling. Su lectura produjo en el atildado individuo un gran efecto. Entornando los ojos, miró dubitativo al agente. A continuación, anunció en alta voz:

—Voy a tomar algo en el bar con Morris, Kitty. Enseguida volveré. Si viene alguien, que venga al minuto.

Salieron del camerino. No fueron al bar. Sterling condujo al agente, por unos pasillos largos, a un despacho donde no había nadie.

En pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, a corta distancia de Ernest, Sterling preguntó:

—¿Qué tiene que decirme?

Morris, dando a sus palabras el misterio requerido, contó minuciosamente la conversación mantenida con Matilde la noche anterior. Conforme hablaba, observó que los músculos faciales del otro se relajaban, como si se descargase de una tensión nerviosa.

Al terminar el relato, Sterling apoyó una mano en la espalda del agente del

F. B. I.

Su gesto era amistoso. Sonriente, manifestó:

—¡Pobre Matilde, está loca! No haga usted caso de ella. Sí, es la madre de Capozzi, el que fue novio de Kitty. Es posible que nos odie; guarda un recuerdo exagerado de su hijo, y en mi ve al intruso, ¿comprende? Pero de eso a tomar en serio sus palabras va un abismo. Ella es una pobrecilla, inculta, de una mentalidad obtusa, que vive de las limosnas de Kitty. Más de una vez le he aconsejado que la despida, por lo que tiene de molesta su presencia, nada más, pero a Kitty, que es todo corazón, le da lástima. Matilde carece de pruebas contra nosotros; aunque sabe algo, yo la vigilo. Anoche es que nos despistó, en un momento de distracción. Si vuelve a hablar con usted sobre ese asunto, sígale la corriente, y luego me lo cuenta. Si se pusiera muy tonta, tendría que ajustarle las cuentas, y no quiero, porque Kitty me arañaría. ¿Esto es todo?

—Sí... ¡Claro! Yo pensé que debía decírselo a usted...

—Bien hecho, hombre; y se lo agradezco de veras. Es una prueba de que usted se considera ya uno de los nuestros. No lo

perderá, Morris.

Cuando el agente especial abandonó el teatro, llevaba el convencimiento de que todo fue una trampa tendida por Sterling. Una vez más, Alexander Kilker había acertado en el blanco. Tuvo que reconocer la valía del inspector. Si no fuera porque...

Se dirigió a su hotel, a cambiarse de traje, para la cena en casa de los Neal. En la conserjería le informaron que nadie había dejado recado ni carta a su nombre.

Habitaban los Neal en Ciassons Point, en las proximidades del parque Sound View. Tenían un pequeño chalet rodeado por una banda de jardín.

Salió a abrirle la puerta Elisha en persona, graciosa su figura con el pequeño delantal blanco con que se protegía el vestido.

—Hola, Morris. Me ha cogido en plena faena. Una piensa que las cosas van a estar a punto, pero la cocina tiene también sus rebeldías... ¡Pase!

El agente se había puesto un traje azul, el menos usado que poseía, por considerarlo más apropiado. A la joven produjo buena impresión su apostura, pues comentó, burlándose:

—Parece usted un galán de altura. Aquí no exigimos etiqueta. En fin, le prestaré otro delantal cuando le llegue la hora de fregar los platos.

El *hall* estaba convertido en *living*, y los muebles, sencillos pero cómodos y bien colocados, conferían a la habitación confortabilidad. Se notaba la mano de una mujer cuidadosa en múltiples detalles.

—¡Leo! —llamó la joven, asomándose por el hueco de la escalera de madera barnizada que subía al único piso superior—. Ha llegado el señor Morris. No tardes mucho.

—Ahora mismo bajo —se oyó responder a su hermano.

A invitación de Elisha, Ernest tomó asiento en un butacón. Sobre una mesita había ya preparados dos vasos y una botella de «Cuatro Rosas».

—Dispénseme, Morris. Se me va a quemar el asado, si me descuido —suplicó ella.

—¿Quiere que le ayude? Estoy especializado en mondar patatas —aseguró, jovial, el del

F. B. I.,

recreándose en la contemplación de la linda mu chacha...

—Eso habría que verlo... ¡Oh, no, no se levante! Ha sido una broma. ¡Bueno se pondría mi hermanazo si le consintiera ayudarme!... Diría que soy de la escuela moderna. Él se vanagloria de despreciar las costumbres actuales. Yo le tacho de troglodita. Ya verá usted cómo le saca la conversación de la degeneración de la juventud actual. ¡Hasta ahora! ¡Sírvase usted mismo! ¡Considérese como en su casa!

Desapareció la joven por una puerta, y Morris quedó a solas en el *living*. Antes de llegar a la casa, había experimentado cierta zozobra, el roe roe de la emoción. Gracias a la simpatía y a la cordial acogida por parte de Elisha, su nerviosismo había disminuido. Para echar fuera el resto de timidez, se sirvió medio vaso de *whisky*.

Estaba apurándolo cuando descendió Leonard Neal, vistiendo de marrón. Este color le disimulaba las pecas y el rubio pajizo del pelo. Estrechó calurosamente la mano del agente, con palabras amables.

El inspector principal de Aduanas sirvió más bebida a Ernest y le ofreció cigarrillos.

—Agradezco su invitación, Neal —manifestó el joven—. Para los que no tenemos casa propia resulta agradable visitar un hogar. Tienen esto muy bien puesto.

—No exagere, amigo Morris. El sueldo no da para tanto, y Elisha se gasta en ella lo que gana. Los que, como usted y yo, somos funcionarios, ya sea del Municipio o del Estado, a lo más que podemos aspirar es a ir viviendo. ¿Usted cree que con cinco mil anuales se puede vivir bien hoy día?

—Como vivo en hotel, no sé realmente los gastos que ocasiona una casa. Pero, bueno, yo imaginaba que ustedes tenían una prima, una recompensa, por los decomisos que hacían.

—Nada de eso, amigo. Los que se embolsan el veinticinco por ciento del valor de lo confiscado son los informadores; claro, hasta un límite de cincuenta mil dólares.

—Entonces, habrá un montón de ellos, ¿no?

—Más bien en el extranjero. Los mismos dependientes de las joyerías europeas avisan a nuestro Consulado de que un norteamericano ha comprado tales y tales joyas. Si luego el comprador no lo declara al llegar aquí, le registramos a fondo y se

lo decomisamos. El veinticinco por ciento va al informador que sea.

—Tengo entendido que hacen ustedes una buena labor —manifestó Ernest, deseoso de halagar al hermano de Elisha y, a la vez, por hablar de algo.

—Mejor sería, si nos concediesen un aumento de sueldo y de personal. ¿Usted imagina que pueden vigilarse con eficacia setecientas diez millas de puerto, con doscientos ocho muelles, cuatro aeropuertos y doce terminales de ferrocarril, con los pocos que somos? ¿Y, a pesar de eso, el año pasado le embolsamos a la Tesorería seiscientos millones de dólares en concepto de confiscaciones?

—¡Qué barbaridad!...

—Pues como si no hiciésemos nada. ¿Sabe usted cuánto gana un oficial patrullero, la categoría más baja en Aduanas? Tres mil cuatrocientos treinta dólares. A los pobres hombres les ha costado una oposición y hacer dos cursos. Tendrán que seguir opositando, después de varios años de servicios, para llegar a ser Inspectores. Yo anduve también los mismos pasos, porque no hay otro camino para ascender. ¡Es una miseria, hombre! Y lo irritante es que vemos, a cada hora, pasajeros con cara de ser más brutos que una acémila, cargados de joyas y viajando a todo gas. A veces me dan ganas de mandarlo a paseo y hacerme ladrón. Sí, es verdad, amigo Morris. Nosotros, los funcionarios, somos los pobres de la sociedad actual. Antes, un funcionario era alguien; hoy, hasta el último chatarrero nos mira con desprecio, por encima del hombro. ¿Usted qué opina?

—Hombre, cada uno elige su camino... Cualquiera de nosotros podíamos haber sido chatarrero, como usted dice; para serlo no exigen título. Es cuestión de tener sentido comercial y buena suerte. Yo no estoy descontento de mi carrera, Nos pagan mejor que a ustedes y hasta ahorro un poco. Es cierto que ponemos en juego nuestra vida, pero, al fin y al cabo, mueren tantos de atropellos...

—Pero a usted, Morris, como hombre normal, ¿no le atrae la buena vida? Darse uno todos los caprichos que le vengan en gana, divertirse, alternar con gente bien, en fin, disfrutar la vida. Y eso no lo consigue usted con su sueldo de policía.

—Sí, es cierto; ¿a quién no le gustaría vivir con lujo? Pero, créame, no envidio a los ricos. Lo que...

Ernest se interrumpió en su explicación por la aparición de

Elisha, que ya se había quitado el delantal, anunciando que la cena estaba servida en la otra sala.

Pasaron al comedor y se sentaron a la mesa. Empezaron a comer.

—¿De qué hablabais antes? —preguntó la joven—. ¿Ya estás con tus discursos, Leo? En cuanto atrapas a un individuo, le sueltas tu oratoria de hombre de las cavernas.

—No te metas conmigo, Elisha, que vas a salir perdiendo —amenazó en broma su hermano, que para ella tenía miradas cariñosas—. Sí, has acertado. Charlaba con Morris sobre la necesidad ineludible de ser ricos para disfrutar de la vida.

—¿Y qué opina nuestro amigo? —interrogó ella, con mucho interés observando atenta al agente.

Morris reanudó su explicación por el punto en que había sido cortada:

—Lo que deseo es menos ambicioso. Tal vez se deba a mis pocas luces, no sé. Me contentaría con vivir bien, sin que nada me falte, pero sin lujo, sin echar de menos lo superfino. Lujo, diversiones, alternar con gente bien, como usted decía antes, no, no lo necesito. Yo sería enteramente feliz en una casita como ésta, con unos ahorros en el Banco, para gastármelos en las vacaciones en viajar por ahí, y... y tener familia, alguien que me quiera de corazón. Lo demás me sobra.

El gesto de Elisha era suficientemente expresivo. No podía haber escuchado nada mejor. Dirigiéndose a su hermano, le dijo en tono festivo:

—Anda, Leo, ve aprendiendo. ¿Te das cuenta ahora cómo los jóvenes actuales, según tú nos llamas, pensamos de otra manera que tú, tipo de Cro-Magnon? A los muchachos de hoy no nos produce envidia la riqueza, sino el bienestar. Si yo trabajo es por suplir...

—No digas eso —le interrumpió Leonard, con cierto tono de enfado—. A ti, por suerte, no te falta nada. Te pusiste a trabajar en el teatro porque creías que el arte llenaba una vida. Y el arte de representar, mezcla de monos y papagayos que se mueven y hablan según lo ideado por una persona realmente inteligente, no puede llenar más que la vida de unos tontos presumidos. Ya sabes que me disgusta mucho que sigas actuando. ¿Qué opina usted, Morris?

—En este punto, en acuerdo total con usted. A mí tampoco me

gusta la gente de teatro. La misma Kitty me produce una sensación rara; para mí no es una mujer, sino un ser artificial, una muñeca con resorte.

—Kitty es distinta a las demás actrices —aseguró en tono quedo el inspector principal de Aduanas, con la vista perdida en un punto indeterminado.

—No se atreva a hablar de Kitty, Morris; es tabú.

Esta afirmación de su hermana pareció enojar a Leonard. Frunció el entrecejo. Hubo una pausa en la conversación. Elisha la reanudó.

—He pensado en lo del teatro, Leo. Estoy casi convencida de que ése no es mi camino. Yo misma me doy cuenta de que no valgo. Me encuentro ridícula diciendo el «papel»...

—Pues a ver cuándo te decides a comunicarle a Sterling tu renuncia —y dirigiéndose ahora a Ernest, Neal comentó—: Sterling sí que ha sabido triunfar. Es millonario, o le faltará poco; no da golpe, y tiene cuanto se le antoja.

Morris hizo una pregunta capciosa:

—¿Para tanto dan los negocios teatrales?

—No es únicamente el teatro. Según me ha referido, especula en Bolsa. ¿Cómo le conoció usted, Morris?

El joven vaciló antes de responder:

—Por una cuestión oficial. Él se presentó en el

F. B. I.,

a que le informasen acerca de un amigo suyo que estaba detenido por sospechoso en una cuestión de espionaje, creo recordar. Le facilité los datos, luego me envió unas entradas, y de ahí vino la amistad.

—¡Ah! —se limitó a exclamar el inspector principal de Aduanas.

Terminada la cena, salieron los tres al pequeño porche de la entrada. Hacía una noche espléndida. La luna era un disco de plata prendido a un manto oscuro. Tomaron asiento en unas hamacas, y comenzaron a charlar sobre otros temas de actualidad.

Ernest tenía a su lado a Elisha. Sentía su perfume. Cada vez que la observaba, ella estaba mirándole. Entre los dos parecía haberse establecido una comunicación inalámbrica por la que dialogaban sus corazones mientras sus labios decían vaguedades sin importancia.

Dentro, en alguna parte de la casa, se oyó el timbre de un teléfono.

—Están llamando, Leo. ¿Vas tú?

—Sí, iré yo.

Y Leonard entró en la casa, dejando solos a los jóvenes. Éstos se contemplaban en silencio. Sus respiraciones eran agitadas, como sus pensamientos. En la penumbra, el agente especial imaginaba la escena ansiada. Se atrevió a extender el brazo y a tomar la delicada mano de Elisha. Apretó, muy suavemente, y ella no la retiró. Ambos experimentaban la inefable dicha del amor correspondido. Y así, callados, contemplándose permanecieron durante unos minutos.

Escucharon las pisadas de Leonard. Separaron las manos.

—¿Quién era a estas horas, Leo?

—Del puerto, nada importante. Que mañana he de estar allí muy temprano. Me han hecho polvo la velada —repuso, malhumorado, Neal.

A partir de aquel momento, pareció como si un viento glacial hubiese congelado la efusividad anterior. Los jóvenes notaban enfadado a Leonard, que no volvió a hablar en largo rato, y ellos sentíanse violentos. Hubiesen preferido seguir a solas, hablándose de sí mismos, conociéndose para un mejor entendimiento. Fracasaron cuántos intentos hizo Elisha de arrancar de su mutismo a su hermano.

—No es para tanto, Leo. Aunque te moleste madrugar, por una vez no te vas a morir de debilidad. Estás demasiado gordito.

—Déjate de bromas y vamos a dormir. Discúlpenos, señor Morris. Es ya tarde y... Confío que en otra ocasión... ¡Buenas noches! ¡Vamos, Elisha!

Leonard Neal entró en la casa, sin dar siquiera la mano a Ernest. A éste le extrañó el comportamiento incorrecto de Neal. Buscaba mentalmente un motivo que pudiera haber ocasionado aquel cambio. Supuso que le había visto, por alguna ventana, coger la mano a su hermana. No cabía otra explicación.

Elisha parecía muy contrariada. En pie, empequeñecida frente a Morris, se despidió, afligida.

—Lo lamento mucho, Morris. No sé qué mosca le ha picado. Es muy bueno, pero, a veces, se comporta como un burro. Lo siento. Créame.

—No se preocupe; no tiene importancia. En ocasiones no está uno para atender a los invitados. Volveré a verla. Tenga la seguridad de que nos encontraremos de nuevo. ¡Adiós!

—¡Buenas noches!

Con una última mirada de amor, los jóvenes se separaron. El agente especial atravesó la banda de jardín. En la calle, volvió la cabeza: desde, el porche, Elisha le despidió agitando un brazo.

Ernest había llegado en «taxi». Regresaría en autobús a Manhattan. Vió cruzar uno por la esquina de la avenida Sound View. No tenía prisa y anduvo despacio, por la mal alumbrada calle, recreándose en recordar los dulces instantes pasados junto a Elisha. Revivía con la memoria los gestos y las palabras de ella.

Le faltaban unas yardas para llegar a Sound View, cuando oyó que alguien, una mujer con tacones altos, se acercaba corriendo, a su espalda.

—¡Ernest!... ¡Ernest!...

Le dió como un vuelco el corazón. Era la voz de Elisha. Algo les había sucedido. Giró rápidamente sobre sus tacones. Ella se aproximaba corriendo, y él acudió a su encuentro.

—¿Qué pasa, Elisha?

—Ernest: huye de aquí, pronto. Vienen a matarte —anunció ella, jadeante y angustiada, tuteando inconscientemente al del F. B. I.

Él la sujetó por los hombros, sin comprender, y preguntó:

—¿De qué estás hablando? ¡Cálmate, mujer! ¿Quiénes vienen a matarme? ¡Explícate!

—No pierdas tiempo, Ernest. ¡Huye! ¡Sálvate! —suplicó, sollozando, la joven—. ¡Leo!... Se lo he oído decir a mi hermano por teléfono a no sé quién. Les ha dicho que tú ya habías salido y que irías a tomar el autobús en esta esquina, ¡Dios mío!... ¡Mi hermano!... Yo estaba en la cocina, tenía la puerta abierta, y lo escuché sin querer... ¡Corre, Ernest! Huyamos... Yo voy contigo...

El agente del

F. B. I.,
comprendió, entonces. ¡Sterling y Neal, discípulos!
¡Discípulos en el colegio del crimen!... El plan de Kilker hacía fallado por algún punto... ¿Qué error se cometió?... Él creía haber convencido a Sterling, aquella misma tarde, en el Diamante. ¿Qué

habría sucedido después para que fuese ordenada su muerte?...

Dispuesto a morir defendiéndose, el agente sacó la Luger. El tamaño y el aspecto siniestro del arma estremecieron a la acongojada Elisha. Morris amparó a la joven, rodeándole los hombros con el brazo derecho, y la atrajo hasta la pared. Miró a un lado y a otro de la calle. Aún no se distinguía ningún grupo de hombres. Acudirían en grupo, sin duda alguna, como los cobardes. Apretaba con la zurda la culata de la Luger. Tenía el cargador completo. Kilker sabría luego de lo que él fue capaz.

—No luches, Ernest. ¡Huyamos! Serán muchos y te matarán. ¡Vamos!

Pegados a la fachada, los jóvenes anduvieron hasta Sound View. No había nadie en la parada del autobús; acababa de partir uno. A aquellas horas transitaba poca gente. No se divisaba ningún policía. Los «taxis» pasaban ocupados.

—Esperemos aquí —propuso él—. No se atreverán a disparar.

—¡Vámonos!... Cuanto más lejos, mejor. ¡Mira! ¡Allí enfrente hay un bar! ¡Entremos! ¡Ellos no entrarán! Y por teléfono podrás pedir ayuda a los tuyos.

Al atravesar la avenida, un coche surgió de la calle Lacombe, de la que acababan de salir, se detuvo un instante en la esquina, y luego arrancó veloz, torciendo hacia donde ellos dos se hallaban. Los iluminaron los faros en el momento de pisar la acera.

El coche paró junto al mismo bordillo, y alguien gritó:

—¡Quietos ahí u os acribillamos!

Seguidamente, del coche parecieron brotar cuatro hombres que rodearon a los jóvenes. Los cuatro empuñaban armas de fuego. Morris pudo defenderse, pero Elisha estaba junto a él y... No obstante, mantuvo empuñada la «Luger». Reconoció a Zachary, el que había gritado anteriormente, con su peculiar sonrisa feroz. Val esgrimía un revólver. A los otros no los conocía. Y en el baquet quedaba otro. Era un cerco de muerte. No tenía escapatoria.

—La chica os salva a algunos —murmuró, rabioso de impotencia.

—La chica, por ser hermana de Neal, te ha salvado a ti en principio. Si no, te hubiésemos sacudido desde el coche —dijo el negro—. ¡Suelta esa pistola!

—¿Qué queréis de mí? ¿Sabe esto Sterling?

—Sterling sabe que el inspector Kilker vive. Fue una trampa vuestra, pero serás tú la pieza. Y más tarde, veremos si el inspector... ¡Trae la pistola! ¡Venga! ¡Los dos!... ¡Al coche!

—Ella no —se opuso el agente, al mismo tiempo que dejaba caer al suelo la «Luger», que fue recogida por el negro.

—Ella también —aseguró Zachary dándoles un empujón para que anduviesen—. Ella sabe demasiado, y los jefes han de decidir. ¡Arreando!

Habían realizado con tanta astucia la maniobra, que los contados transeúntes que pasaban por la acera no vieron nada extraño en el corro de individuos que parecían conversar normalmente.

El vehículo, el Vauxhall de color verde, arrancó con los dos prisioneros prensados entre los forajidos, con dirección a un destino que sólo Zachary conocía.



~~~~~  
¿Conoce usted

### **NOVELISTAS DE HOY?**

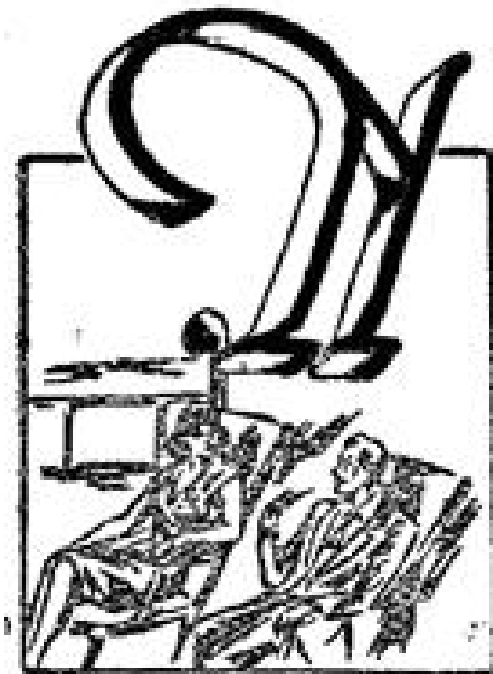
Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

## IX

### HUELLA DELATORA



S. A. C.

's del

F. B. I.,

en Nueva York, y tampoco el doctor que había operado a Alexander Kilker, consiguieron disuadirlo de su propósito de salir inmediatamente del hospital, en cuanto las fuerzas volvieron a sus miembros.

—Reposo es lo que necesita usted —le había dicho el doctor. Se

I el Inspector jefe del

le ha hecho también una transfusión de sangre. No cometa usted locuras. Recuerde que el accidente le ha ocurrido esta misma mañana. Sólo han pasado unas horas...

Ningún razonamiento podía atar a Kilker a la cama, desde el momento en que había recibido la siguiente respuesta de su amigo el inspector jefe:

—Sí; no se ha podido evitar en los primeros momentos. Al ir a recogerte, los muchachos te reconocieron, fueron indiscretos, en su asombro, y ha llegado a oídos de la Metropolitana.

—Entonces, Ernest habrá sido ya condenado a muerte. Sterling tiene un cómplice en la Policía. Cuando lo de Vincent Montano, la banda lo supo a los pocos minutos. Tengo que salvar al muchacho, aunque me desangre por las calles. Que me pongan el brazo en cabestrillo o como sea, o que me lo corten si me estorba. ¡Llama al medicucho ése!

—¿Estás loco, Alex? Es posible que no se hayan enterado...

—No te jugarías tú la cabeza... En cuanto les haya llegado el soplo de que yo existo, se habrán dedicado a la caza del muchacho, eso si es que no lo tenían delante de ellos. ¡Venga, ayúdame, o salgo a la calle en calzoncillos si es preciso!

No hubo razonamiento que lo convenciese.

Estaba avanzada la noche cuando el inspector Kilker se echó a la calle, con el brazo izquierdo en cabestrillo y el hombro abultado, bajo la chaqueta, por los vendajes. Tampoco había querido la ayuda que le brindaba el inspector jefe.

—Mucha gente mueve demasiado ruido y no es ocasión de espantarlos porque perderían la cabeza. Si os necesitase ya os avisaría. Primero iré al domicilio de esa *vedette* de pega. Apúntame en un papel su dirección, que se me ha olvidado.

Sin embargo, su amigo había dispuesto que lo siguiese un grupo de agentes especiales, sin que él lo notase.

Kitty Hollis vivía en un lujoso apartamento de la Quinta Avenida. Se hallaba ella sola, con la doncella únicamente. Echada en la cama, envuelto su esbelto cuerpo en una bata larga, ojeaba una revista. Junto a la cabecera, en una mesita, había una lámpara, un teléfono en plástico rosa, una caja de cigarrillos y un cenicero.

Oyó que sonaba el timbre de la puerta del apartamento. Se incorporó un poco y puso atención a las palabras de su sirviente,

que decía:

—No, el señor Sterling no vive aquí, y tampoco está.

—Traigo un recado urgente y de mucha importancia para él. ¿Está la señorita Hollis? Tengo encargo de dárselo a ella si él no estuviera.

—Ya está en su alcoba, señor. ¡Iré a ver si puede recibirlo!

La puerta del dormitorio se abrió y la doncella iba a comunicarle la petición del visitante, cuando éste apareció bajo el dintel y, empujando por la espalda a la sirvienta, la llevó hasta la misma cabecera del lecho.

—Soy el inspector Kilker, Kitty. Y vengo a arrancarte la lengua y algo más si no respondes a mis preguntas.

El del

F. B. I.

adelantó un paso y tanteó debajo de la almohada; no encontró nada. Luego, dio un empujón a la doncella, sentándola en una butaca.

—Tú, a callar, muchacha. ¿Hay alguien más por ahí?

La aludida contestó negativamente, aterrorizada. Mientras tanto, Kitty permanecía atónita y como alelada. ¡El inspector Kilker allí!... ¡Y ella sola!

Encarándose con la *vedette*, Kilker inquirió rudamente:

—¿En qué agujero se ha escondido Matilde Capozzi? ¿Por qué no está aquí? —Y al mantenerse silenciosa la artista, él, cogiéndola por el batín la levantó con la única mano útil como si fuese una pluma—. No quiero perder tiempo. ¡Contéstame!

Kitty respondió, sin habla apenas:

—Ha salido a no sé dónde. Me pidió permiso para salir.

—¿Dónde está Sterling?

—Tampoco lo sé. ¿Por qué había de saberlo yo? —Osó interrogar la *vedette*, algo más recobrada, al comprobar que su primera mentira había sido acogida sin dudas—. ¡Vaya usted a su casa!

—¿Qué habéis hecho a Ernest Morris?

—¿Quiénes?... Yo no he hecho nada a Ernest Morris. ¡No es mi tipo! —declaró ella, cínica, adoptando su habitual pose de mujer vamp.

El inspector dió un empujón a Kitty, a la vez que le decía:

—¿Qué más quisieras tú? Escucha, Kitty: no sé todavía exactamente la participación tuya en esa Sociedad del Crimen que tenéis formada; pero si te considero cómplice por aprovecharla, que eso eres tú desde que conociste a Capozzi. Y desde entonces debes haber aprendido mucho más aún. Eres mujer y no puedo arrancarte la verdad como me gustarla hacerlo, pero te advierto que respondes con tu vida de la de Ernest Morris. Si él muere, tú morirás —sentenció Kilker siniestramente—. Esperaré aquí el tiempo que sea. En cuanto me informe de que él ha aparecido muerto, tú seguirás su camino. Ahora, toma la resolución que creas más oportuna para salvarte. Y ten presente que tardo poco en utilizarla.

Levantándose el pico izquierdo de la chaqueta, mostró la funda especial sujeta al costado y la pistola.

La fuma de «duro» y la expresión de Kilker hicieron comprender a la *vedette* que no eran fanfarronerías sus palabras. Sin embargo, ella no podía traicionar a sus cómplices porque, en consecuencia, sería víctima de ellos. Mujer acostumbrada a emplear su belleza y experiencia en seducir a los hombres, optó por el empleo de estas armas, no menos peligrosas que una pistola.

Adoptó una postura provocativa, y sus verdes ojos adquirieron un brillo especial. Con voz aterciopelada, en tono leve, casi un susurro, dijo:

—Es una verdadera pena que usted y yo no nos hayamos conocido antes, inspector. Mi camino hubiese sido otro. Siempre me gustaron los hombres audaces. Cometí el error, lo reconozco, de elegir mal. Cesare Capozzi era audaz, pero también él se había equivocado de camino. Usted es distinto. Yo habría sido una mujer diferente de habérmelo tropezado antes. Las que tenemos temperamento nos enamoramos de hombres como usted, pero hay muy pocos, ninguno, puede asegurarse. Usted es una excepción. ¡Cuánto he oído hablar del inspector Kilker!...

Ella hizo una pausa, midiendo el efecto que producían sus palabras halagadoras. Prosiguió, insinuante:

—Sé que es soltero. Nunca sospeché que fuese usted como es. Lo creí mayor, otro tipo; en fin, sinceramente, menos atractivo. Reúne todas las cualidades que me ilusionaron siempre. ¿Por qué va a ser tarde para enmendar el rumbo de mi vida? —interrogó Kitty Hollis, y se aproximó con movimientos de sierpe al inspector, que la

escuchaba como fascinado—. En realidad, yo necesito el apoyo de un hombre fuerte y recto. He sido una muchacha desgraciada... Nadie ha poseído mi corazón ¡Usted es tan distinto!... Admito que lo conozco solamente desde hace unos minutos, pero he oído tanto de usted, que es como si lo conociera desde hace mucho tiempo. La vida privada de los nombres famosos es de conocimiento público. Su renombre empezó a subyugarme. Alrededor de usted flota como una aureola de leyenda. Es usted el sueño, hecho realidad, de toda mujer. Sterling es un muñeco, un maniquí lleno de paja solamente. Lo he soportado porque me amenazaba con matarme, y yo estaba tan sola... Ahora, todo cambiará. Confío en usted... Me haría tan feliz, Kilker...

Efectivamente, el inspector del  
F. B. I.,  
era el tipo de hombre que suele gustar a bastantes mujeres. Apuesto, de facciones duras, como cinceladas, entre la juventud y la madurez, con prestigio de héroe...

Kitty Hollis aguardaba la respuesta, con la boca entreabierta, níveos los dientes, jugosos los labios, la respiración anhelante... Y él la miraba tan intensamente, que ella consideró ganada la partida. Entornando las largas pestañas, se aproximó una pulgada más...

Fue un latigazo a su orgullo la serie de carcajadas del inspector del

F. B. I.  
Éste reía, con risa de loco, mofándose en la misma cara de la mujer. Sus siguientes palabras sonaron como escopetazos cargados de mordacidad hiriente, por lo insultante:

—¡Basta de estupideces, maldita! Te he dejado hablar para divertirme con tus mentiras y tus trucos de devoradora de hombres. Sonaba a disco rayado de tanto ponerlo. Para otros estarás bien en ese «papel»; para mí, me resultas falsa y pésima actriz. ¡Apártate, víbora!... ¿Cómo pudiste pensar que el inspector Alexander Kilker iba a dejarse prender en tus redes igual que un tigre en celo? ¡A cuántos habrás cazado con tus perversas artes!... Si por mi gusto fuera, no existiría en el mundo ninguna mujer de tu calaña. Todas las que sois así tenéis la responsabilidad de muchos robos y asesinatos. A vuestro paso vais dejando desgracia, ruina, perdición entera... ¡Pobres hombres los que no saben resistiros! Los devoráis

física y espiritualmente. Sois vampiros repugnantes que yo aplastaría sin compasión. ¡Apártate!

Y a las palabras insultantes se unió la acción, y la *vedette* recibió un golpe en la cara que la hizo caer de espaldas en la cama. Kitty Hollis, llena de pavor, supo que no todos los hombres son iguales. El asco que leía en los ojos de Kilker le impresionó. Ella, que siempre se había creído irresistible, la lámpara que atrae con su resplandor a los insectos para quemarlos a su contacto, había tropezado con un hombre invencible.

Sintió tentaciones de gritar, histérica, al verle tomar el teléfono y marcar. Se quedó pegada a la cama, por miedo a que la matase. A Kilker sí lo creía capaz de hacerlo. Todos dijeron siempre de él que era un hombre sin entrañas.

—Soy el inspector Kilker. ¿Está ahí el jefe, o estará en su casa?

—No, inspector; está en su despacho. Ahora mismo le pongo con él —repuso el de la centralilla de la División del F. B. I.

Al habla con el inspector jefe, Kilker le preguntó, impaciente:

—¿Se sabe algo del muchacho? ¿Ha llamado o mandado algún aviso?

—Nada, Alex. Me vine aquí, desde el hospital, y encargué que estuvieran al tanto. ¿Dónde andas?

—En casa de la mujerzuela de la Hollis. Estoy interrogándola. Como se resiste a decir la verdad, he pensado quitarla de en medio —el inspector hizo una pausa teatral, como si estuviera escuchando alguna objeción del otro—. No lo creas. Ya me conoces. No habrá responsabilidad ninguna, porque el cadáver no aparecerá. Y ya sabes de sobra que si no se encuentra el cuerpo del delito, no hay delito. Sí, al mar; es lo mejor, con unas pesas a los tobillos. ¿Cómo?

—Si no canta con esto, tendrás que matarla de verdad —le dijo, medio en broma, el inspector jefe—. Oye: ¿hay que echarte una mano?

—Convendría que fuese registrada la casa de Sterling y de los que ya sabemos su domicilio. Que los muchachos tomen las debidas precauciones y no alboroten. Estarás ahí, ¿no?

—Sí, Alex.

El inspector Kilker cortó la comunicación, y con mirada sombría se enfrentó a la *vedette*. Tanto ella como su doncella estaban

realmente aterrorizadas. Kitty no dudaba ya sobre la falta de escrúpulos éticos y profesionales de Kilker. Disponíase a confesar, cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

—Vas a ponerte, Kitty, y hablarás tú con arreglo a lo que yo te sople.

El del F. B. I., preparó un pañuelo e indicó a la *vedette* que tomase el aparato, a la vez que le advertía:

—Pregunta: ¿quién es?

Y Kilker separó el auricular de la oreja de la *vedette*, colocándolo de manera que también él escucharía cuánto hablase el que había llamado.

—¿Quién es?

—Oye encanto: ya hemos traído a Morris. Lo han cogido al salir de casa de Neal. Se ha complicado la cosa. Elisha se ha puesto de parte del «poli», porque se ha enterado de lo nuestro. No sabemos qué hacer con ella, he llamado a Neal. ¿Qué opinas tú?

El inspector Kilker no podía reconocer la voz de Sterling, puesto que nunca había hablado con él. Tapó seguidamente el micro con el pañuelo y mandó a Kitty:

—Dile que no se precipiten, que esperen hasta tu llegada. Que sales ahora mismo para allá.

Quitó Kilker el pañuelo.

—No os precipitéis, Martin. Espera a que yo vaya. Iré enseguida —dijo Kitty, con la entonación monótona y un tanto embarullada de quien repite una lección mal aprendida.

—¿Qué te pasa? Hablas de una forma rara. Volvió el inspector a tapar el «micro».

—Dile que es natural que estés un poco nerviosa.

Quitado el pañuelo, la *vedette* replicó a Sterling:

—Estoy un poco nerviosa; es natural.

—Bueno, bueno; te esperamos, ¿eh? —Y Sterling cortó la comunicación.

Kilker la obligó a dejar el aparato. Kitty estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Pálida, inundada de sudor la frente, se quedó mirando al inspector. Éste inquirió:

—¿Quién era ése? Martin Sterling, ¿verdad? Tú le has llamado Martin.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Ya carecía de

voluntad propia; tenía los nervios deshechos.

—¿Dónde están?

—En el Diamante —confesó la *vedette*, resignada a soportar lo que fuese. Aquella llamada telefónica había terminado de demostrar su culpabilidad.

—Vístete pronto y vamos allá.

Ella se dispuso a obedecer. Impulsada por la costumbre. Instintivamente, la doncella se levantó para ayudar a su ama.

—Quieta ahí, muchacha —le ordenó el inspector—. No os una niña.

Terminaba de vestirse Kitty, delante del inspector que no se fiaba de ella, cuando volvió a sonar el timbre del teléfono.

—¡Ven acá! Harás lo mismo que antes —advirtió el inspector, sacando de nuevo el pañuelo.

Descolgado el aparato, oyeron que una voz masculina preguntaba:

—¿Está el señor Clave KAI?

Fue Kilker quien respondió:

—Sí. Soy Kilker. ¿Qué hay?

—Escucha, Alex —era el Inspector-jete—. Acabo de recibir una comunicación de Washington. ¿Recuerdas aquellas huellas obtenidas en la carta que mandaron a Morris? Unas pertenecían a Sterling, otras a Aubrey: pero hubo unas que no se lograron identificar. ¿Te acuerdas? Washington ha descubierto que corresponden a Matilde Capozzi.

—¿A la Capozzi? —repitió, sorprendido, el inspector.

—Sí. ¿Enterado? ¿Qué? ¿Conseguiste algo? Morris continúa sin dar señales de vida.

—Lo tienen en el teatro Diamante, calle Cuarenta y Dos. Convendría que mandases a algunos muchachos, pero que no actúen sin contar conmigo.

—Mándalos tú mismo, Alex.

—¿Cómo? ¿A quiénes?

—Cuando saliste del hospital, ordené que te protegieran algunos. Seguro que estarán por ahí, en la calle. Llámalos. Y yo también iré a ese teatro, con otros. ¡Suerte, Alex! No te expongas innecesariamente.

—Hay que salvarlo, como sea. Además, tienen con él a Elisha

Neal, la hermana del Inspector principal de Aduanas, Leonard Neal. Morris los conocía. Este Neal está complicado también. ¡Hasta ahora!

Dirigiéndose hacia la doncella el inspector manifestó:

—Tendré que atarte y meterte por ahí, muchacha. No me fío tampoco de ti.

La doncella empezó a llorar, de miedo. Kítty estaba ya preparada para salir a la calle. Ni el colorete lograba disimular la palidez de sus mejillas. Producía la impresión del reo que emprende, resignado, por aniquilamiento propio, el camino hasta el patíbulo.

Con unas toallas y una sábana, hechas jirones, el inspector Kilker se valió de su mano útil para amordazar a la doncella, encerrándola después en el ropero, al que echó la llave por fuera.

Mandó secamente a Kitty:

—¡Andando! Ahora me dirás quién hay allí y cómo se puede entrar.

Inclinada la cabeza, con pasos vacilantes, la *vedette* salió de la alcoba, delante del servidor del F, B I.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!  
P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán  
P R O E Z A S

## X

### ¡YO NO FUI UN ASESINO!



MORRIS y Elisha habían sido encerrados en la habitación contigua al camerino de Kitty Hollis, el número «1», comunicadas ambas estancias por la puerta que daba a la parte donde se hallaba el baño de color azul.

Los prisioneros tenían los brazos ligados a la espalda.

Se hallaban en pie, juntos, recostados en la pared. Al lado de la puerta, sentado en una silla, Zachary, el negro, los vigilaba. Su peculiar mirada, de salvaje, cambiaba por otra repugnante al fijarse en la muchacha.

Tanto Elisha como Morris estaban pendientes de la conversación

que se celebraba en el camerino de Kitty. Las palabras, pronunciadas en tono alto, de disputa, se filtraban a través de la puerta.

—No insistas, Neal —se oía decir a Matilde, con su voz áspera y desagradable—. Aquí, en esta situación, no hay sitio para sentimentalismos. Al fin y al cabo, no es más que tu hermana.

—¿Te parece poco? —gritaba, excitado, el inspector principal de Aduanas—. ¿Es que no he hecho lo suficiente para merecer que no la matéis?

—¡Hablemos claro, Neal! —Manifestó Matilde. Tú y Wellman, uno en Aduanas y el otro en la Metropolitana, ¿por qué os unisteis a nosotros? ¿Es que no se os ha pagado bien? Lo hicisteis por dinero. ¡Os vendisteis! Si ahora, por culpa de ese maldito Kilker, estamos en peligro, tenéis que estar a nuestro lado sin más miramiento que destruirlos. Todos los que estén enterados de nuestra asociación han de morir.

Se oyó a Sterlín, interviniendo, con tono que quería ser convincente:

—Comprendo que es doloroso, Leonard; pero ¿qué otro remedio queda sino hacer lo que Matilde dice? Tu hermana se ha enterado de todo, está, de parte de Morris, y si la dejásemos en libertad, ¿asegurarías tú que cerraría la boca? Sin embargo, esperemos a Kitty. Estará al llegar. Tal vez ella sé le ocurra otra cosa. Volvió a hablar Neal, suplicante:

—Wellman: tú eres como yo un hombre que ha caído de otra manera que éstos; razonales por mí. Ya estás viendo que no consigo convencerlos. Para ellos no hay freno que...

—Será muy penoso. Neal, pero hemos de procurar salvarnos nosotros primeramente —declaró un hombre de voz atiplada: sin duda, el apellidado Wellman—. Empieza uno por coger unos dólares, y la pelota se va haciendo cada vez mayor. Ya es tarde para dar marcha atrás, Neal.

—No le deis más vueltas al asunto —aconsejó Sterling—. Vamos al despacho, hasta que aparezca Kitty. Allí estaremos más cómodos, y además, éstos no nos oirán. No hay necesidad de que Elisha sepa su suerte antes de tiempo.

Matilde ordenó secamente:

—Tú quédate aquí, Val, para avisarnos si ocurre algo. Zachary,

que no salga para nada. Y el vigilante, que esté al tanto de la puerta de artistas, para cuando llegue Kitty.

El camerino quedó en silencio.

Zachary comentó, con mala sangre:

—Yo me encargaré de darte el pasaporte Morris. Matilde me prefiere a mí, porque dice que tengo su pasta, aunque yo sea como el carbón de negro. Conque el niño se las quería dar de listo, ¿eh? Y a ese inspector Kilker, también me gustaría echármelo a la cara. Iba a saber lo que vale un servidor. La pena es que la niña lo va a pagar también. ¡Con lo relinda que es!

El negro se puso en pie. En la izquierda llevaba la «Luger» quitada al del

F. B. I.,

y fue acercándose a la joven. Bastaba mirarle a los ojos para descubrir el turbio deseo que lo animaba. Los dos prisioneros se pusieron aún más juntos. Ella, buscando un imposible apoyo en Ernest, y él, intentando en vano protegerla.

Los dedos, negros y pringosos como morcillas, acariciaron la barbilla de Elisha. Ella, sin gritar, pretendía retirar la cabeza, pero la pared se lo impedía. La otra mano del negro apuntaba con la pistola al pecho de Morris, como advertencia, por si intentaba oponerse.

—¡Ernest! —rogó ella, asqueada.

Y el agente del

F. B. I.,

a sabiendas de que su gesto sería contraproducente, y que se exponía a morir allí mismo de un balazo, levantó de súbito una pierna y golpeó con la rodilla el bajo vientre del negro. Éste cayó hacia atrás, retorciéndose de dolor, entre gemidos y maldiciones. La «Luger» voló hasta un rincón.

Morris quiso aprovechar la ocasión para hacerse con el arma y corrió al rincón. Pero con las manos atadas a la espalda, perdió tiempo en sentarse en el suelo e inclinarse hacia atrás. Alargaba los dedos cuando...

La puerta se abrió de repente y el alcoholizado Val apareció en el umbral, empuñando un revólver.

—¿Qué pasa aquí, Zachary? —preguntó, echando una ojeada en derredor.

El negro estaba ya de rodillas en el suelo, y tenía su revólver en la mano, apuntando al agente. Éste, aunque Val no hubiese entrado, no habría podido hacer nada útil.

—Este perro, que me ha atacado a traición —gruñó, feroz, el negro, levantándose y aproximándose, amenazador, a Morris.

—No le sacudas, Zachary —le aconsejó su cómplice—. No sabes cómo se pondría Matilde si le hicieras algo sin autorización suya. Anda, recoge esa pistola.

Renegando, el negro se inclinó a recoger la «Luger», que estaba a una pulgada de los dedos de Ernest. Y entonces, ante la sorpresa de los jóvenes. Val dejó caer con violencia terrible el cañón de su revólver sobre el cráneo del negro. Éste se desplomó sin sentido, encima del agente especial.

—Voy a salvaros, muchachos —anunció, nervioso, el alcoholizado gángster—. A ver las muñecas. Daos prisa. No hay tiempo que perder.

Morris, que había logrado desembarazarse del cuerpo del negro, se irguió.

—¿Por qué haces esto, Val?

—Yo he sido un canalla toda mi vida, pero lo del otro día, aquel pobre hombre y aquella infeliz criatura... ¡no se me olvidan! Soy tan asesino como ellos; pero hay un límite que... Esta muchacha... ¡Ya no me importa nada!...

—Vente con nosotros, Val —le propuso Morris, ayudándole a desatar las manos a Elisha.

—Me matarán, vaya donde vaya. ¡Me da igual! Yo tenía que haber muerto nada más nacer. ¡Andad, hijos! Seguid el pasillo, y encárgate tú de quitar de en medio al vigilante. Es de la banda también. ¡Coge tu pistola! No dispaes. Golpéalo, simplemente, para no alarmar a los otros. Yo iré después.

Y el forajido les abrió la puerta, y les vio encaminarse hacia el pasillo que conducía a la salida.

Sonaron dos detonaciones. El cuerpo de Val fue sacudido al encajar los impactos en la espalda. Caía lentamente, con rictus de sufrimiento indecible en su avejentada faz. Se agarraba a la jamba, mas los dedos se le escurrían. Quiso volverse a mirar a su asesino. No pudo. Herido de muerte, cayó encogido.

Echado en el suelo, Zachary contempló su agonía. Aún humeaba

el cañón de su revólver. El asesino se había arrastrado hasta el camerino, apenas recobró los sentidos.

Los jóvenes fugitivos oyeron las detonaciones, e instintivamente se pararon. Escucharon unos pasos apresurados por el pasillo. Adivinaron que el vigilante se acercaba a averiguar la causa de los disparos.

Tirando de Elisha por un brazo, Morris retrocedió, y, sin pensarlo, se metieron en uno de los camerinos, que estaba a oscuras. La puerta siguió abierta. Se escondieron tras una fila de trajes y vestidos que colgaban de unas perchas clavadas a lo largo de las paredes.

Morris notó el temblor que agitaba a Elisha. Por temor a que fuese presa de los nervios y los delatara, la atrajo hacia sí con el brazo derecho; mantenía la «Luger» con la izquierda, y le susurró:

—No te muevas.

Oyeron perfectamente la llegada del grupo de forajidos y las explicaciones que les dió Zachary.

—Pues por el pasillo no han salido —afirmó una voz desconocida para Ernest, que dedujo sería la del vigilante del teatro.

—Seguro que estarán en uno de estos camerinos o en el escenario —comentó Martin Sterling—. Dad algunas luces del escenario y de la sala.

Sonó entonces un timbre estridentemente.

—Ahí está Kitty. Vete a abrir, y sigue allí de guardia, preparado por si intentan salir —ordenó Sterling—. Que Kitty no se mueva de tu lado. Vamos a repartirnos. Vosotros dos, a registrar uno a uno los camerinos. Llevad las pistolas preparadas. Morris está armado y tirará a dar. Nosotros vamos a recorrer el escenario, la sala y los demás pasillos. No olvidarse de mirar en el bar ni en el vestíbulo. Tal vez intenten llamar por allí la atención de la Policía disparando al aire.

Los jóvenes escucharon las pisadas de los que se alejaban. Oyeron otras, sigilosas, de los que se disponían a registrar los camerinos.

La luz se hizo de repente. Morris vió que se encontraban detrás de una serie de vestidos de época, cuyos bordes de las faldas tocaban el suelo. No les asomaban por debajo los pies. Separó dos trajes, abriendo una estrecha rendija, y miró por ella.

Al cabo de unos momentos, vió a los dos individuos que ayudaron a Zachary y a Val a detenerlos en Sound View. Tenían catadura de criminales empedernidos. Sin duda eran killers profesionales. Asían sendos revólveres. Uno de ellos penetró en el camerino, mirando a todas lados, mientras el otro quedaba bajo el dintel, protegiendo a su compañero de una posible sorpresa.

El que había pasado comenzó a levantar vestidos, por el primero de la fila, a unas yardas del escondrijo de los jóvenes. Iba haciéndolo con la mano izquierda, en tanto que apuntaba al frente con el arma en la otra.

Comprendió Morris que no tenían escapatoria si no hacía uso de la violencia. La vida de los dos, de Elisha y él, estaba en peligro. Si los volvían a coger, no podrían esperar perdón. Se decidió a atacar.

Le oscilaba el arma. Iba a herir por vez primera en su vida. La prueba no era fácil. Pero la vida de Elisha...

Apuntó al gángster más cercano, y apretó el gatillo. Sin comprobar el resultado de su disparo, cambió de puntería y volvió a hacer fuego contra el de la puerta.

A través del humo encerrado por los vestidos, diviso dos cuerpos que caían.

—¡Vamos, Elisha! ¡No mires al suelo! ¡Vendrán aquí!

Saltaron por encima de los forajidos, que yacían moribundos, y Morris buscó un nuevo escondite en la misma habitación donde habían estado prisioneros. Pensó que allí no se les ocurriría mirar, por increíble.

Salvaron el obstáculo que suponía el cadáver atravesado de Val, y recorrieron el camerino de Kítty y pasaron a la habitación contigua. La puerta estaba entreabierta, y se colocaron tras ella, otra vez apretados el uno contra el otro, tensos, expectantes, jadeantes por la carrera. Ernest apretaba con fuerza la culata de la «Luger». ¡Estaba dispuesto a no dejarse matar como corderos!

Se repitieron el agrupamiento de los forajidos y sus frases de desconcierto al encontrarse con los dos cadáveres.

—Por el pasillo no deben haber ido, porque el vigilante les habría echado el alto —se oyó comentar a Wellman, el traidor a la Metropolitana—. Y después de lo pasado, no se les habrá ocurrido volver a meterse en otro camerino.

—Probablemente habrán ido al escenario. Elisha conoce bien el

teatro, y aquello es ideal para esconderse —manifestó Sterling—. De todas maneras, tú, Parker, echa una ojeada por aquí. No te descuides, que ya estás viendo cómo tira Morris. Nosotros vamos al escenario. También el patio de butacas..., y los palcos... El caso es que no salgan del teatro. Antes o después, los atraparemos.

Tras la partida del grupo, se escucharon los pasos de un individuo, del apellidado Parker. Indudablemente, quizá por miedo a hallarse solo, en un lugar sembrado de cadáveres y donde podría llegarle, a su vez, la muerte desde el sitio menos pensado, el tal Parker se limitó a mirar, sin pasar a los camerinos. Más tarde se alejó, y sus pasos dejaron de oírse.

—Intentaremos salir ahora. El vigilante estará entretenido con Kitty, y podremos acercarnos lo bastante para sorprenderlos —dijo Ernest a Elisha.

Al abandonar el camerino número 1, sintieron el suave ruido de unos pasos por el pasillo que conducía a la salida. Alguien se aproximaba. Sí, el vigilante, sin duda, a enterarse del curso de la persecución.

Cogidos de la mano, los jóvenes corrieron en dirección opuesta, hacia el escenario. Se detuvieron, y, pegados a la pared, se asomaron. No distinguieron a nadie entre los bastidores, bambalinas y muebles y objetos. No estaban encendidas todas las luces, solamente unas cuantas, y los telones proyectaban sombras fantasmagóricas. Impresionaba el silencio del inmenso escenario. Subieron.

—Escondámonos en el foso, Ernest —aconsejó Elisha, indicando una trampilla en el suelo.

La abrió el agente con sumo cuidado, para que los oxidados goznes no rechinasen. Más cuando lo hubo conseguido, dijo al oído de la joven:

—Baja tú sola. Toma mi encendedor. Yo voy por éstos.

—No, Ernest. Te matarán. Son muchos. Escóndete conmigo.

—Calla, cariño —bisbiseó él, acariciándole la rubia cabellera—. Es mi deber. No debo esconderme. Si no vengo a llamarte, no salgas. Espera las horas que sean, y sal cuando oigas a los tramoyistas. Trata de localizar al inspector Kilker. Él te amparará.

Ernest la besó y abrazó apasionadamente, creyendo que era el primero y último beso que daba a la mujer amada. Morris estaba

resignado a perecer antes que ser un cobarde.

Descendió Elisha. Cuando el del

F. B. I.,

iba a tapar, ella le rogó:

—Si te tropiezas con Leo, no lo mates.

—Es un asesino —acusó él, sin poder reprimirse—. Ya escuchaste...

—Sí, Ernest; pero es mi hermano. No lo mates. Hazlo por mí, Ernest.

La trampilla quedó cerrada, y Morris se encontró solo en el escenario. Anduvo hasta escudarse tras unos cajones. Necesitaba unos segundos para trazarse un plan de ataque. Enemigos suyos quedaban: Sterling, Neal, Zachary, el más peligroso de todos; Wellman, el policía; Parker —recordó entonces que así se llamaba el individuo que los acompañó a casa de Turner, el de tipo de profesor en Física y Química—, el vigilante, y Matilde. No consideró a Kitty capaz de luchar. No creía que hubiese más hombres en el teatro, a juzgar por las conversaciones captadas.

Se equivocaba en el cálculo, y al momento se hizo patente su error. Vió, desde su escondrijo, que un individuo subía despacio, paso a paso, encorvado, los escalones que conducían al escenario. Destacaba la mancha clara de un cabestrillo.

El agente especial alzó la «Luger». No llegó a disparar, pues en aquel instante distinguió las facciones del individuo. Era el inspector Alexander Kilker. Morris experimentó una sensación de optimismo desmedido, de júbilo desbordado, de seguridad y confianza en el triunfo.

Iba a llamarle, cuando le vió replegarse y quedarse inmóvil. Acababa de sonar una puerta al ser abierta y cerrada. Orientado, Morris miró. Era la puerta que daba al pasillo de aquel lado de la sala, que se alargaba por detrás de los palcos. El negro Zachary cruzaba el escenario, sin adoptar excesivas precauciones, como seguro de su revólver y de la inferioridad de los perseguidos. Divisábanse sus ojos, bolas blancas en su innoble faz de betún.

Se dirigía a los escalones que llevaban a la parte de los camerinos, justamente a dónde se hallaba agazapado Kilker. Ernest pensó hacer ruido, con objeto de atraer hacia él la atención del negro y facilitar el ataque del inspector. No lo hizo por miedo a que

Kilker, ignorante de que era él, retrocediese, por no exponerse a luchar con dos enemigos a la vez.

El negro llegaba ya a los escalones.

El inspector Kilker pareció un gorila al asalto. Dejada el arma en el suelo, había preferido pelear silenciosamente. De un salto se abalanzó a la mano armada del negro, al mismo tiempo que le golpeaba el estómago con la cabeza. Zachary dio un rugido de fiera, e intentó defenderse de su hercúleo atacante. Resultaban inútiles sus esfuerzos. Desarmado y derribado de espaldas, unos dedos de acero le apretaban el cuello hasta el punto de asfixiarlo —el Destino lo condenaba a sufrir la misma muerte que él solía elegir para sus inocentes víctimas—. Su pataleo se convirtió en sacudidas, y después, nada; la inmovilidad absoluta.

Su verdugo se incorporó y volvió a recoger la pistola.

—Kilker —llamó Ernest, sibilante, más sin mostrarse al descubierto, por temor a recibir un balazo antes de que el inspector lo reconociese—. ¡Kilker! Soy Ernest.

Alexander Kilker miró a su alrededor. Entonces el agente se irguió, agitando un brazo.

—¡Soy Morris! —repitió.

El inspector anduvo hacia él y se puso a su lado, tras los cajones.

—¿Dónde está la muchacha? Y tú, ¿cómo estás?

—Abajo. La he escondido en el foso. ¿Qué le ha pasado a usted en el hombro?

—Nada de importancia. ¿Has sido tú el que ha hecho ese zafarrancho en los camerinos?

—A Val lo asesinó Zachary, por librarnos de las cuerdas. Gracias a Val estamos vivos todavía. ¿Cómo ha entrado usted?

—Utilizando a Kitty para que me abriesen. Atonté al vigilante y lo entregué con Kitty, a los muchachos que hay en la calle. ¿Cuántos quedan? —preguntó el inspector, con una tranquilidad escalofriante.

—Cuatro y Matilde. Son: Sterling, Neal. Parker, ése es el que saqué detenido del muelle setenta y cuatro y luego nos acompañó a casa de Turner, y el policía complicado con ellos. He averiguado que Matilde es el cerebro de la banda. Todos le hacen caso.

—¡Capozzi tenía que ser! —murmuró el inspector—. Si te la encuentras, no le hagas nada. La necesitaremos para declarar. ¿Por

dónde andan?

—Por la sala y la parte del vestíbulo y del bar.

—Bien. Yo me descolgaré al patio de butacas, y tú métete por donde salió el negro. Combinados, nos protegeremos el uno al otro de una posible sorpresa. No hay necesidad de llamar a los muchachos. Éstos se defenderían a la desesperada y no los cogeríamos vivos. Son pocos —terminó diciendo, despreciativamente.

Los dos hombres del

F. B. I.

se separaron en mitad del escenario, y cada uno siguió el camino acordado.

Anduvo Morris por el pasillo que había detrás de los palcos. El piso estaba alfombrado; no hacía el menor ruido. Sonó un golpe sordo en la sala. El joven pasó a un palco, arrastrándose, y se asomó al patio de butacas. El inspector Kilker se deslizaba, agachado, por el pasillo central. Detrás de él quedaba un hombre tendido.

Tranquilizado, volvió Morris al pasillo y continuó adelante. Sin otra novedad, sugestionado un poco por el ambiente de película de terror, el joven llegó a una escalera. Hacia arriba conducía a las localidades superiores. Se asomó por el hueco. Abajo estaba el bar, el guardarropas y un nudo de pasillos.

Descendió muy despacio, cauteloso, apoyando una mano en la pared. No vio a nadie. Hizo oído, a su derecha, a lo largo de un pasillo ancho, hubo un ruido de puerta abierta por alguien. Recordó que por allí estaba el despacho adonde aquella misma tarde le había llevado Sterling, cuando hablaron de Matilde. Atacaría a quien fuese.

Habría recorrido unas yardas del pasillo, cuando a su espalda sonaron una detonación y un lamento de agonizante. Reconoció la voz de Sterling. Dedujo que Kilker se había enfrentado al empresario teatral en el vestíbulo o en sus cercanías.

Alcanzó, por fin, la puerta de la oficina anterior al despacho. Estaba entornada. Empujándola con suavidad, logró dar un vistazo al interior. En la oficina no había nadie, pero en el despacho propiamente dicho, alguien, sin precaución alguna, abría y cerraba los cajones de una mesa. Se oían los golpes de tabla contra tabla.

Extremando las precauciones, el joven atravesó la oficina y se

asomó: Leonard Neal se hallaba, solo, examinando unos papeles de la mesa de Sterling. Había dejado el revólver encima de la carpeta, al alcance de su mano.

—¡Brazos en alto, Neal! —Mandó el agente especial, apuntándole con la «Luger».

El pánico se reflejó en el pecoso semblante del inspector principal de Aduanas. Soltando los papeles, obedeció, mientras pedía, balbuciente:

—¡No dispare! ¡Me entrego!

El del

F. B. I.,

se acercó para apoderarse del revólver del otro.

Le repugnó a Morris la falta de hombría de Leonard. Le irritaba profundamente que Elisha tuviera un hermano tan encanallado, que había sido capaz de traicionar a la Patria. Nunca más podría considerarlo como amigo, y, mucho menos, como pariente, en el supuesto caso de casarse con Elisha. Matar a un hombre sin honor no era asesinar, sino hacer justicia. Allí, sin testigos lo quitaría del mundo de los vivos. Elisha no se enteraría jamás de que había sido él.

—¡Encomiéndate a Dios, Neal, si todavía te queda algo de lo que aprendiste de niño! ¡Voy a matarte! Prefiero hacerlo a que Elisha tenga que soportar durante toda su vida tan gran deshonra. De los muertos se olvida pronto la gente.

—¡Perdóneme, Morris! Estoy arrepentido. Sterling se aprovechó de una falta mía, se enteró de que yo había hecho un pequeño contrabando, y me hizo víctima de sus chantajes. Luego..., Kitty me convirtió en un muñeco. Ya tuve que ligarme a la banda si no quería verme en la cárcel. Déjeme libre, no me denuncie, y le juro que cambiaré. Ahora estaba buscando una confesión que me obligó a firmar Sterling. Pensaba romperla y huir para empezar una nueva vida. Deme la ocasión, y no se arrepentirá.

—Los canallas como tú no pueden obtener perdón, Neal. Por miedo estuviste dispuesto a que sacrificasen a tu hermana. Ante todo, pretendías salvarte tú. Sí; discutiste, pero no fuiste lo suficientemente hombre para luchar con ellos, aunque te costase la vida. ¡Prepárate, Neal! ¡Voy a disparar!

Instintivamente, desesperado, sin razonar, el inspector de

Aduanas miró en derredor suyo, buscando una salida que le permitiera huir de la muerte. Pero allí estaban los dos solos, en el despacho de Sterling, amueblado con todo lujo, en el que la mesa y el armario-librería juntos valían un Potosí, por ser de caoba tallada, prueba de la riqueza de Sterling, el hombre que había terminado de hundirlo.

Volvió a fijar la vista en la Luger de Ernest.

—Tenga compasión de mí, Morris. Sería usted un asesino. Estoy desarmado. ¡Deténgame, pero no me mate!

—No. Neal; no seré un asesino. Simplemente, el ejecutor de la Justicia. Reza, si te acuerdas.

De pronto, Ernest notó que cambiaba de dirección la mirada del sentenciado a muerte. Giró rápido, creyendo que le acechaba un enemigo, y se encontró cara a cara con el inspector Kilker. Los dos se observaron atentamente. La faz viril de Kilker tenía una expresión grave. Sus ojos grises parecían más profundos que nunca. Había un algo indefinible de solemnidad en su aspecto. El agente sentíase sobrecogido, intuyendo que había sucedido alguna desgracia.

—¿Elisha? ¿Le ha pasado algo? —preguntó, alterado.

—No creo. Seguirá allí, imagino —repuso el inspector del F. B. I.

—. Ese policía también está ya listo. Sólo quedan éste y Matilde, que se habrá escondido por ahí. Ahora la encontraremos. Quieres matar a Neal, ¿no? He escuchado lo que le decías, Ernest. Era muy interesante —la voz de Kilker vibraba en el despacho.

—No tiene derecho a vivir un traidor así. Funcionarios como éstos deshonoran la Patria. Disculpo más a los otros, que eran simples particulares. Él no tiene perdón.

Sin replicarle, el inspector le quitó, por sorpresa, la «Luger».

—¿Qué hace usted? —preguntó, rabioso, el joven.

—Evitar que seas un segundo Alexander Kilker, hijo.

Y el inspector del

F. B. I.,

con una frialdad de autómata, se aproximó a Neal.

—Date la vuelta. No temas; no vas a morir ahora.

El traidor vió el cielo abierto, y obedeció prontamente, imaginando que iría a atarlo. La culata de la «Luger» le golpeó el

cráneo. Perdido el conocimiento, se desplomó hecho un ovillo.

Volviéndose hacia el asombrado joven, Kilker dijo:

—Antes de que se cumpla el plazo que le di a los muchachos, vamos a hablar tú y yo a solas. Nunca mejor ocasión que ésta, Ernest. Me preguntaste si yo asesiné a tu padre. No lo asesiné. Yo lo maté.

Ernest Morris quedó privado de todas sus facultades, menos la de la vista, al escuchar aquella confesión. Tardó unos momentos en reaccionar. En tromba iba a lanzarse sobre Kilker, pero éste lo detuvo, apuntándole con la «Luger».

—Te mataré si no me escuchas. Has de saber lo que ocurrió allí, en aquella granja, hace tantos años. Será una lección para ti. Todos te hemos mentido hasta ahora, Ni las declaraciones ni los expedientes dicen verdad. La verdad la sé yo y la sabía Capozzi, el único testigo. Aubrey no vió nada.

Hizo una pausa. El inspector se hallaba terriblemente pálido. Continuaba apuntando al pecho de Morris.

—Después de acabar con la resistencia que nos hacían desde la granja, nos acercamos y entramos tu padre y yo. Todos hablan muerto, menos Paxton, el boss, que se rindió, acobardado como una rata, a pesar de estar ileso y armado; Capozzi, herido y revolcándose por el suelo, y Aubrey, medio muerto en la habitación de al lado. Tu padre esposó a Paxton. Yo salí a reconocer la casa. Cuando regresé, tu padre me llamó aparte y me propuso soltar a Paxton a cambio de cien mil dólares que prometía entregarnos. Mientras yo estaba fuera, Paxton lo había sobornado. Yo era un novato, casi recién salido de la Academia, con ilusiones y, sobre todo, con el orgullo de ser un fiel agente del

F. B. I.

Al principio, lo tomé a broma. No podía creerlo. Llevaba bastante tiempo trabajando con tu padre, aprendiendo con él, y nos habíamos hecho buenos amigos. Mejor dicho, yo le respetaba como superior. Su experiencia, la de un veterano inteligente, la consideraba yo un grado. Además, siempre le había tenido por hombre íntegro y agente cabal.

Ernest ya no pensaba en atacar al inspector. Cada palabra escuchada le dolía como un latigazo. El corazón le confirmaba que esta vez sí se le decía la verdad, la horrible verdad.

Kilker continuaba relatando, sin entonaciones en la voz, monótono, pero con acento de sinceridad:

—Contesté a tu padre que no. Me habló sobre lo mucho que yo podía hacer con cincuenta mil dólares. Nadie se enteraría. Con dejar a Capozzi y a Aubrey que se desangrasen, no quedarían testigos. Cuando me di cuenta de la transformación de tu padre, por unos miles de dólares, comprendí lo venenoso del dinero. Él, que no le faltaba nada, feliz con su mujer y su hijo, con una profesión como la nuestra, cedía al brillo del oro, esclavo de un ansia, anteriormente oculta, de lujo y de placeres caros. Me razonaba una y otra vez, y yo me negaba y le destruía a mi modo sus razonamientos, haciéndole ver el deshonor que supondría, aunque nadie lo supiera jamás. Me vió tan terco, y estaba él tan deslumbrado por la oferta, que llegó a apuntarme con su revólver. Me dejé desarmar, sin resistencia. Yo creía estar soñando. Al despertar, comprobaría la estupidez de mi sueño. No era así sino realidad cruda e hiriente. Tu padre fue a quitarle las esposas a Paxton. No me observaba ninguno de los dos. Había una pistola en el suelo, la tirada por Paxton precisamente. Con ella amenacé a tu padre si seguía firme en su deshonesto propósito. No me hizo caso. Estaba seguro de que yo no me atrevería a disparar, y, en efecto, no me atrevía. Pretendía asustarlo, simplemente, dar tiempo a que recapacitase. Pero él, con Paxton libre, se dirigió hacia la puerta de salida...

Calló el inspector Kilker. Recordar le hacía sufrir; bastaba contemplar su gesto. Había hablado a ráfagas espaciadas, por pausas cortas. Morris parecía beber sus palabras.

—Volví a decirle que lo mataría si traspasaba el umbral con Paxton. Él tuvo miedo, y sacó un arma, pero ni siquiera se molestó en apuntarme. Pudo en él más la seguridad de que nuestra amistad me impediría tirar sobre él. Se apoyó en esa amistad para pedirme, cínicamente, que no le denunciase enseguida, para tener tiempo de esconderse. Aquello fue la gota que desbordó el vaso. Yo, que me sentía orgulloso del

F. B. I.,

que había jurado serle fiel, que adivinaba el escándalo público que produciría la felonía de tu padre, mancillando el nombre ejemplar del

F. B. I.,

a diferencia de otras Policías, disparé. No se me olvidará jamás la mirada de sorpresa de tu padre al sentirse herido de muerte. No comprendía que yo, su protegido y amigo, lo matase. Paxton quiso huir, y lo clavé allí mismo. Corrí a ayudar a tu padre; mis cuidados no le sirvieron de nada. Lloré sobre su cadáver. Yo no fui un asesino, Ernest; pero maté de aquella manera..., y ya no he vuelto a tener un minuto de descanso en mi vida.

La emoción hizo callar al inspector. Estaba abatido. Con voz débil, en un susurro, contó:

—Amenacé a Capozzi con matarlo si contaba lo que había presenciado. Y no era por mí, yo tendría justificación ante mis superiores sino por el nombre del

F. B. I.

Había matado a un amigo por defender el honor del

F. B. I.,

y no repararía en hacerlo con un criminal por el mismo motivo. No sé cómo se enteró Aubrey, posiblemente se lo contó Capozzi en la ambulancia que los condujo al hospital. Le hice la misma amenaza. Luego conté la historia de lo sucedido de la forma más conveniente para el

F. B. I.

Respecto al botín tan cacareado, juro ante Dios que no lo cogí ni supe nada de él. Capozzi y Aubrey me negaron que existiese. Fue después, en venganza, cuando Capozzi me acusó de haberme quedado con el botín. Es probable que fuese verdad lo que te contó Matilde la otra noche. Y, ahora, Ernest, que ya conoces la verdadera historia de la muerte de tu padre, haz conmigo lo que consideres justo. Yo estoy cansado de vivir este infierno tan largo. El mismo infierno que he querido evitarte si te hubiese permitido matar a Neal. Estás enamorado de la muchacha. ¿Qué sería de vosotros dos si se interpusiera esa muerte? Por muy fuerte que fuera su amor, no se casaría con el asesino de su hermano. Deja que la Justicia cumpla su cometido. Sólo la Justicia debe castigar.

Tras haber confesado su culpa, el inspector Kilker quedó inmóvil durante unos segundos. Ya no era palidez, sino lividez, lo que ofrecía su semblante. Había desaparecido el hombre combativo, se había esfumado su mirada, de acero y la tensión de sus musculosos miembros. Volvía a tener el gesto de abatimiento, de resignación a

la voluntad del Destino que, desde hacía tantos años, lo martirizaba con acusaciones de conciencia.

Miró al hijo de Joe Morris. Vió una estatua de carne, excepto los ojos, donde se observaba una vida especial, como si en la pantalla de su retina se hubiesen superpuesto las distintas escenas proyectadas por la evocación del pasado.

Kilker dejó sobre la mesa la «Luger» y su pistola, sacada posteriormente del bolsillo. Apartándose unos pasos, y de perfil a Ernest, se dispuso a esperar la sentencia. Encendió un cigarrillo. Él, el hombre de hierro, estaba nervioso. Temblaban los dedos que sostenían levemente el cigarrillo. ¿Emoción por el infortunio recordado?... ¿Miedo a morir?... ¿Fiebre por la herida en el hombro?...

Morris seguía con la vista fija en él, sin acercarse a las armas abandonadas sobre el tablero. Permanecía quieto, intensamente pálido también. Sentía como si por cabeza tuviera una olla llena de grillos. No podía pensar. La historia era demasiado dolorosa. Su padre no había sido fiel al lema del Federal Bureau of Investigación. Faltó a la «Fidelidad» y a la «Integridad», especialmente. Lo peor de todo consistía en que no dudaba de la veracidad de los hechos relatados por Kilker.

—Decide pronto, Morris. Sólo restan unos minutos para que entren los muchachos.

Le estremeció la serenidad aparente del inspector. Adivinaba en éste el torbellino de impulsos ciegos, dirigidos por el instinto de conservación, que tascaban el freno de la voluntad. Y él, el hijo de Joe Morris, ¿qué iba a decidir, si su cerebro no funcionaba desde hacía rato? ¿No sería también un asesinato? ¿No se condenarla a sufrir el infierno padecido por Kilker?

Conmocionado, con la mente embotada por la increíble revelación que había derribado a un ídolo de su pedestal, se retorció los dedos y se mordía los labios. Estaba irresoluto, porque la decisión no era fácil de tomar.

Allí continuaban la «Luger» y la otra pistola, sobre la mesa, como víboras dormidas que despertarían con sus colmillos cargados de veneno en cuanto una mano les prestase calor. Le atraían y, a la vez, le repelían.

Intentó analizar sus sentimientos más íntimos. Sondeó en lo más

recóndito de su corazón. Buceó hasta las raíces de su animalidad, de la bestia que el ser humano lleva en sí. Debía vengar a su padre. Debía perdonar. Debía comprender por qué hizo «aquello» Kilker. ¿Acaso él mismo no había estado propicio a cometer semejante falta en la persona de Neal?

Y poco a poco, por encima de la ciénaga del odio, del mundo habitado por las larvas de la venganza, comenzó a elevarse el sol del perdón, limpio, luminoso, como todo lo que proviene de Dios. Había tomado una determinación, cuando...

—No te atreves a matarlo, cobarde.

La frase había sido pronunciada en el despacho, por una mujer, con voz áspera.

Los dos hombres volvieron la cabeza, sorprendidos.

Matilde Capozzi, la madre del lugarteniente de Paxton, se hallaba encogida dentro del armario-librería, en un departamento bastante espacioso que servía de guardarropas. Había abierto la puerta con sigilo. La mujer empuñaba un revólver, con el que cubría a los dos servidores del F. B. I. Su arrugado rostro aparecía deformado por una mueca que expresaba sus malvados propósitos. Impresionaba a la vista su mano descarnada, más bien una garra, asiendo con excesiva fuerza el arma.

Anticipándose a la reacción de los hombres, Matilde salió del armario y se acercó a la mesa, de la que estaba separada por un paso. Tiró al suelo la «Luger» y la pistola. Sonreía diabólicamente al decir:

—Ha sido muy interesante, inspector Kilker. No lo creía a usted capaz de hacer lo que ha hecho. ¿Se ha vuelto usted, loco? Un tipo de su categoría, porque se la concedo, inspector, no debe ponerse a merced de ningún juez. ¡Es una verdadera pena que tenga usted esos estúpidos remordimientos! Lo he oído todo. Tuve una idea feliz al esconderme ahí cuando oí los disparos, ¿verdad? Vi a Neal registrando los cajones, y yo me hubiese encargado de él si no se hubiera presentado éste.

—¡Entrégate, Matilde! —le ordenó el inspector de nuevo en tensión, desaparecido el abatimiento anterior.

—Vosotros dos sí que vais a entregar vuestra alma al diablo.

Kilker pareció ignorar la amenaza de la mujer. Le preguntó:

—Si has escuchado cuánto he dicho, Matilde, ¿coincide con lo

que te contó tu hijo?

Ella no repuso. Sonreía malignamente. Sabía qué le pedía el inspector, y dudaba en acceder a su deseo.

Kilker insistió, razonándole como si se tratara de una simple cuestión de negocios:

—Cuando lo visitaste en la cárcel, él te contaría muchas cosas, ¿verdad, Matilde? Kitty se molestó en visitarlo pocas veces. Y él necesitarla expansionarse, desahogarse y contarle a alguien su problema. Te hablaría de mí. Te revelaría su juego para obligarme a que le ayudase, a que le consiguiera una conmutación de la pena de muerte por unos años de presidio nada más. A ti no te engañaría. Nadie mejor que su madre para atenderle. Vas a matarnos, no tenemos salvación. Antes, contesta a mi pregunta, dinos la verdad de lo que te contase tu hijo. ¿Qué sabes de lo que paso en aquella granja?

Matilde Capozzi, excitada más aún por hablársele de su hijo, levantó el revólver, apuntando directamente al pecho del inspector. Declaró con una exaltación de persona en un ataque de locura:

—Sí, voy a darte esa estúpida satisfacción. Disfrutarás muy poco de ella. Mi Cesare me contó la verdad. A su madre nunca la engañó. Me quería como ningún hijo ha querido nunca a una madre. Sí. Lo que usted ha contado a este muchacho es cierto. Joe Morris fue un asqueroso traidor, que se dejó comprar por Paxton. Y, ahora, ¿qué? ¿Está ya satisfecho, inspector? Pues no se recree en su suerte, porque le ha llegado la hora. ¡Kilker! ¡Asesino de mi Cesare! ¡Va a morir!

Por un impulso brotado de lo más hondo de su ser, Ernest Morris dió un paso adelante y otro de costado, para escudar con su cuerpo al inspector. Éste lo apartó con el brazo sano, sin violencia, pero con energía.

Y entonces, clavando su penetrante mirada en los ojos de loca de la mujer, avanzó hacia ella lentamente, acusando:

—Tú fuiste matando a tu hijo desde que nació. Matilde Capozzi. Al engendrarlo le diste la vida, pero desde el parto fuiste matando su alma, hasta hacer de él una máquina de iniquidades, un ser sin Dios. Tú, Matilde Capozzi, lo envenenaste al amamantarlo, lo alimentaste con tu deseo de riqueza, con tu odio a una sociedad que considerabas culpable de tus desgracias. Desde pequeño le revelaste

que su padre había sido un borracho, incapaz de cubrir siquiera las necesidades más elementales de vuestra casa. Le enseñaste a no tener más norte que una ambición desmedida. Le aconsejaste que no reparase ni en asesinar con tal de obtener un dólar.

Kilker se hallaba ya a escasa distancia de la Capozzi, que parecía hipnotizada por la mirada del inspector y por sus palabras, ciertas, que reflejaban exactamente su destructora labor en la formación espiritual de su hijo, al que ella sólo había considerado como una máquina de creación suya para que le proporcionase cuanto anhelaba en sus tiempos de miseria.

Prosiguió diciendo Kilker, que continuaba avanzando, ahora pulgada a pulgada:

—El noviazgo de tu Cesare con Kitty Hollis fue para ti motivo de rabia y desesperación. Habías fallado en un punto importantísimo: olvidaste endurecerlo contra el amor. Y una muchacha sin cabeza y sin corazón, también, pero con una cara bonita, estuvo a punto de destruir todos tus planes, tus precauciones y tus ambiciones de muchos años. Empezaste a odiar a Kitty. Ella te robaba al hijo, te quitaba cómodamente la exclusiva del cariño de tu hijo. Cediste porque lo veías tan enamorado que temías perderlo por entero.

Aparentemente te doblegaste, pero lo que hacías era sembrar las disputas entre ellos, introducir una cuña con la esperanza de separarlos. Fracasaste por completo. Tú ignorabas el poder del amor, porque jamás lo sentiste; te habías dedicado a cultivar el odio y el rencor.

Y el inspector Kilker alargó el brazo útil y fue a coger el revólver por el mismo cañón que le apuntaba. Matilde Capozzi compartía el asombro de Morris ante la actitud de Kilker. En el último instante, la arpía apretó el gatillo. Se conmovió el corpulento Alexander, pero, apretando las mandíbulas, terminó su movimiento de desarmar a la atónita mujer.

—Hazte cargo de ella, Ernest. Ve a la calle a llamar a los muchachos. Llévatela contigo —ordenó el inspector, tambaleándose, con una mancha roja, cada vez mayor, en la pechera de la camisa.

—¡Alex! —gritó Ernest, acudiendo en su ayuda.

—No es nada grave. Sentado te esperaré. ¡Anda! Y llévatela. Viéndola, me acuerdo de su hijo, y no quiero recordar más aquello

—como el joven continuase a su lado, le dijo—: ¡Obedece! ¡Todavía soy el inspector Kilker!

Cuando Morris regresó acompañado por el inspector jefe del F. B. I., en Nueva York, Kilker respiraba aún. Entre dos agentes lo transportaron rápidamente a uno de los coches, mientras Ernest Morris sacaba a Elisha del foso, y el inspector jefe cuidaba del traslado de los forajidos vivos a una furgoneta.

El automóvil corría a toda velocidad por las calles de la ciudad, aullando incesantemente la sirena, camino del hospital más próximo. Kilker iba recostado en el asiento posterior, acompañado de Morris y del, inspector jefe. Tenía cerrados los ojos. Su respiración iba siendo cada vez más débil.

—¡Ernest!... ¿Sabes quién era aquel tío tuyo del Canadá, el que te enviaba regalos y luego te recomendó a los profesores de la Academia?... ¡Cuánto hubiera dado por tener valor para visitarte!... Pero me daba miedo ponerme delante de ti... Yo, el inspector Kilker, tenía mucho miedo a un niño.

—¡Alex! —pudo exclamar solamente Morris, emocionado, cogiendo cariñosamente la mano del moribundo.

—Guarda siempre nuestro secreto, hijo... ¡Siempre!... ¡Por el F. B. I., para siempre!...

—¡Alex! ¡Alex!... —repitió angustiado el joven, al observar que las palabras de Kilker comenzaban a convertirse en un susurro apenas audible.

—No..., no te preocupes... Voy a descansar... si Dios tiene compasión de mí...

Ernest Morris lloró sobre el cadáver del Inspector Alexander Kilker.

~~~~~  
¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡ LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. E. I.

EPÍLOGO

Por muy doloroso que había sido para Elisha Neal el conocimiento de la horrible verdad respecto a su hermano, supo expresar su agradecimiento a Ernest por haber accedido a su súplica.

—Gracias, Ernest; gracias. ¡Que Dios tenga compasión de él!

Y apoyando la cabeza en el pecho del agente, lloró silenciosamente. Él la estrechó entre sus brazos, mientras besaba con dulzura sus cabellos perfumados.

—No llores, pequeña. Como no ha matado, creo que no será sentenciado a la última pena. Esto ha sido una dura lección, y, cuando salga, será un hombre nuevo. Nosotros cuidaremos de que lo sea.

Días después, hechos los interrogatorios y las declaraciones, quedó al descubierto toda la red de agentes montada por «Crimen, S. A.». Matilde Capozzi dió nombres, direcciones y detalles.

Los hombres del

F. B. I.,

destacados en el extranjero se encargaron de denunciar a las correspondientes autoridades las actividades ilegales de los contrabandistas y criminales avecindados en sus respectivos países. En los Estados Unidos se procedió a la detención de cuantos, más o menos directamente, habían estado relacionados con «Crimen. S. A.», la funesta organización creada por el cerebro de una demente y servida por seres ambiciosos y sin escrúpulos. Ni uno de ellos logró escapar a la acción de la Justicia.

Para muchos se abrieron las puertas del penal para otros funcionó la cámara de gas.



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

Publicación semanal. 5 pts.

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras llenas de humanidad.

Publicación semanal. 5 pts.

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas acciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

Publicación quincenal. 2 pts.

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

Publicación semanal. 5 pts.

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

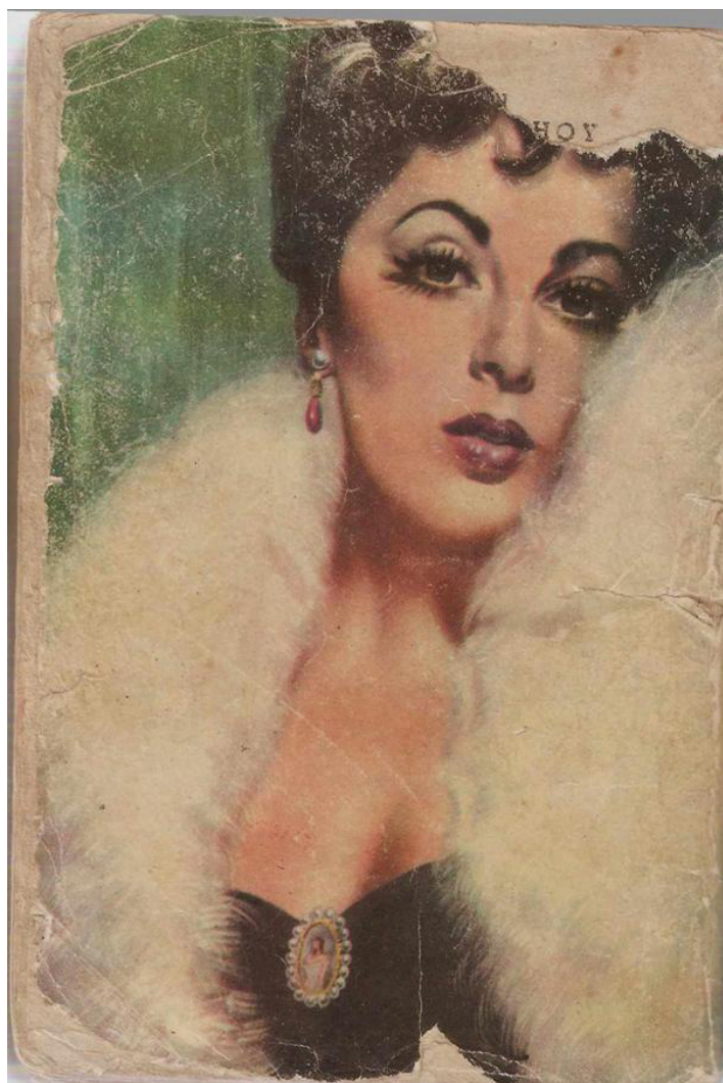
¡LA COLECCION SIN RIVAL!

COLECCION NOVELISTAS DE HOY

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por F. de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por C. J. Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Dario Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por L. A. de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lazaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por J. A. de Zunzunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael López de Haro.
15. ¡PUENTE DE PLATA!, por A. M. Olmedilla.
16. ANOCHE EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIERRA POR MEDIO, por F. Serrano Anguita.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGORA, por A. Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sanz y Díaz.
21. DIA NEGRO, por Elisabeth Mulder.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan María.
23. PRIMAVERA DE PAPEL, por J. M.^a S. Silva.
24. RESURGIR, por Carmen Nonell.
25. LA TARDE FILTRADA, por Eduardo Aunós.
26. RAMA DE CIRUELO, por Tomás Borrás.
27. SUELO MOJADO, por Alfonso Paso.

NOTA.— Puede remitírsele a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escribanos a EDITORIAL ROLLAN, San Bernardo, 89.—MADRID.



NOTAS

[1] Entre los negros de los Estados Unidos, ellos mismos establecen clases según el color más o menos achocolatado de su piel: morenos, castaños y amarillos. Estos últimos, despreciados como impuros, son los que, por anteriores cruces, están casi a punto de franquear la «barrera de color». (N. del E.). < <

[2] Recomendamos al lector conozca los métodos técnicos de investigación del

F. B. I.,

en las obras de este celebrado autor: ¡CULPABLE!, TERROR EN LA ACADEMIA DE QUÁNTICO; YO, DIRECTOR DEL

F. B. X.

(Nota del Editor). < <

[3] Fort Patrol Officer, oficial patrullero del puerto, mínima categoría de los aduaneros norteamericanos. (Nota del Editor). < <